
DONDE FLORECE EL AMOR
ELIZABETH BOWMAN
Selecta

Donde florece el amor

Elizabeth Bowman

Selecta

Prólogo

Condado de Berkshire.
Enero de 1809

El señor Ashford plegó en tres partes iguales la carta que acababa de leer, atesorando bajo las firmes dobleces del papel el alma de su querida tía abuela Dorothy Percy-Barrow, amén del solícito mensaje que, con la presente, la anciana pretendía transmitir, tanto en su nombre como en el de su esposo.

Con la misiva todavía en la mano, el señor Ashford se respaldó en el sillón orejero instalado cómodamente frente al fuego, descansó los ojos un instante y exhaló con largueza, permitiendo que tan solo el crepitar cadencioso del fuego, así como la información que acababa de recibir, se aposentaran en su cabeza y en su entendimiento para tomar forma estable.

Aquella delicada caligrafía atrapada en la vitela reflejaba el talante siempre amable y bondadoso de su dócil emisora. A través de ella, la querida tía Dorothy solicitaba a su único pariente, más como un ruego que como una petición, la compañía de alguno de sus hijos, a fin de aliviar la soledad que, como negra sombra, sobrevolaba el hogar de un matrimonio sin descendencia propia.

La buena mujer aseguraba que la presencia de un espíritu joven alegraría la existencia de dos ancianos que se encaminaban a velocidad vertiginosa hacia el invierno de sus vidas y, aunque en el presente ninguno de los dos padecía dolencia alguna que pudiera aventurarlos a convertirse en una carga a futuro cercano, con toda seguridad la llegada de uno de los vástagos de Ashford brindaría alegría y renovadas ilusiones a su casa.

Los Percy-Barrow vivían en el vecino condado de Hampshire. Disfrutaban de una posición acomodada, buenas relaciones y una residencia grande ubicada en una finca rural en plena campiña; una, por más señas, bien provista de sirvientes, chimeneas y más de un carruaje en su cochera.

Sin duda, el hecho de enviar a uno de sus vástagos a pasar una temporada —en principio se trataría de los meses del verano, si la adaptación era buena podrían acordar que se quedara durante un tiempo indefinido— resultaría beneficioso para ambas partes, pues los Percy-Barrow disfrutarían de acompañamiento en su vida diaria, y los Ashford verían asegurado el futuro de ese hijo en particular, ya que, a buen seguro, sus tíos abuelos terminarían por convertirlo en heredero de sus propiedades.

Aparte de considerar todo esto, lo cual de por sí ya resultaría incentivo suficiente para cualquier sensato mortal, el señor Ashford reconocía que, como modesto arrendatario, jamás podría ofrecer grandes privilegios a sus siete hijos, por lo que saber que al menos uno de ellos dispondría de comodidades y un plato caliente asegurado sobre la mesa suponía un aliciente a tener en cuenta.

Y, por tanto, no necesitó meditarlo demasiado.

Enseguida consideró que la más adecuada para viajar e instalarse con sus tíos en Hampshire era Margaret, la mayor de la prole.

A sus diecisiete años, Margaret era una muchacha dotada de una gran sensibilidad, soñadora y entusiasta, pero a la vez, y aunque esto semejara una contradicción de carácter, sensata y responsable; especialmente consecuente con el compromiso que conllevaba el cuidar de seis hermanos menores y ayudar en las tareas diarias de una casa de campo.

Sin duda una jovencita mucho más habituada a leer y a dejar volar la imaginación, buscando para ello la soledad de la campiña, que a relacionarse con el resto del mundo.

Desde luego iban a echarla mucho de menos allí, pues desde muy niña había resultado una ayuda inestimable para su madre en la crianza de los más pequeños y en la organización del hogar, asuntos que dominaba a la perfección y con gran criterio; pero si de algo estaba convencido el señor Ashford era de que ninguno de sus hijos se merecía más su confianza ni ningún otro dejaría el nombre de la familia en tan buen lugar como podría hacerlo Margaret.

Al pensar en ello, el hombre exhaló con largueza un suspiro que se hizo eco en la atmósfera silenciosa de la estancia.

Desde muy temprana edad había apreciado en su primogénita una determinación de carácter y una inteligencia que difícilmente podrían expandirse entre los modestos muros de su hogar.

Y él lo sabía..., y lo reconocía con gran pesar, afligido por no ser capaz de proporcionar a su pequeña el espacio necesario para su crecimiento vital.

Margaret era como una planta que se intuía magnífica a pesar de sus yemas todavía cerradas en tímido capullito, una planta a la que la vida había aposentado en un tiesto demasiado pequeño para que raíces y ramas crecieran como deberían.

Y aunque la naturaleza modesta y cohibida de su hija mayor le impedía manifestarlo, el señor Ashford había intuido la belleza y

vigorosidad de aquellas flores que ella mantenía replegadas por fuerza.

Y no era justo.

Con una apretada sonrisa en los labios y una temblorosa perla de tristeza en el lagrimal, el hombre abrió los ojos para conceder luz a su determinación.

Margaret merecía un tiesto amplio donde poder desplegarse a placer.

La perla que segundos antes había oscilado en la cuenca rosácea que la albergaba se liberó para descender con rapidez el anguloso pómulo masculino.

Hampshire.

Un territorio que lindaba con Berkshire, al fin y al cabo apenas unos cuantos días de distancia en carruaje...

... pero en el corazón del señor Ashford, un lugar tan lejano como la luna.

Capítulo 1

Lavender Fields Manor. Willowford. Condado de Hampshire.
Finales de mayo de 1809

Margaret permanecía de pie frente a la ventana de la sala principal ubicada en la planta baja de la vivienda.

Mientras la mirada se perdía al frente, la mano voló al escote para aposentarse como una medallita sobre el lugar exacto bajo el que palpitaba relajado el dulce corazón femenino.

El aliento sosegado reflejaba la apacibilidad de su alma mientras la joven observaba con deleite, y eterna fascinación, los exteriores de la vivienda de sus tíos.

Una vasta extensión de terreno verde, perfectamente recortado y cuidado hasta imitar la apariencia impecable de un inmenso tapiz del mismo tono, se extendía con largura ante sus ojos, siendo tan solo horadada la mullida superficie por un amplio sendero de fina grava blanca, recto y preciso como una pasarela desplegada para recibir a los visitantes.

A ambos lados de la vereda de grava crecían inmensas matas de lavanda, a esas alturas de la estación, gloriosamente floridas, y alargando sus espigas violáceas con altanería hacia el sol.

Siete orondos macizos, había contado Margaret, escoltaban cada flanco de la pasarela de grava, desde la cancilla que concedía entrada a la propiedad hasta el mismo pórtico vetusto de la casa. En total, catorce frondosas matas de lavanda, espigadas, coloridas, fragantes y hermosas, para recibir a los recién llegados y deleitar con su maravillosa visión a los que moraban tras aquellos muros.

No obstante, y en medio de su embeleso, Margaret no pudo evitar liberar un suspiro que denotaba una innegable nostalgia.

Los jardines de Lavender Fields eran preciosos, sin duda; ningún sensato mortal podría verter una sola queja acerca de su diseño o cuidado sin incurrir en un tremendo embuste.

Sin embargo...

Sin embargo, Margaret Ashford era una muchacha sencilla, de gustos sencillos y un intenso amor por la naturaleza sencilla y despojada de todo artificio.

Había nacido y crecido en un hogar humilde, por lo que había aprendido a admirar y apreciar con mayor deleite la belleza pincelada por la propia mano de Dios mucho antes que la belleza pincelada por la mano mortal.

Y era obvio que el hermosísimo jardín principal de Lavender Fields era sublime, y lo era de ese modo debido al trazo y al trabajo de muchos hombres que le dedicaban a diario tiempo y desvelo.

¡Ay, cuánto echaba de menos el jardín de su casa, allá en Berkshire!

Un pequeño vergel —muchísimo más modesto en extensión y sin un ápice de punto de comparación— en el que convivían infinidad de plantas y flores diferentes, absolutamente libres de podas o guías impuestas.

Simplemente como si la experta mano divina hubiera salpicado cientos de colores, sin orden ni concierto, sobre un lienzo en verde

para, de ese modo, crear la más hermosa y variada composición.

A un lado de la tosca valla de madera crecían espléndidas las rosas de mil colores, entremezcladas con frondosos parterres de caléndulas que se erguían orgullosas en todo su esplendor; en el otro flanco estallaban en color los geranios, también la lavanda —siempre presente—, el ejército de dedaleras —perfectamente enfiladas como la legión fragante que conformaban—, las campanillas violáceas y los lirios de agua amarillos.

¡Y cómo le gustaba contemplar las espadañas, las celosías, los agapantos o las salicarias que crecían sin que nadie las hubiera sembrado y sin que nadie, por supuesto, las hubiera arrancado después!

Con un postrero suspiro, Margaret descendió la mano del escote mientras esbozaba una sonrisa melancólica.

Habían transcurrido dos semanas desde su llegada a la casa de sus tíos en Willowford, Hampshire, y con el nacimiento de cada nuevo día no podía menos que apreciar cuán distinta era su vida en esos momentos en comparación con la que había conocido hasta entonces.

No mejor, tampoco peor, pero sí muy distinta.

Sus tíos, Dorothy y Arnold, eran dos ancianos tremendamente nobles, amables y generosos que la habían acogido en su hogar con el cariño verdadero con el que tan solo puede acogerse a un hijo.

Comidas variadas y abundantes, lumbres de continuo encendidas y doncellas a su disposición las veinticuatro horas del día. ¡Algo totalmente insólito para una chica de campo acostumbrada a hacerlo todo por sí misma!

A pocos días de su llegada, la tía Dorothy mandó a llamar a una modista del pueblo para que le tomara medidas y le confeccionara un guardarropa completo: un amplio surtido de vestidos con sus

consabidos complementos —*chemises*, enaguas, pequeños corsés, bonetes...—, todo ello acorde a la estación cálida pronta a iniciarse y a la belleza y juventud, en palabras de la señora, de la muchacha que había de lucirlos. Una muchacha que, todo debía ser dicho, hasta el momento estaba acostumbrada a poseer tan solo un par de mudas de vestidos de día y un par de enaguas a las que se les iba añadiendo tela al bajo para aprovecharlas durante más tiempo.

Ninguno de estos agasajos de naturaleza baladí ilusionó tanto a Margaret como lo hizo el descubrimiento, cierta tarde, de la vastísima biblioteca de la casa, donde el anciano tío Arnold había ido acumulando a lo largo de los años volúmenes de gran valor que dejaron a la muchacha boquiabierta.

Desde historias de caballerías hasta poemarios medievales, pasando por novelas góticas y primeras ediciones encuadernadas en pan de oro y pergamino.

Arnold Percy Barrow era todo un erudito amante de la literatura y, al contrario que otros caballeros que se desvivían por adquirir perros de caza del mejor pedigrí, carruajes lujosos o caballos de raza, él no dudaba en emplear buena parte de sus rentas en adquirir nuevos tesoros con los que nutrir su fascinante sanctasanctórum. Uno que, desde el primer instante, se ofreció a compartir con su joven pariente.

Margaret sentía que su labor en aquella casa resultaba manifiestamente exigua en comparación con todo cuanto los ancianos hacían por ella, o con todo cuanto le proporcionaban y ofrecían a fin de que se sintiera cómoda.

No quería ser una carga y mucho menos permanecer de brazos cruzados sin hacer nada mientras lo recibía todo de los demás; así que procuró de mil formas posibles servir de ayuda y trabajar, como pago, al menos, a su cómoda estadía.

En varias ocasiones fue sorprendida ayudando, al alba, a encender las chimeneas a las doncellas, a arreglar las habitaciones o colaborando en la cocina antes de las principales comidas, y esto era algo que no perturbaba en modo alguno a la joven, pues estaba acostumbrada a trabajar cada día en casa para ayudar a su agotada madre; no obstante, la tía Dorothy puso el grito en el cielo y le rogó que no hiciera nada de eso en el futuro.

«Tu presencia en esta casa, querida, resulta para nosotros una bendición en sí misma. Eres como la hija que siempre deseamos tener y la vida nos ha negado», le había dicho la tía Dorothy aquella vez en la que la descubrió ayudando a una de las doncellas más jóvenes a golpear las alfombras pasilleras en el patio trasero.

Tuvo que resignarse Margaret —muy a regañadientes, por cierto — a comportarse como una invitada, o más concretamente como un privilegiado integrante de la familia, pues en modo alguno deseaba incomodar a sus parientes ni ofenderlos con su proceder.

No obstante, y ya que no podía colaborar de otro modo, se prometió a sí misma mostrarse en todo momento presente para los Percy-Barrow y dar lo mejor de sí misma a fin de agradecer tanto cariño y tanta amabilidad.

Y esto, de ningún modo, supondría un sacrificio o siquiera esfuerzo alguno para la muchacha, pues su naturaleza amable y servicial acababa siempre por asomar a la superficie de su alma.

***

Debía reconocer Margaret que, desde su llegada a Lavender Fields Manor, ni siquiera se había aventurado una sola vez a traspasar los muros de la propiedad.

Habían sido dos semanas tremendamente ajetreadas; entre

adaptarse a la nueva y enorme casa —y aprenderse de memoria la ubicación de cada estancia y recordar para qué había sido destinada —, a nuevos horarios, nuevos hábitos, muchos integrantes del servicio y una nueva vida al completo, apenas había tenido tiempo para nada más.

Aparte de todo esto, la joven era tremendamente consciente de su rol entre aquellos magnos muros, por tanto procuraba estar al pendiente de sus tíos en todo momento, hacerles compañía y asistirlos en cuanto fuera necesario.

Y no se trataba de que los ancianos llevaran vida de ascetas, ¡en lo absoluto!, pues al menos en lo que a tía Dorothy se refería, solía recibir a sus amigas casi a diario en Lavender Fields para intercambiar confidencias, tomar té y pastelitos y ponerse al día de las novedades de la sociedad rural de Willowford.

Pero aquella tarde en particular, aprovechando que tía Dorothy se había reunido en la sala principal con su grupo habitual para jugar al *bridge* y que tío Arnold se encontraba entretenido en la biblioteca estudiando un antiguo atlas, Margaret decidió que tal vez fuera un buen momento para salir a explorar los alrededores y evadirse de una de las formas en las que más disfrutaba hacerlo: paseando por la naturaleza.

Lavender Fields se encontraba a las afueras del pueblo, emplazada en un altozano en medio de la despejada e infinita campiña.

La vasta propiedad se hacía escoltar por una amplia superficie boscosa que parecía abrazarla en todo momento; detrás de este escenario arbóreo y extremadamente frondoso, se desplegaba un ingente terreno verde y ondulante salpicado de ovejas greñudas.

Así también, aunque existían algunas grandes residencias a pocas millas en derredor, podía decirse que los vecinos de aquella

parte de la campiña disponían de una grata intimidad.

Cruzó el campo Margaret bajo el tibio sol de finales de mayo, agradeciendo la suave brisa que acariciaba su rostro, mecía los rizos oscuros que asomaban bajo el ala del bonete y se deslizaba entre los pliegues de muselina azul de su vestido para agitarlos como si de las gasas de una ninfa se tratara.

Caminó sin prisa, disfrutando del paseo, de la temperatura agradable y de la paz que emanaba de aquel maravilloso edén; deleitándose en todo momento con el acompañamiento sonoro de los pajarillos que, ocultos entre la vegetación, lanzaban a la atmósfera con brío su hermoso cántico.

Se descubrió a sí misma deteniéndose en algunos puntos del recorrido para, sonrisa en los labios, apreciar con mayor detalle ora una pequeña flor que crecía en los lindes del camino, ora la figura de alguna ardilla juguetona escondida entre las ramas de un árbol, ora algún pajarillo que saltaba graciosamente a ras del suelo.

Cuando alcanzó a coronar la cima de una pequeña elevación de terreno, se detuvo, las manos en las caderas y una sonrisa radiante en los labios.

Exhaló con largueza y permitió que sus ojos se deslizaran en embelesada circunferencia por la infinita colcha remendada en diferentes tonos de verde, sintiéndose de ese modo la reina absoluta del mundo.

El terreno se ondulaba hasta donde alcanzaba la vista en suaves lomas de hierba corta; largos muros de piedra a media altura y vallados de madera tranzaban el paisaje, marcando lindes y manteniendo las ovejas a buen recaudo.

Cada pocas millas se decoraba la hermosa acuarela con sauces blancos y pequeñas agrupaciones de fresnos que, al son de la suave brisa, agitaban sus hojas en delicada cadencia mientras emitían un

rumoroso son.

Desde su gloriosa atalaya, Margaret cerró los ojos e inhaló profundo para llenar su alma con las fragancias que se desplazaban por el aire en aromática oleada y proveer a su sesera de los adormecedores sonidos de la naturaleza.

—«Vagué solitaria como una nube que flota en lo alto, sobre valles y colinas...»[1] —Recitó apenas en un susurro los hermosos versos del poeta. Versos que, en ese momento, su corazón y su alma tomaron como suyos.

No supo calcular cuánto tiempo permaneció en aquel embriagador estado de distraimiento y embeleso, pero cuando abrió los ojos y regresó su ser al presente, Lavender Fields se encontraba a su espalda y se distinguía en la distancia como una construcción diminuta, por lo que sopesó si debería continuar explorando o si tal vez era hora de regresar sobre sus pasos. Al fin y al cabo, seguramente dispondría de más días para salir a investigar.

Pero entonces descubrió a poco recorrido allá abajo una llamativa agrupación de sauces blancos que destacaba sobre la amplia parcela verde completamente despejada. Cerraban sobre sí mismos en celosa muralla, como si pretendieran proteger de miradas impertinentes, bajo su espeso abrigo de foresta, cualquiera que fuera el secreto que custodiaran.

Obviamente Margaret sintió una gran curiosidad por aquel lugar, y su mente fantasiosa enseguida intuyó que aquella arboleda había sido plantada tan compacta con el firme propósito de procurar intimidad; tal vez albergara bajo su verdor espeso un estanque, tal vez las ruinas de alguna antigua construcción, quizá un camposanto privado o una ermita...

Deslizando la mirada en línea recta, allí donde se pincelaba la línea del horizonte sobre una nueva ondulación de terreno,

descubrió también por vez primera una gran edificación de imponente fachada oscura, parcialmente devorada por la hiedra, irguiéndose sobre el terreno como un silencioso custodio del bosquecillo de sauces.

Asumió Margaret que aquellas tierras, incluido el misterioso vergel de allí abajo, debían de pertenecer a aquella gran casa, y, aunque en un principio temió haberse adentrado en propiedad ajena y ser amonestada por ello, la curiosidad juvenil terminó por imponerse sobre la razón y la prudencia.

Al fin y al cabo, razonó, la mansión parecía sumida en un notable estado de abandono, muy posiblemente nadie viviera ya allí, por lo que, con su presencia y con su ingenua curiosidad, no podía en modo alguno perturbar ni ofender a nadie.

Consideró además que no le tomaría nada de tiempo llegar hasta el bosquecillo...

Replegó los labios al interior de la boca.

Se trataba tan solo de un paseo breve en suave descenso...

Inhaló profundo por la nariz.

Podía dar un rápido vistazo sin hacer mal alguno; a fin de cuentas era una simple caminante, su huella no profanaría aquel bonito espacio.

Este cúmulo de pensamientos, desplegados cual abanico en su cabeza, fueron sin duda los que terminaron de incentivarla a acercarse y, de hecho, mientras dejaba que se aposentaran y en tanto razonaba consigo misma lo inofensivo de su iniciativa, sus pies ya habían decidido enrumbarse de forma autómata hacia la arboleda.

Conforme la distancia menguaba, percibió Margaret con mayor certeza el murmullo de la brisa entre el denso follaje y el frescor que procedía de aquella zona de sombra.

Sin dudarlo, y cada vez más intrigada, se adentró entre los árboles rozando con las manos las hojas de las ramas más bajas, para descubrir que no ocultaban ningún estanque, tampoco antiguas ruinas y mucho menos un viejo cementerio olvidado; tan solo se desplegaban recorriendo el exterior de un murado de piedra casi por completo cubierto de hiedra y musgo.

El muro era tan alto que ni aun dando saltitos —como en verdad hizo— pudo ver lo que ocultaba detrás.

Ante la imposibilidad de saciar de forma inmediata su curiosidad, sintió cómo esta la devoraba con mayor ansia. Por fortuna, a pocos pasos y a un costado, descubrió una cancilla oxidada de hoja doble y arco de medio punto en la parte superior. Al comprobar que una de las hojas se encontraba entreabierta, y tomando esto como una silenciosa invitación, decidió traspasarla.

Del otro lado emergió, como inesperado estallido de color, formas y texturas, un enorme jardín tan absolutamente descuidado como nunca antes había visto Margaret algo así: en apariencia una auténtica selva de colores, fragancias y variedades florales, donde la hierba alta devoraba casi por completo los macizos y parterres que a duras penas se adivinaban entre la espesura y que, de forma milagrosa, parecían haber sobrevivido a la invasión.

Distinguió un viejo arco de madera, bastante alto y todavía en buen estado, que sostenía un denso popurrí de diminutas rosas silvestres; vio algunas vasijas de barro asomando entre la hierba, carentes de contenido, pero rebosantes de años y verdín, una bancada de piedra que los helechos y la humedad trataban de engullir y un par de estatuas femeninas que mostraban sus elegantes figuras semidesnudas por entre los macizos de hortensias en flor.

Conforme se adentraba entre la hierba alta y espigada, descubrió

bajo sus pies un estrecho y serpenteante pasillo de terracota que parecía señalar un camino, pero que se perdía a pocos pasos bajo la densidad silvestre.

Parada en mitad de aquel descuidado edén observó con deleite el vuelo de los abejorros entre las lavandas y el baile elegante de decenas de mariposas blancas y amarillas agitando sus alitas de talco entre las flores de manzanilla que se arracimaban desde todas partes.

Sorprendió un par de chochines comunes que saltaban alegremente por entre las plantas, sin miedo a la presencia humana, y se dedicó a seguirlos con la mirada ante la imposibilidad de hacerlo entre la hierba.

En alguna parte, oculto entre la vegetación, escuchó el vibrante cricrí de un grillo que parecía reflejar las pulsaciones de la tarde.

Se llevó una mano al escote, sintiéndose profundamente conmovida ante la explosión sensitiva que la embargó de golpe.

¡Qué belleza de lugar..., y qué pena que su propietario lo hubiera descuidado de ese modo!

Con el adecuado esmero debía de parecerse mucho a su jardín de Berkshire.

Con la suficiente dedicación aquello sería lo más parecido al paraíso que Margaret podría imaginar.

A desgana, pues aquel lugar la fascinaba realmente, comprendió que debía regresar ya a Lavender Fields, pero no traspasó la cancilla sin antes prometerse a sí misma que regresaría a aquel vergel tan pronto como pudiera hacerlo.

Capítulo 2

—¡Oh, querida, ese viejo jardín... —suspiró profundo, acompañado de una suave caída de ojos— comprendo que llamara tu atención! ¿Cómo no iba a hacerlo? —Tía Dorothy, sentada cómodamente frente al fuego con su habitual copita nocturna de vino de naranja en la diestra, parecía entender mejor que nadie la fascinación de la muchacha conforme esta les relataba su excursión vespertina, y así lo demostró al compartir con los presentes una mirada soñadora que Margaret recibió con una sonrisa; y el tío Arnold, meneando la cabeza con resignación—. ¿Pero todavía se puede acceder a él? —Jadeó su incredulidad—. Creía que a estas alturas se encontraría completamente impracticable y devorado por la vegetación.

—En verdad no se puede acceder de forma cómoda... —admitió Margaret con timidez, ocultando, por no preocupar a la anciana, que las hierbas llegaban hasta la rodilla y podían esconder, seguramente lo hicieran, serpientes y otras alimañas—, se nota que hace mucho que nadie se acerca a ese lugar ni se preocupa por él.

—¡Oh, pero por supuesto, querida, por supuesto! ¿Quién podría hacerlo? —exclamó Dorothy con un aliento de tristeza—. Hace mucho mucho tiempo que ese lugar se cerró para siempre...

Margaret la observó con un marcado ceño de curiosidad, sin acabar de comprender el significado real de aquellas palabras. Acto seguido miró a tío Arnold, pero este no parecía compartir la nostalgia sensiblera de su esposa y prefería depositar su interés entre las páginas del libro de geografía que sostenía en las manos.

Comprendiendo la intriga de la joven, la tía, luego de lanzar al aire otro suspiro y consciente de haber encontrado una interlocutora ataviada con la misma dosis de sensibilidad con que se vestía ella misma, decidió compartir con la muchacha cuanto sabía.

—Ese jardín fue una ofrenda de amor de su propietario, William Northwood, a su esposa.

Margaret aspiró una amplia bocanada de aire en tanto elevaba las cejas hasta rozar con ellas el nacimiento de su oscuro y rizado cabello.

Aquella revelación, que sin duda ocultaba un claro matiz romántico, azuzó su curiosidad y encendió el color en sus mejillas.

Quiso saber más, por supuesto, y para ello se inclinó sutilmente en el asiento hasta sentarse casi en el borde, acortando de ese modo la distancia que la separaba de la anciana. Su mirada brillante y suplicante la delataba; un ruego silencioso que le dedicó a la tía mientras enlazaba las manos sobre el regazo y se humedecía los labios con nerviosismo.

Dorothy, que adoraba especialmente los asuntos de corte romántico, apreció la curiosidad de su joven pariente y por ello no se demoró en tratar de saciarla.

Desde su sillón, el tío Arnold meneó de nuevo la cabeza.

—William Northwood vivía con su familia en Garden Hill, la mansión que seguramente pudiste ver a cierta distancia tras el bosquecillo de sauces que custodia el jardín. —Margaret asintió con rapidez, concediendo alas a la anciana con su gesto—. Su esposa

adoraba las plantas en particular y la naturaleza en general y él quiso agasajarla con un rincón privado, y ligeramente apartado del parque principal, donde pudiera dedicarse en cuerpo y alma a su adorado pasatiempo.

Margaret suspiró, encantada. ¡Qué hermoso gesto de amor! ¡Un jardín privado para completo disfrute de su querida esposa!

—La señora Northwood conocía muchas especies, sabía cómo cuidar cada una de ellas y las cultivaba con amor y dedicación. Como consecuencia, el jardín de la señora Northwood estallaba en colores y fragancias convirtiéndose cada primavera en lo más semejante al paraíso en la Tierra. Todo el mundo, de aquí a Londres, sabía de la existencia de ese hermoso rinconcito y todo el mundo admiraba la belleza del lugar, incluso yo misma he estado allí en algunas ocasiones —otro suspiro por parte de la anciana—, recuerdo perfectamente las fuentes de agua corriente, las bancadas de piedra desde las que se escuchaban al atardecer los cantos de los gorriones, recuerdo las flores exóticas que crecían en el invernadero y cuyas simientes su esposo hizo traer desde lugares remotos, recuerdo los parterres de lavanda y la frondosa madreselva que vestía el muro...

Margaret, ceño fruncido y labio inferior atrapado bajo los dientes, no era capaz de asociar un lugar como el que retrataban las palabras de tía Dorothy con el descuidado jardín cubierto de maleza que ella había visto.

—Pero un buen día la señora Northwood enfermó y durante muchos meses no pudo acudir a su jardín, como hasta entonces había hecho a diario. —La anciana se llevó la mano libre al corazón mientras la otra continuaba sosteniendo la copa de vino—. Tuvo que permanecer postrada en su cama, sometida a horribles fiebres, incapaz siquiera de tenerse en pie —suspiró con grave emoción y,

para tratar de consolarse, envió un trago rápido a su bebida espirituosa—, deteriorándose cada día como un pobre pajarillo hasta que finalmente falleció, dejando solos a un niño pequeño y a un esposo que no fue capaz de entender la vida sin su amada. —Nuevo suspiro—. El señor Northwood decidió cerrar la mansión sin previo aviso, de un día para el otro, y trasladarse con su hijo a su residencia de Londres, poniendo tierra de por medio entre su vida y los recuerdos que amenazaban con consumirlo...

—¡Jesús Cristo, Dothy! —Consciente de la impresión que las palabras de su esposa habían causado en una muchachita joven e impresionable como Margaret, tío Arnold pausó la lectura para descender el libro sobre el regazo y amonestar a su esposa—. ¿Crees que es necesario mostrarte tan dramática a la hora de narrar esa historia?

—Señor Percy, no soy dramática en absoluto —se defendió la anciana, componiendo un mohín de inocencia—, simplemente estoy revelando lo que sucedió, ni más ni menos. Los Northwood eran nuestros vecinos más cercanos y esto mismo es lo que aconteció, tal y como lo cuento, sin dramas ni exageraciones. La señora Northwood falleció tras una horrorosa enfermedad y su esposo abandonó Garden Hill porque no fue capaz de soportar ni el dolor ni los recuerdos. ¡Así mismo!

Tío Arnold suspiró con largueza y volvió a hundir la nariz entre las páginas de su libro de geografía. Tía Dorothy devolvió la atención a su devota oyente, retomando su discurso.

—Nunca regresaron a Garden Hill, querida, esa enorme casa permanece cerrada a cal y canto desde entonces, y nunca volvimos a saber nada de ellos. ¡Nunca! Ni una carta, ni una sola noticia al respecto. —Meneó la cabeza para reflejar su disgusto—. El chiquillo, en la actualidad, debe de andar cerca de la treintena y se habrá

olvidado por completo de esta parte del patrimonio familiar y de sus antiguos vecinos. En lo que respecta a William Northwood, puede que incluso haya fallecido allá en Londres y ninguno nos hayamos enterado de ello.

Margaret exhaló largamente para tratar de aligerar el peso que, de pronto, se había instalado en su pecho como una pesada losa. Le temblaban las manos, le temblaban las rodillas y toda ella parecía en ese instante un insignificante junco sacudido por el vendaval.

—¡Qué historia tan triste! —murmuró, sinceramente conmovida, ambas manos sobre el corazón y en los ojos un velo que reflejaba una legión de lágrimas pulsantes—. Una tragedia horrible que ha conseguido sumir a una familia, y a su propiedad, en un olvido devastador. ¡Qué triste, tía Dorothy!

Y en verdad así lo creía.

Una vida familiar perfecta truncada de golpe.

Un esposo amantísimo que no pudo continuar viviendo en un lugar donde todo le recordaba a su adorada.

Un niño huérfano arrancado del seno amoroso de su hogar y apartado de los recuerdos de su madre.

Y un paraíso en flor, lentamente devorado por la marea verde del olvido.

—Así es, querida niña, un drama con todas sus letras. —Y para secundar su tristeza, envió un definitivo trago a su bebida.

Notó Margaret el descenso de una lágrima solitaria y caliente por su pómulo, apurando el recorrido una vez superada esa primera elevación para morir contra los labios. Parpadeó con rapidez para tratar de aplastar las siguientes y, aunque alguna murió sofocada bajo el peso de las pestañas, muchas otras surcaron el redondo rostro juvenil.

Replegó los labios al interior de la boca, inhaló con sonoridad y

procuró ordenar los pensamientos que se atropellaban en su cabeza.

Una mujer enferma, un hombre desolado dispuesto a quitarse la vida en ausencia de su amada, un niño huérfano llorando a su madre y un jardín, antaño vieja gloria y ofrenda de amor, sepultado por la maleza.

Todavía con el nudo de aflicción apretando su pecho y el rostro húmedo por la presencia de las lágrimas, fue consciente de la idea fugaz que cruzó de pronto su mente.

Y esa idea se deslizó enseguida, sin permiso ni titubeo, a los labios de la muchacha.

—¿Cree que incomodaría a alguien si tratara de adecentar el jardín?

La anciana la miró con asombro, ahogando un jadeo.

El tío Arnold también dedicó a su joven pariente una mirada curiosa por debajo de los poblados montes que la sombreaban.

—No lo creo —concedió la mujer, todavía extrañada—, no hay ningún Northwood por aquí ni nadie que custodie la propiedad —exhaló con largueza el aire que desconocía haber estado reteniendo —, pero ¿por qué querrías esforzarte tanto por un lugar que lleva años abandonado? ¡Eso ha de ser una pequeña selva a estas alturas!

Antes de que Margaret respondiera, el tío Arnold añadió:

—Si lo que deseas es dedicar tiempo a la jardinería, puedes disponer de todo el terreno que quieras en nuestra propiedad, querida, toda ella se encuentra a tu entera disposición. Y estoy convencido de que los jardineros te ayudarán con gusto.

Margaret se mordió el interior de las mejillas mientras fruncía el ceño.

¿Cómo explicarle al tío Arnold, práctico y resolutivo por excelencia, sin ofenderlo, que la pulcritud de Lavender Fields no la atraía del mismo modo que podía hacerlo el chispeante colorido y la

libre disposición de aquel jardín olvidado y aún rebosante de vida que tanto le recordaba a su jardín de Berkshire?

¿Y cómo explicarle especialmente, sin que la considerara una ilusa romántica o una tonta sensiblera, que un lugar nacido como una ofrenda de amor no merecía morir en el olvido del tiempo?

Dirigió una mirada preñada de anhelo a la tía Dorothy.

Esta comprendió de inmediato aquello que albergaba el alma y el corazón de la muchacha.

—Estoy segura de que sabrás devolverle el alma a ese pedacito de paraíso, querida niña, para convertirlo en la vieja gloria que fue en su día.

Margaret la agasajó con una amplia sonrisa que iluminó la aquietada estancia con el fulgor de la gratitud.

—Gracias, tía Dorothy.

De nuevo el tío Arnold meneó la cabeza en negación, aunque sin albergar disgusto alguno en su gesto.

¿En qué cabeza podía caber la idea de que un solo hombre pudiera lidiar con la voluntad empecinada de dos mujeres unidas en feliz coalición?

***

Algunos días después consiguió Margaret convencer a uno de los jardineros de Lavender Fields para que la ayudara a segar la hierba y arrancar la maleza del jardín; y el buen hombre, al comprobar que a la señorita no se le mudaba el color a la hora de remangarse y trabajar duro, se esforzó especialmente para terminar la tarea en una única jornada.

Entre los dos cortaron toda la hierba hasta dejar la superficie como una mullida alfombra verde, aunque en algunas zonas, y

debido a la presencia de maleza, pudieran apreciarse pequeños parches de tierra a los que tomaría un poco más de tiempo recuperar su verdor.

Arrancaron mala hierba, despejaron hojas secas y ramas muertas, enderezaron los desgarbados rosales, allanaron los montículos de tierra que los topos habían expulsado desde las entrañas de la tierra y limpiaron el pasillo de terracota que cruzaba serpenteando el lugar.

Margaret, en medio de la parcela, manos en las caderas y agitado el aliento a causa del esfuerzo, dedicó al bucólico escenario una sonrisa satisfecha.

Había sido un arduo trabajo, y sin duda señorita y jardinero terminaron exhaustos al final del día, con las manos y las ropas teñidas de tierra y verdín y el cuerpo adolorido; pero una vez terminada la parte más dura e ingrata de la tarea, el jardín por fin respiró, dejando entrever su belleza latente como una promesa de lo que volvería a ser.

Y no parecía faltar demasiado para que esto sucediera.

***

Aprovechando la benevolencia climática de finales de mayo, Julian decidió salir a caminar aquella tarde.

Había llegado al condado de Hampshire apenas un par de días antes y ni siquiera había tenido tiempo a nada más que a instalarse; de hecho habían sido días de gran trasiego para él y para los sirvientes que lo habían acompañado desde Londres, pues devolver la vida a un lugar que había permanecido dormido durante muchos años requería, sin duda, de mucha paciencia y un gran esfuerzo; tan siquiera para que emitiera los primeros alientos tras demasiado

tiempo de respiración ahogada.

Pero en medio de tan ardua responsabilidad, él era consciente de que necesitaba concederse tiempo para sí mismo y salir a caminar; sabía que necesitaba recorrer aquellos campos infinitos y aquellos antiguos caminos que recordaba vagamente de sus años de niñez; y especialmente era consciente de que necesitaba tanto como el respirar, volver a experimentar el reflujo de sensaciones que emanaban de la tierra, de los árboles y de un cielo que en ninguna otra parte parecía tan límpido y puro como el de Hampshire.

Mucho menos en Londres, donde la bóveda celestial se opacaba de forma constante bajo la densa legión aérea, oscura y maloliente del humo procedente del carbón que vomitaban las chimeneas.

Cansado de pisar adoquines sucios e irregulares y terreno embarrado por el continuo trasiego de los carruajes, resultaba una bendición poder caminar sobre aquel suelo verde y mullido, fragante incluso, y disfrutar de una sensación semejante a la que debían experimentar los ángeles pasándose en nubes.

Por una razón u otra, en su absorto y fascinado deambular, sus pies lo llevaron más pronto que tarde al viejo jardín cuya existencia atesoraba en lo más profundo de su corazón y que recordaba, ubicado como precioso remiendo, en medio de la extensa campiña, al final del parque de la propiedad, rodeado y protegido por una legión de sauces que, entonces, lo sorprendieron por su robustez y frondosidad.

Él apenas recordaba troncos desgarbados, ramas débiles y escaso follaje, apenas un breve abrigo para las avecillas del campo; no había imaginado en modo alguno descubrir en el presente, con un único y sorprendido vistazo, semejante reciedumbre y majestuosidad.

Una sonrisa condescendiente estiró con ligereza sus labios.

¿Y qué esperaba?

Al fin y al cabo el paso del tiempo resultaba inclemente y, del mismo modo que él ya no era el chiquillo que antaño correteaba por aquellos pastos como un cervatillo feliz y despreocupado, tampoco esos eran los arbolitos enclenques que vio plantar.

Se acercó al lugar, decidido a dar una mirada rápida por encima del muro.

Ni siquiera consideró entrar, no por el momento; pero sí que podía mirar... y recordar.

Probablemente allí no quedara ya nada de lo que había sido antaño aquel lugar, pero tal vez podría intuir determinados elementos bajo la maleza que, de seguro, había actualmente de cubrirlo todo.

Quizá permaneciera aún intacta la vieja fuente de piedra, tal vez todavía las estatuas de aquellas ninfas, cuya anatomía sutilmente revelada lo había eclipsado en su ingenuidad infantil; puede que se sostuviera en pie el arco de madera que las rosas silvestres recorrían con gracia y, al fondo del cercado, quizá existiera todavía el invernáculo...

Una vez parado frente al muro, que entonces le pareció más bajo de lo que recordaba cuando, de niño, le semejaba tan elevado e infranqueable como los muros de Jericó, se irguió en toda su estatura —siendo esta notable— para sorprenderse con lo que descubrió al otro lado.

O, en realidad, con lo que no descubrió.

El jardín permanecía increíblemente limpio de maleza; y aunque en algunas zonas asomaban pequeños montones de hierba recién cortada y hojarasca seca, así como parterres desangelados, sin gracia ni esplendor tras la reciente poda, en modo alguno reflejaba el descuido que él, por lógico razonamiento, le había atribuido.

No permanecía devorado por la vegetación.

No parecía la selva que él había esperado encontrar.

Lo más sorprendente, no obstante, fue el descubrimiento de una figura femenina —y no, no se trataba de ninguna de las estatuas de aquellas ninfas que él guardaba en la memoria, sino de una criatura mortal de carne y hueso— parada de pie en medio del jardín, apostada muy erguida, con las manos en las caderas y la cabeza alta.

Por encontrarse ofreciéndole la espalda, no pudo distinguir la identidad de la mujer, aunque a juzgar por el guardapolvo que protegía su vestido y el sombrero campesino de ala ancha que cubría su cabeza, resultaba manifiesto que ella era una parte importante, y responsable, de la actual apariencia del jardín.

Por su fisonomía y por su atavío debía de ser bastante joven.

Por su disposición y por el trabajo que parecía haber llevado a cabo allí, debía de ser una persona determinada y muy capaz.

—¿Quién eres? —susurró bajito, amparado tras la intimidad que le proporcionaba el muro de piedra.

Capítulo 3

Al día siguiente decidió regresar al jardín.

Y no solo por tratarse *del jardín* en sí mismo, fuente imperecedera e inagotable de aquellos recuerdos hermosos que había tenido que limitarse a atesorar, con el correr de los años, únicamente en su memoria y en su corazón.

Necesitaba regresar y comprobar si también aquella mujer desconocida, fuere quien fuere ella, había vuelto al jardín para continuar cuidándolo y adecentándolo.

Mientras abordaba con paso ligero la loma que descendía desde Garden Hill —con la mirada prendida en las rumorosas melenas de los sauces y la silueta del arcaico muro que se adivinaba por entre el follaje—, antiguas escenas de tiempos mejores, sin duda preciosos en aquella época y dolorosos en la actualidad por encontrarse extintos, acudieron a su memoria.

Recreó la silueta de una hermosa mujer deslizándose por el jardín como un ángel pisando nubes, ataviada con un discreto delantal para preservar el delicado vestido, con su bonito cabello rubio recogido bajo un sombrero de paja recubierto con un velo de gasa para protegerse contra los insectos, y en las manos guantes de cuero para poder hundirlas constantemente en la tierra sin estropear

su piel de porcelana.

Recordó cuánto le gustaba a él acompañarla al jardín y con cuánta atención atendía a sus explicaciones acerca del cuidado de las diferentes plantas que allí cohabitaban.

Quizá ese fuera uno de los principales motivos por los que se decidió a estudiar Naturalismo y Botánica, a pesar de la poca consideración que su padre había manifestado hacia esta especialidad; sin duda, él habría preferido una carrera de Leyes o Medicina.

Pero Julian adoraba las plantas, adoraba la naturaleza en sí misma, y tal vez dedicarse a ella en cuerpo y alma fuese la mejor manera de perpetuar y honrar el legado de su querida madre.

O, al menos, la mejor forma de sentirse más cerca de ella.

Creyó que, una vez fallecido su padre, al decidir regresar a Garden Hill para hacerse cargo de la propiedad familiar, le iba a doler sobremanera ver de nuevo la mansión..., y en especial el jardín de su adorada madre.

Y seguramente así sucediera, al menos en lo que al vergel respectaba, si lo hubiera encontrado en el estado de abandono y negligencia en el que consideró debería haberlo hallado.

Sin embargo lo descubrió tan... bien, que por un instante fue como si el tiempo se hubiera detenido de pronto allí adentro.

Y aquello lo descuadró por completo.

Cuando se encontró frente al muro, ante a la cancilla de hoja doble ligeramente entreabierta a modo de silenciosa invitación, no se atrevió a entrar.

Todavía no creía estar preparado para traspasar el muro ficticio, tampoco el real, que lo separaba de su pasado.

No obstante, parado bajo el arco oxidado de la cancilla, sus ojos sí tomaron la iniciativa a la que se negaban sus pies para volar

raudos hasta la silueta femenina que había descubierto allí el día anterior, y que en ese momento se encontraba arrodillada ante un parterre de tierra removida, trasplantando prímulas.

Ella se hallaba frente a él, aunque ajena por el momento a la presencia de Julian, por lo que pudo concederse a sí mismo la licencia de apreciar a la perfección sus rasgos sin ser visto.

Era una muchacha en verdad muy joven. Lo supo por su rostro de luna llena, por sus pómulos redondeados y por la mirada, que, aunque permanecía inclinada la mayor parte del tiempo, se anunciaba chispeante, preñada de esa ilusión intacta que albergan aquellas almas que apenas han salido al mundo. La boca era pequeña y de labios carnosos y sonrosados; la nariz, salpicada de pequitas, asomaba diminuta y perfecta. Como perfectamente delineadas y simétricas eran las gruesas cejas oscuras que adornaban el bello conjunto de su rostro.

La tez no era de porcelana, sino que se pincelaba ligeramente aceitunada, señal inequívoca del amor y la inclinación de su propietaria por el aire libre; asunto que, lejos de disgustar a Julian, lo admiró.

Cabello oscuro, rizoso, que asomaba en descuido bajo el ala ancha de un sombrero de paja y por entre la lazada desanudada que descendía a ambos lados de un cuello esbelto como el de una garza.

La muchacha se afanaba entonces por enterrar los cepellones en los agujeros previamente cavados en la tierra removida y húmeda. Vestía sus manos con guantes de cuero y no parecía incomodarla encontrarse de rodillas sobre el terreno, a riesgo de manchar de tierra y verdín —tal y como ya lo había hecho— su vestido color cobalto.

La mente de Julian voló frenética al pasado y, sin poderlo evitar, se sintió trasladado de pronto a un momento lejano en el tiempo

que, en su cabeza, resultaba casi idéntico al momento actual.

Y a pesar de que la fascinación por rememorar un instante inmejorable lo mantenía, o eso creyó él, perfectamente inmóvil y silencioso bajo la cancilla, casi sin aliento y pulso, boquiabierto y con la mirada velada por la emoción, en algún instante debió de realizar algún movimiento o sonido en consecuencia, pues la joven levantó la vista de pronto para fijarse en él por vez primera.

Al encontrarse las miradas, el rostro femenino se tiñó de escarlata con la rotundidad con la que una amapola resplandecería bajo el sol de mediodía.

También Julian se sintió incómodo, como si hubiera sido sorprendido en un renuncio, pues se enderezó de golpe y, de forma casi inconsciente, dio un paso atrás. Huir, sin embargo, resultaba impensable.

Sabía que no había motivo alguno para sentirse así, pues, al fin y al cabo, aquel jardín le pertenecía y tenía todo el derecho del mundo de estar allí.

Saber eso, sin embargo, no le sirvió de mucho —o de nada, en realidad—, pues acto seguido se sorprendió a sí mismo balbuceando como un necio y enarbolando la más absurda de las justificaciones ante aquellos ojos enormes que lo miraban con curiosidad:

—Emm... disculpe, señorita —carraspeó nervioso—, ¿ha visto un perro *pointer* por aquí?

Ella parpadeó con viveza mientras se enderezaba y cuadraba los hombros, sosteniendo todavía un cepellón de prímula en las manos.

—¿Un... *pointer*? —preguntó Margaret con timidez.

Julian boqueó y cabeceó en asentimiento. Ya no podía volverse atrás sin parecer más necio de lo que era.

—Sí, un... —la duda se asentó apenas durante un par de segundos— un *pointer*, ya sabe usted: un perro de caza, blanco,

con... manchas... color hígado...

Margaret abrió mucho los ojos, sintiéndose cada vez más sorprendida.

—¿Color... hígado?

Julian exhaló con largueza, vaciando todo el aire posible de sus pulmones. Un segundo después se encontró sonriéndose a sí mismo ante su propia bobería.

—Ay Dios... —susurró al elaborado cuello de su *cravat*.

Era un hombre de veinticinco años, por el amor del cielo, y se comportaba como un mozalbete.

En su descargo debía reconocer que los recuerdos, y la emoción a consecuencia de ellos, lo habían abordado tan de golpe que no había podido asimilarlos con el necesario aplomo. No se había preparado para digerir así, de repente, semejante impresión y tan emotivas remembranzas después de todo ese tiempo.

Por eso, tal vez, en ese instante y ante aquella muchachita desconocida se comportaba como un auténtico bobo.

No había motivo alguno para semejar un idiota si en verdad no lo era, y sin embargo...

—Salí a caminar con él... —¿por qué continuaba con aquella farsa?— y en un momento dado arrancó corriendo detrás de una perdiz —exhaló con largueza—. Hace un buen rato que no lo veo ni responde a mi silbido, creí que podría haber entrado aquí...

Margaret se humedeció los labios y parpadeó de nuevo con viveza.

—Pues no, no lo he visto por aquí... —Jadeó confusa.

Julian aprovechó para deslizar la mirada en torno, en realidad para comprobar una vez más el aspecto del jardín y compararlo con el recuerdo que de él guardaba. Hacer eso abrió un agujero creciente en el centro mismo de su pecho.

—Es un lugar... muy bonito... —murmuró para sí mismo, consciente de la emoción que ascendía en volandas desde las profundidades de su alma para asentarse sobre su agitado corazón. Lo era. Precioso. Nunca había dejado de serlo. Inhaló profundo y a continuación agregó—: ¿Es suyo?

Fue consciente en el acto de lo innecesaria que resultaba aquella pregunta a oídos de cualquiera, y especialmente a su propio entendimiento, pues conocía perfectamente la respuesta.

Y en cuanto a aquella joven... era de suponer —y así debía de entenderlo ella— que si la había descubierto allí trasplantando prímulas, por fuerza daba a entender que el jardín era suyo.

Margaret se tornó mucho más encarnada que al inicio. Dejó la planta a un lado y, muy despacio, se levantó.

Una vez de pie, se limpió con disimulo los guantes contra los pliegues del vestido, un gesto consecuencia del gran nerviosismo que la dominaba de pronto.

—Bueno, en realidad... yo... —principió diciendo, y rápidamente descendió la mirada al suelo sin ser capaz de terminar la frase. Tragó seco, pero el nudo de su garganta no se aligeró en modo alguno.

Ella era del todo consciente de que se encontraba en una propiedad privada y, aunque no hacía nada malo en realidad, sino que tan solo había pretendido recuperar un rincón que no merecía someterse al cruel olvido, cualquiera que conociera la historia de aquel lugar entendería que, en verdad, no tenía un derecho real de estar allí.

¿Y si aquel caballero, fuere quien fuere, le reprochaba el haberse apoderado del sitio sin consentimiento legítimo? ¿Y si la tomaba por una usurpadora?

Sin embargo no se trataba solo de eso.

Aquel hombre la intimidaba de una forma particular.

De estatura imponente y gran apostura, vestía como un auténtico noble y, asimismo, su figura emitía un intenso magnetismo que tan solo los caballeros son capaces de desprender.

Coronaba su testa una densa cabellera del color del trigo maduro, rizado sobre la frente. Frondosas patillas se fundían con el contorno de la mandíbula, concediéndole a su expresión un aire de innegable nobleza y autoridad.

Ceño severo, nariz larga y perfecta, mentón saliente y sombra de barba; todo en aquel desconocido, amén de la consciencia de no ser ella misma dueña de cuanto allí había o se hacía, fomentó que Margaret se sintiera de pronto como una niña atrapada en falta.

Quizá por eso, y por el elevado sentimiento de culpa que experimentaba, se apresuró a reunir ambas manos frente al talle para entrelazarlas y retorcer los dedos con nerviosismo.

Julian apreció la incomodidad de la joven y se culpó enteramente de haberla provocado mediante aquella absurda pregunta. Por eso tal vez, y en parte porque la muchacha semejaba tan cándida como un ángel, se apresuró a mostrarse tan indiferente como debería para sonar conciliador y tratar así de aligerar la congoja de la joven.

—Ha hecho un gran trabajo, señorita —y para confirmar sus palabras, cabeceó en asentimiento mientras deslizaba la mirada en derredor—, es un gran acierto combinar rosas con lavanda, desde luego.

Margaret miró en la dirección indicada, sintiéndose todavía inquieta. Las manos continuaban retorciéndose con frenesí.

—La combinación de colores y aromas resulta sublime —continuó él—, además de que la lavanda ofrece un bonito tapiz y actúa como soporte alfombrado para las rosas, que son las que aportan altura. —Volvió Margaret la mirada hacia el caballero, asombrada del conocimiento que parecía poseer acerca de la

distribución ideal de un jardín. Él, ajeno a la observación femenina, continuó con su divagación—: La salvia, la verbena, las salicarias... todas ellas en conjunto aportan un toque vertical de color que sin duda embellece el parterre con esa hermosura casi salvaje que tan solo podemos encontrar en plena naturaleza.

Ella continuó observándolo bajo un ceño de confusión y admiración. Las manos dejaron de retorcerse.

—La mano del hombre poco puede hacer para tratar de superar el diseño natural de la creación —Julian regresó la mirada a la joven —; un gran trabajo, la felicito de veras por haber sabido conservar la esencia de un auténtico vergel —suspiró con largueza y, sin mediar otra palabra, le ofreció un cabeceo raudo y firme a modo de cortesía.

A continuación, una sonrisa asomó con brevedad a sus labios mientras el velo de la emoción empañaba por un instante sus pupilas.

Raudo y precavido, giró sobre sus talones para desaparecer bajo el arco ferroso de la cancilla, perdiéndose su silueta del otro lado del elevado muro.

Margaret, todavía ceñuda, confundida, incapaz de moverse del sitio mientras maceraba en sus entrañas los rescoldos de su reciente incomodidad, se humedeció los labios, parpadeó con nerviosismo y susurró apenas al escote velado en gasa de su vestido:

—Gracias, señor...

***

—¡Por mi vida que desconozco de quién podría tratarse! —Tía Dorothy, encantadora bajo un ceño de absoluta concentración, copa nocturna de vino de naranja en la diestra, permanecía sentada en su

sillón, con la mirada fija e inamovible en las llamas anaranjadas que danzaban frente a ella en la chimenea, como si ese fuego vivo fuera el único que pudiera sugerirle una posible respuesta—. Un hombre alto y bien parecido... —ante esta referencia no pudo evitar Margaret tornarse encarnada con gran viveza. ¿Había ella mencionado la apostura del desconocido o era cosa de su anciana tía? Por fortuna, tía Dorothy se encontraba ocupada devanándose los sesos y tío Arnold, como acontecía de forma habitual, se entregaba con gusto a la lectura de un libro, esta vez de aritmética, como para apreciar su rubicundez—, podría pensar en el hijo de los Rooff, los granjeros que llevan en arriendo algunas de nuestras tierras, pues no carece de cierto atractivo —apenas medio segundo después de decir esto, negó con la cabeza—, pero no, ese muchacho lleva barba y desde luego no es para nada alto...

—Buscaba a su perro *pointer*... —apuntó Margaret con timidez, por si acaso semejante apostilla sirviera de algo.

Y de algo debió de servir, pues de inmediato la tía Dorothy la miró con gesto de sorpresa.

—¿Un perro *pointer*?

Margaret asintió despacio.

—Color hígado...

Tía Dorothy abrió mucho los ojos.

—¿Color hígado? —Meneó la cabeza en negación—. ¡Descartado el hijo de los Rooff, entonces! Por aquí tan solo los caballeros poseen perros de raza para cazar o para hacerles compañía. Los arrendatarios suelen tener *border collies* para ayudarles con el ganado...

Margaret sonrió con dulzura.

—Así es —afirmó—, en casa teníamos a Ashton, un hermoso *border collie* que ayudaba con las ovejas.

Tía Dorothy, tras cabecear ante un comentario tan genuino, miró a Margaret con renovado interés.

—¿Tu desconocido era un caballero, querida?

Margaret replegó los labios al interior de la boca y permaneció mirando a su anciana tía durante algunos segundos que le semejaron eternos.

«¿Mi... desconocido?».

—Vestía de forma muy elegante... —confirmó al fin— y poseía una gran presencia... —Se esforzó en decir todo esto sin ponerse más encarnada de lo que ya debía de estar, a juzgar por el calor que brotaba de su piel y congestionaba cuello y rostro.

—Un caballero, entonces... —Tía Dorothy se toqueteó los labios en un gesto que procuraba manifestar su extremada concentración —. Pero ninguno de nuestros vecinos cuenta con un hijo lo suficientemente joven, alto y bien parecido que pueda asemejarse al hombre que te encontraste en el jardín...

Tío Arnold alzó por vez primera la mirada de su lectura para fijarla en las dos mujeres que lo acompañaban. Por vez primera también decidió participar en la conversación.

—Puede que se trate de un pariente o de una amistad de alguno de nuestros vecinos, y que simplemente haya venido a Willowford de visita. —Elevó sus pobladas y canosas cejas con indulgencia—. No conocemos a todo el mundo, querida señora Percy.

La anciana exhaló con condescendencia, pero no replicó las palabras de su esposo. Miró de nuevo a Margaret.

—Preguntaré a la señora Hartfield, en los próximos días vendrá a tomar el té y te aseguro que no hay novedad en todo Hampshire —miró a su esposo con intención—, ni pariente o amistad, de la que ella no esté informada.

Capítulo 4

En los días sucesivos Julian acudió al jardín siempre a la misma hora, bajo la luz lánguida y pensativa del atardecer, pero en ninguna de tales ocasiones se atrevió a traspasar la barrera infranqueable —creada por él mismo en su cabeza— de aquel vergel que, al fin y al cabo, era una parte más de su vasta propiedad familiar.

Se limitó cada una de las veces a observar por encima del muro y por entre las fluctuantes melenas de los sauces, como un furtivo, para comprobar con regocijo que la muchacha acudía también cada día sin falta.

De hecho, cuando él llegaba al jardín, ella parecía llevar ya un buen rato allí, a juzgar por lo entretenidos que parecían cada uno de sus gestos o por las manchas de verdín que apreciaba en los bajos de su vestido. Y aunque él adelantara su llegada algunos minutos, como hizo en un par de ocasiones, jamás había conseguido anticiparse.

Disfrutaba viéndola moverse con soltura por el lugar, como un hada entre las flores, y disfrutaba mucho más observando el cariño con el que trataba cada planta, cada pequeño macizo, cada vara espigada de frutal.

En más de una ocasión se atrevería a jurar haberla visto

conversar *sotto voce* con los elegantes gladiolos mientras acariciaba sus sedosos pétalos, o cerrar los ojos para deleitarse más profundamente con el aroma de la madreselva trepadora o los jazmines olorosos.

La contemplaba fascinado mientras ella permanecía sentada en las rocallas, rodeada por las flores que parecían guarecerla del resto del mundo, con las manos sobre las rodillas y la cabeza elevada hacia los cálidos rayos de principios de junio.

En otras ocasiones la observaba sentada bajo la vieja pérgola de madera que se vestía de hiedra, leyendo con gran embeleso un libro, siendo apenas perturbada la lectura por el canto alegre de los mirlos o el zumbido grotesco de los abejorros entre las espigas de lavanda.

Y aunque comprendía que existía un cierto punto de clandestinidad en su recién adquirida costumbre de espiarla cada tarde, no podía evitar sentir que aquel ceremonial cotidiano había empezado a tejer un hilo invisible de intimidad que parecía acercarlo de forma irremediable a la desconocida de la que ni el nombre sabía.

***

Aquella tarde en concreto, Margaret se encontraba más intranquila de lo habitual. Tía Dorothy había hablado con su amiga, la señora Hartfield, y esta, alegremente, la había informado de la identidad del desconocido que la muchacha había visto, más de seis tardes atrás, en el jardín.

«Oh, sin duda tu joven sobrina-nieta ha conocido a Julian Northwood en persona —había informado la señora Hartfield mientras degustaba con elegancia un delicioso *scone*—. Hace apenas unas semanas que el caballero llegó a Willowford y, al parecer, su intención es hacerse cargo del patrimonio familiar. Garden Hill vuelve

a estar abierto», recordó Margaret, testigo silenciosa de la escena, inmóvil en un ángulo oscuro y discreto de la sala, el ejército de hormigas que sintió resurgir y corretear de golpe por sus entrañas para revolucionarla completamente por dentro.

También recordó el gesto de sorpresa —y sutil indignación— de su tía al descubrir por terceras personas una noticia tan relevante y sin haber tenido previo conocimiento de ella. ¿Cómo no había sabido de la llegada de su vecino más inmediato? ¿Cómo no había notado la casa abierta después de tantos años de feroz clausura?

—Al parecer William Northwood falleció en Londres hace ya un tiempo, y tras arreglar todo el papeleo resultante a consecuencia de la defunción de su padre, el joven Julian decidió regresar al hogar donde nació y donde pasó sus primeros años de vida.

—¡Oh, pobrecillo, cuántos recuerdos aflorarán de golpe a la superficie de su alma! —había exclamado tía Dorothy con gran sentir.

—Esos recuerdos nunca debieron haber sido empujados a las profundidades, querida Dothy —había intervenido la señora Hartfield bajo un ceño de reprobación—. William jamás debió apartar a su hijo pequeño de un lugar que su esposa había amado tanto. Existió un gran trazo de egoísmo en su proceder, bajo mi punto de vista.

Y Margaret ya no recordaba mucho más de la conversación entre ambas mujeres, pues su mente había echado el cerrojo con rotundidad a cualquier estímulo exterior diferente a los que la sacudían entonces en cuerpo y alma.

Inquietud, nerviosismo, vergüenza e incomodidad.

Y la sensación clara y rotunda de haber sido descubierta en una falta terrible por el propietario del jardín en persona.

¡Había estado invadiendo su propiedad de forma reiterada!

¡Cómo golpeó su corazón contra las paredes de la carcasa ósea que lo protegía, en el instante justo en el que recordó cuando él preguntó si el jardín era suyo!

Aunque esa cuestión la puso muy nerviosa en su momento, el proceder de él a continuación, tan dócil, tan condescendiente, le dio a entender que no había ningún problema y que todo estaba bien.

Y así lo llegó a creer mientras él elogiaba su buen hacer con las plantas y admiraba el lugar como si lo viera por vez primera.

¡Oh, cielo santo, si hubiera sabido que aquellas mismas plantas y aquel mismo suelo trebolado habían sido cultivados y cuidados por la madre de él...!

De Julian.

Julian Northwood.

El legítimo dueño del lugar.

El niño al que su padre se había llevado lejos una vez que la madre abandonó el mundo de los vivos.

El niño del que ella se había compadecido cuando la tía Dorothy le relató su trágica historia familiar.

El mismo que la había sorprendido en la parcela adorada de su madre, campando a sus anchas como una perfecta intrusa.

Se llevó ambas manos al rostro para ocultar bajo ellas su enorme tribulación.

—¡Margaret, eres una completa boba!

¡Menuda vergüenza! ¡Tremendo sofoco!

***

Cuando descendió las manos y fijó la vista en el frente descubrió entre las ramas etéreas de los árboles, por encima del regio murado, el rostro de un hombre que parecía mirar en su dirección.

La primera reacción fue la del sobresalto, con su consiguiente hipido de sorpresa, y acto seguido el corazón —mucho más avispado al parecer que la consciencia— comenzó a cabriolar con frenesí al reconocer de inmediato la identidad de aquella cabeza asomada sobre el muro de piedra.

—¡Oh, Dios bendito! —susurró afligida.

Julian desapareció de pronto para aparecer segundos después bajo el arco ferruginoso de la cancilla.

Margaret se levantó como impulsada por un resorte invisible y, consciente de que ambos se habían sorprendido el uno al otro, y sabedora de que la distancia que los separaba no era mucha y que él podía oírla perfectamente, se apresuró a decir:

—¡Discúlpeme, discúlpeme, se lo ruego —como aquel día, las manos se reunieron frente al talle para retorcerse con frenesí— nunca debí entrar aquí sin su consentimiento y mucho menos tomarme la licencia de...!

—¡Pero no, no se disculpe, por favor...! —Julian, con voz mansa, alzó una mano para tratar de apaciguarla y, también, para restar solemnidad a su interrupción. El ceño de ella, no obstante, continuó fruncido—. Verdad es que ha sido toda una sorpresa llegar aquí después de todo este tiempo y encontrarme el jardín... de este modo. —Una sonrisa estiró con levedad los labios masculinos—. Pero créame, ha sido una sorpresa muy agradable.

Margaret exhaló con largueza.

Un ceño severo continuaba sombreando su mirada castaña.

Las mismas emociones que había experimentado segundos antes al rememorar la conversación entre las dos ancianas afloraron con viveza al encontrarse esta vez en tiempo real ante el hombre, el causante de tales emociones, en persona.

—Le aseguro que... cuando lo descubrí mientras daba un paseo

por los alrededores... me... me pareció fascinante en sí mismo... —explicó con notorio atropello— con su belleza desordenada, su vigorosidad natural, su fuerza imparable y tanta hermosura dormida esperando a ser despertada... —Tragó seco. Su vergüenza nacía de la conciencia de culpabilidad—. Y una vez que conocí la historia de este jardín supe que no era justo que permaneciera olvidado y descuidado, no cabía en mi conciencia consentir un atropello semejante —suspiró a profundidad—. No había ningún Northwood a quien solicitar consentimiento, así que me limité a pedírselo a mis tíos...

Julian reflejó un ceño de desconocimiento.

—¿A sus tíos?

Margaret boqueó, consciente de la escasez de su informe y de su, cada vez, más notable nerviosismo.

—Los Percy-Barrow —aclaró con fatiga—, soy pariente de ellos, he venido a pasar el verano a Lavender Fields desde mi hogar, en el condado de Berkshire.

Julian enarcó esta vez ambas cejas, trasformando su anterior ceño de desconocimiento en un claro gesto de sorpresa.

—Berkshire está muy lejos.

De nuevo Margaret exhaló y una sonrisa trémula bailoteó en sus labios.

—Lo está, señor, muy lejos... —Le dedicó una mirada tímida, casi suplicante de redención—. Le aseguro que yo simplemente quería...

—Está bien —cortó él con delicadeza, una vez más—, no se disculpe, se lo ruego. Ha hecho usted un gran trabajo rescatando este lugar de lo que lo condenaba a convertirse, a todas luces, en una auténtica jungla. No puedo hacer otra cosa más que sentirme en deuda eterna con usted por su dedicación y su cariño a este sitio tan especial para mí. Mi madre se sentiría orgullosa y agradecida.

Ella inclinó la cabeza y la mirada. Las mejillas imitaban a dos amapolas a punto de reventar bajo el sol.

—Por tanto, en este instante y debido a que yo he sido especialmente negligente al permanecer tantos años lejos de aquí, creo y considero que este jardín es también un poquito suyo —una bonita sonrisa curvó los labios de Julian—; en realidad, debería ser más suyo que mío, pues usted le dedicó su tiempo y su trabajo. —Margaret hizo ademán de protestar, pero Julian fue más rápido a la hora de continuar con su discurso—: Me gustaría que continuara viniendo por aquí y cuidando este pequeño pedazo de paraíso con el mismo afecto con el que lo ha hecho hasta mi llegada. —Buscó con intención la mirada de la joven—. ¿Me hará el favor de acceder a este anhelo?

Margaret exhaló un par de veces consecutivas para terminar adornando su rostro con una sonrisa.

—Será un honor y un privilegio, señor Northwood —concedió en un susurro.

Él cabeceó con gratitud.

—El honor y el privilegio serán míos, ¿señorita...?

—Ashford —señaló ella—. Margaret Ashford.

Y Julian consintió que ese nombre que había ansiado conocer se grabara a fuego en su mente.

Cabeceó una sola vez a modo de asentimiento y cortesía, pues comprendió que ya no había mucho más que hacer allí y resultaba buena idea regresar a Garden Hill; al fin y al cabo, la señorita Ashford ya había sido sometida a un buen cúmulo de emociones por su causa, no deseaba perturbarla más, cuando la voz dulce y baja de la muchacha lo obligó a detenerse en el momento justo en el que giraba sobre sus talones.

—¿Ha encontrado ya a su perro *pointer*?

Una sonrisa estiró los labios masculinos en amplitud al asimilar el grado de inocencia e ingenuidad de aquella joven. Sabía que su juventud era notable, de hecho estaba seguro de que no debía alcanzar siquiera los dieciocho años, aunque por su conocimiento del mundo y de la vida sabía también que este factor no siempre iba acompañado de candor e ingenuidad. En el caso de la señorita Ashford, al parecer, era algo completamente implícito a su ser.

Aún de espaldas a ella, miró por encima del hombro para ofrecerle su sonrisa.

—No había ningún *pointer*, señorita Ashford...

Y conservando dicha sonrisa, tomó camino hacia Garden Hill, aunque en el fondo de su alma hubiera deseado quedarse un poco más y admirar el gesto que debió retratarse en el bonito rostro femenino.

Capítulo 5

Durante la noche había estado lloviendo.

No en grandes cantidades ni con una fuerza demencial, pero, tal y como solía acontecer en aquellas latitudes, sí en forma de persistente sirimiri; y de ese modo la densa cortina acuosa que descendió de la bóveda celestial consiguió empañar el paisaje y penetrar en la tierra con una intensidad muy superior a la de cualquier aguacero feroz.

El hecho de que el jardín hubiera sucumbido a la humedad, imitando la apariencia completa de una acuarela abandonada bajo la lluvia, no impidió que dos almas recientemente asiduas a frecuentarlo volvieran a reunirse bajo su amparo una tarde más.

Julian observaba cómo Margaret se ocupaba en trasplantar bulbos de estrella de belén en una zona nueva con la intención de alargar el parterre de donde habían surgido las plantas primigenias.

La joven, en absoluto embeleso durante la tarea, asomaba la puntita rosada de la lengua en un extremo de los labios mientras dibujaba una suave arruga en su entrecejo.

Permanecía de rodillas sobre la hierba, como tantas veces la había contemplado antes Julian, y poco o nada parecía importarle ensuciar la falda con el pasto humedecido o empapar los guantes al

manipular tierra húmeda.

Julian adoraba todos y cada uno de estos gestos, tan pueriles y a la vez tan entrañables, inequívoco reflejo de la concentración de la muchacha en una labor que a él le resultaba fascinante en sí misma.

En un momento dado, incapaz de continuar mirando en silencio, allí de pie a su lado como un pasmarote ineficaz, se aventuró a poner en labios sus pensamientos.

—¿Puedo preguntarle, señorita Ashford, por qué le gusta tanto la jardinería? Parece realmente feliz entre plantas, macetas, bulbos y esquejes.

Margaret enterró el último bulbo y apretó la tierra en torno, asegurándose de que permanecía firme y enhiesto tras el trasplante.

—Y lo soy, señor Northwood —dijo, sonriente—, realmente me hace muy feliz dedicarme a cuidar lo que la naturaleza nos brinda.

Julian la miró unos segundos en silencio, dejándose engullir por el peso de sus reflexiones, en ese instante todas ellas de sincera admiración hacia la joven.

—La mayoría de las señoritas que conozco prefieren ocupar su tiempo con varas de tela y chucherías.

Margaret amplió la sonrisa.

—Ya ve que no todas. —Hizo ademán de erguirse, gesto ante el que Julian, raudo y caballeroso desde su posición aventajada, le ofreció su mano.

Margaret, por timidez y prudencia, dudó un instante, pero finalmente aceptó la ofrenda como lo que realmente era: una atención caballerosa. Los gruesos guantes de jardinería que cubrían sus manos impidieron un contacto directo y personal, limitando el gesto a una deferencia cortés.

Una vez de pie a su lado, sostuvo la mirada del caballero y se humedeció los labios con retraimiento al tiempo que sostenía en

ellos una sonrisa trémula.

—Soy la primogénita de siete hermanos, hija de una humilde familia de arrendatarios, por lo que no sé demasiado de lujos y banalidades —manifestó, y aunque un ligero rubor de modestia tiñó sus mejillas, no existía vergüenza o degradación en sus palabras—. En casa disponíamos de una pequeña parcela donde crecían muchas flores, a menudo sin orden ni concierto y sin ni siquiera haber sido sembradas —una sonrisa nostálgica estiró sus labios en remembranza de aquel terrenito familiar—; mi madre empezó cuidándola, procurando distinguirla de un simple terreno de labranza, pero comprenderá usted que con seis hijos pequeños no podía dedicarse a ella como debería. Yo tomé encantada el relevo.

—Y por lo que veo se le da muy bien.

Esta vez un vivo tono escarlata escarchó con disimulo en los pómulos femeninos.

—Pronto empezaron a crecer por todas partes lirios amarillos, gladiolos, dedaleras, gordolobos... —la sonrisa femenina continuó *in crescendo*—, resultaba un auténtico espectáculo de color y fragancias adentrarse en aquel modesto vergel surgido entre toscos vallados de madera y permanecer allí todo el tiempo que se me permitía.

—Seguro que era usted una cuidadora magnífica, a juzgar por lo bien que ha hecho prosperar este jardín.

Margaret inclinó la cabeza en un gesto de sincera modestia y gratitud.

—Había una buena base, señor Northwood.

—Y unas manos muy aplicadas, señorita Ashford.

Ella continuó sometida a la feroz coloración de su rostro.

—He aprendido en base a lo que mis padres, ambos, me han ido transmitiendo con el paso del tiempo —dijo— y en gran medida

también fijándome en lo que las propias plantas me decían. ¿Sabe? Uno puede comprender, si observa con atención la posición de las hojas, su coloración o la tersura de los tallos, lo que necesitan o dónde prefieren ser trasplantadas.

La admiración en la mirada de Julian le concedió a su pupila un brillo chispeante.

—Créame, señorita Ashford —señaló—, no todo el mundo puede verlo por mucho que observe, se lo aseguro.

Con una sonrisa cohibida, asimiló Margaret el halago. Fue su turno entonces de preguntar.

—¿Y usted? ¿De dónde le viene su amor por las plantas? Me atrevería a suponer que a la mayoría de los caballeros de su posición no les interesa demasiado nada de lo referente a ellas.

Julian exhaló con largueza.

—La mayoría prefieren dedicar su tiempo a los perros, a los caballos o a los carruajes de sus cocheras, es cierto —admitió—, pero al igual que dijo usted antes: no todos encajamos en ese patrón. —Durante algunos segundos se miraron en silencio y entre sonrisas—. En mi caso es muy probable que mi madre fuera la impulsora de mi inclinación temprana. —De pronto empezó a caminar muy despacio, sin rumbo, simplemente avanzando sobre el suelo trebolado mientras revelaba su alma a través de la palabra dicha. Margaret lo siguió en silencio—. Pasé muchas tardes, a veces incluso días completos, en este jardín, correteando entre las flores mientras mi madre les dedicaba su tiempo. También aprendí de ella.

Continuaron caminando en silencio algunos minutos más por entre los macizos de lavanda y los serpenteantes riachuelos de narcisos, sorteando el vuelo zigzagueante de las mariposas o lo cuerpecillos regordetes de los abejorros que pasaban de flor en flor.

—Cuando nos trasladamos a Londres —continuó Julian—, decidí

estudiar Botánica. Mi padre esperaba que eligiera una carrera de leyes, seguramente, o al menos una materia más apropiada a mi condición —miró a Margaret por vez primera desde que empezara aquella disertación íntima—, pero yo debía mantenerme fiel a mí mismo, señorita Ashford, y dedicarme a lo que verdaderamente me hacía feliz, a aquello que me trasladaba a épocas inolvidables que tan solo podría ya evocar en mi memoria. Al fin y al cabo —se encogió de hombros con informalidad y una sonrisa similar en los labios—, debido a mi condición de rico terrateniente —en sus palabras no se vislumbraba arrogancia o vanidad, sino un pequeño viso de resignación—, nadie esperaría de mí que ejerciera jamás una profesión, por lo que la rama académica que eligiera no tenía demasiada importancia... aunque para mí en realidad la tuviera toda.

Margaret lo había escuchado en silencio, tratando de formarse en su cabeza una imagen acertada de aquel hombre, más allá de arcaicos blasones o egos encumbrados. En realidad no era capaz de apreciar nada de todo esto en la persona de Julian Northwood, siendo lo esperado en alguien de su condición, sino todo lo contrario.

A su lado caminaba y se expresaba un hombre sencillo, cercano, el cual, de no ser por la elegancia y riqueza de su atavío o por la conciencia de saberlo el propietario de aquellas vastas tierras, bien podría pasar por un modesto arrendatario amante y conocedor del campo.

—Y dígame, señorita Ashford —el repentino reclamo la apartó de sus cavilaciones—, ¿qué hacía usted mientras pasaba horas y horas en su jardín de Berkshire? ¿Cómo se entretenía allí, aparte de cuidar sus plantas?

Margaret sonrió, contenta de abordar aquella parcela de su privacidad.

—Leyendo, señor Northwood —confesó—, me encanta hacerlo y zambullirme en la lectura del mismo modo que puedo sumergirme en un océano de flores.

Él cabeceó, satisfecho con la información.

—¿Qué le gusta leer?

Margaret dudó un instante, pero uno mínimo antes de continuar hablando con absoluta sinceridad. La compañía resultaba tan amable, y ella era tan noble de corazón, que comprendió que no debía albergar reparos.

—De todo, aunque especialmente poesía o novelas. —En efecto, no encontró censura en la mirada masculina, y eso la alegró. Otros caballeros no hubieran admitido fácilmente que una jovencita leyera otra cosa distinta a los libros de oraciones, en definitiva cualquier temática que pudiera desbaratar una mente en formación—. En los últimos tiempos y gracias a una vecina muy amable que disponía de una buena biblioteca, había descubierto a la señora Burney, aunque con la precipitación de mi partida no recordé traerme a Hampshire alguna de sus obras.

Por supuesto, no esperaba que él conociera a la autora, gran defensora de la voz femenina.

—¡Ah, madame D'Arblay! —exclamó Julian, y a Margaret le fascinó aquel nuevo descubrimiento referente al señor Northwood—. Sí, creo que he leído algo suyo.

Y con un cabeceo misterioso, inclinó la mirada y continuó vagando felizmente acompañado por el delicioso paraíso en flor, consiguiendo que su compañera lo siguiera bajo un gesto de sorpresa y admiración.

***

Margaret permanecía sentada bajo la sombra que proporcionaba la vieja pérgola de madera vestida de glicinias, al fondo del jardín y a un costado del invernáculo recientemente restaurado.

Se entretenía, o al menos procuraba hacerlo, deshojando diminutas flores de manzanilla que había ido acumulando en su regazo, pero su concentración volaba de forma constante hacia otra parte.

Con cada pequeñísimo pétalo alzaba la mirada buscando a Julian —porque en su cabeza ya había pasado de ser el señor Northwood a ser solo Julian—.

Le extrañó no encontrarlo ya allí. Él apenas solía demorar su aparición unos diez o veinte minutos desde que llegaba ella, por lo que en aquel momento su ausencia la inquietaba.

Se había malacostumbrado a su presencia, y aunque en aquel delicioso paraíso verde no era capaz de medir el paso del tiempo, le semejó que había transcurrido una eternidad desde que cruzara la cancilla de forja del jardín, deambulara inquieta por el lugar recogiendo florecillas de manzanilla del infinito tapiz del que brotaban y terminara por sentarse en aquella discreta y cómoda parte de la parcela, a la espera de la llegada del caballero.

Tal vez hubieran transcurrido tan solo cinco minutos durante el proceso, aunque en su cabeza y en sus entrañas le semejara una auténtica eternidad.

Finalmente lo vio aparecer por el único lugar por el que podría hacerlo, y al reconocer su figura alta y gallarda, el corazón de Margaret dio un vuelco, la boca se le secó y la respiración se pausó unos instantes de forma inconsciente. Las manos, por supuesto, perdieron todas las florecillas que sostenían.

Julian la divisó enseguida y, sonrisa en ristre, cruzó el jardín con rapidez para llegar hasta ella.

Se cuadró frente a Margaret y le ofreció un cuidado cabeceo a modo de cortesía. Margaret, quien ya se había levantado una vez que vio asomar al caballero bajo el arco de hierro, respondió a su venia con una lenta reverencia.

—Señorita Ashford —comenzó hablando Julian, con una ceremonia poco habitual a su carácter—, hoy me he retrasado un poco más de lo acostumbrado, pues recién llego de Willowford. He dejado un instante la serenidad de nuestra campiña para adentrarme en las calles principales del pueblo. —Margaret compuso una expresión de sorpresa. Desde su llegada ella no había visitado aún el centro del pueblo de Willowford—. En realidad he ido a propósito a buscar algo... —Y adelantó un brazo, que había mantenido todo ese tiempo oculto a la espalda, para ofrecerle a la joven un pequeño paquete rectangular envuelto en papel de estraza.

Margaret abrió mucho los ojos.

—¿Es... para mí? —boqueó, confusa. Dos rosas estallaron de golpe en sus mejillas.

—En efecto, así es. —Cabeceó Julian con una sonrisa.

Margaret tragó seco, incapaz de moverse e incapaz también de apartar la mirada de aquel paquete todavía tendido en su dirección.

Demoró unos segundos en reaccionar, pero al comprender que estaba comportándose de forma negligente, y especialmente desconsiderada, al mantener al caballero en vilo con la mano suspendida en el aire a la espera de su actuación, tomó la ofrenda con ambas manos.

Otra vez tragó seco, pero el nudo de su garganta no se deshacía. Los ojos permanecían fijos e inamovibles en aquel pequeño paquete, perfectamente compacto y de peso medio.

—No puedo imaginar... —balbuceó, nerviosa.

—¿No puede? —Julian sonreía, encantado con aquel juego y, en

especial, con la genuina reacción de la muchacha.

Margaret elevó la vista para sostenerla en la mirada plácida y penetrante del caballero.

—¿Por qué motivo usted...? —Se humedeció los labios, vivamente encarnada y nerviosa—. Es decir, ¿por qué habría usted de...?

Julian suspiró en medio de su sonrisa.

«Porque escuché cada una de las palabras que dijiste ayer».

—¿Quiere hacer el favor de abrirlo de una vez o se va contentar con sujetar un pequeño paquete de estraza para toda la eternidad?

—¡Claro, sí! —Margaret jadeó y devolvió la atención al paquete que sostenía en sus manos, sonriendo nerviosa.

Comenzó desembalando el papel con dedos trémulos e ineficaces. Como no estaba atado ni sujeto más allá de las dobleces inferidas sobre su contenido misterioso, el papel se liberó y cayó al suelo enseguida.

A la vista quedó un bonito libro encuadernado en cuero y pan de oro, con gruesos nervios en el lomo y brillante tono dorado en el corte de las hojas.

—¡Oh, no es posible! ¡Oh, cielo santo! —exclamó Margaret con lágrimas en los ojos al leer el título impreso en la portada. Acto seguido miró a Julian con las pupilas, en efecto, brillosas y vibrantes —. No tengo forma de agradecerle este gesto, señor Northwood, yo no estoy acostumbrada, nadie jamás... —Y se silenció, porque un abrupto sollozo la obligó a ahogar su gratitud.

Julian experimentó una infinita sensación de felicidad. No hacían falta palabras. La sincera reacción de la joven, la infinita sensibilidad que demostraba ante un detalle tan insignificante y a la vez tan emotivo fueron para él más que suficientes.

—Ya que no se acordó de traerse su ejemplar desde Berkshire —

dijo—, me pareció justo que continuara leyendo a la señora Burney aquí, en la apacibilidad de este jardín que es tan suyo como mío y el cual, espero, se convierta en su refugio mientras permanece en casa de sus parientes.

Capítulo 6

—Últimamente pasas mucho tiempo en el jardín de Garden Hill. —Tía Dorothy realizó el comentario de pasada, mientras sostenía la mirada en las anaranjadas lenguas de fuego que bailoteaban en la chimenea, frente a sus pies elevados sobre un pequeño escabel. En la diestra, su copita de vino de naranja.

No pudo Margaret evitar tornarse ligeramente encarnada ante tales palabras, a pesar de que, ciertamente, no apreció reproche alguno en el tono de la querida y dulce anciana.

En realidad sonaba como un apunte trivial lanzado al aire en un momento de relajación como el que, al igual que cada noche, solían concederse en la apacible sala de estar, después de cenar, instante en el que cada cual enumeraba a los demás lo que había supuesto su día.

Se miró los dedos un instante y tragó áspero.

No existía reproche en el tono de la querida tía Dorothy, pero Margaret no pudo evitar sentirse un tanto culpable.

La verdad era que, desde hacía ya semanas, acudía cada día sin falta —a excepción de cuando el clima se volvía tan nefasto que impedía abandonar la mansión— al pequeño jardín que había descubierto por casualidad y al que había dedicado tanto cariño y

tanto entusiasmo como si fuera propio; y no solo por la belleza que lo impregnaba, aun cuando permaneciera abandonado y oculto por décadas, sino en gran parte por la romántica y trágica historia que albergaba.

El hecho de haber conocido después a Julian Northwood y descubrir que resultaba una persona tanto o más fascinante que su jardín puede que también hubiera influido un poco.

Seguramente tía Dorothy estaba al tanto de que Julian acudía con idéntica asiduidad a su vergel; y aunque Margaret, en su ingenuidad y nobleza juvenil, jamás había barajado la posibilidad de estar incurriendo en falta o de comportarse con impropiedad, tal vez a oídos de la anciana tía hubieran llegado murmuraciones y censuras variadas por el hecho de que su joven pariente, bajo su tutela y celo, se reuniera de forma habitual con un caballero soltero, y en ausencia de carabina, por más señas. ¡No quería en modo alguno comprometer a sus tíos!

—Si lo desea, querida tía, puedo dejar de ir allí, o espaciar mis visitas tanto como usted considere prudente.

Y aunque dijo esto con la cabeza inclinada y las mejillas encarnadas como dos soles, no pudo dejar de ver cómo la anciana volvía el rostro de golpe en su dirección.

—¡En absoluto, mi querida niña! —exclamó tía Dorothy—. Te ruego que no tomes mis palabras como un reproche, porque no lo son.

Margaret se concedió respirar con cierto alivio.

—Estás a nuestro lado y a nuestra entera disposición todas las horas del día... y las de la noche —añadió la señora Percy-Barrow con gesto dócil y mirada empañada de afecto—, siempre pendiente de nosotros, dos ancianos aburridos y cansados...

—¡No, tía, no diga eso ni en broma! —expresó Margaret,

llevándose ambas manos al corazón.

Adoraba sinceramente a aquella noble pareja, y a fe suya que de aburridos tenían muy poco.

Siempre aprendía mucho de cualquiera de los dos; tío Arnold era como un libro abierto, rebosaba cultura y curiosidad por cada poro de su piel, y tía Dorothy le enseñaba constantemente trucos y ofrecía consejos que cualquier jovencita debería conocer, estimaba, para su vida futura.

Siempre se reía en su compañía, especialmente con la tía Dorothy, quien era dicharachera y amable a rabiar.

¿Y cansados? Sin duda poseían tanta energía como dos veinteañeros.

—Querida Margaret, tu tía lleva razón —intervino tío Arnold desde su habitual sofá orejero, todavía sosteniendo un viejo atlas entre las manos—, siempre eres amable y paciente con nosotros, no te importa que repitamos las mismas cosas veinte veces —en esa ocasión miró con intención a su esposa, ganándose un gesto de burla por parte de esta y una sonrisa condescendiente por parte de Margaret—, tú siempre nos das afecto y comprensión. Tu compañía es un rayito de luz en la antaño penumbra de esta casa.

Margaret agradeció el cumplido encarnándose más, pero realmente dudaba que aquella casa hubiera vivido jamás en penumbra. Imposible esperarla en torno a dos caracteres tan maravillosos y dóciles como los de los Percy-Barrow, además de disfrutar, de forma habitual, de la presencia de las amigas de la tía, que acudían a jugar a las cartas o simplemente a chismorrear; jamás habían permanecido sitiados o abandonados por la sociedad.

—Además —continuó la tía—, solo te ausentas durante el tiempo en el que yo me reúno con mis amigas y el señor Percy se encierra en la biblioteca. En realidad es el único momento de privacidad y

evasión emocional del que dispones y, bajo mi punto de vista, no podías haberte buscado un pasatiempo más inofensivo y adorable que recuperar un viejo jardín abandonado por sus propietarios. Nada hay de malo en ello, querida.

Tragó seco Margaret de nuevo y esta vez se atrevió a preguntar:

—¿A pesar de que el señor Northwood acuda también... de vez en cuando? —Se volvió un punto más bermellón ante esta mentirijilla, pues en verdad no se atrevió a afirmar que Julian asistía tan a diario como ella.

Si la tía había captado el inofensivo embuste, nada demostró en su gesto.

—Es el propietario legítimo, lo natural es que acuda o, de lo contrario, ofrecería la imagen de un caballero absolutamente negligente con su heredad —fueron sus palabras—, la señora Hartfield nos ha referido que ya ha contratado a todo el personal de servicio necesario para asistirlo y sacar adelante Garden Hill. El jardinero de la propiedad es el que se encarga de recortar la hierba un par de veces por semana en el jardincito, ¿no es verdad?

Margaret cabeceó. Así era. Un jardinero y su ayudante se encargaban de que la hierba imitara la apariencia de una alfombra trebolada; por lo demás, el enderezamiento de tallos, el cuidado de los brotes nuevos y las podas permanecían, por petición de la propia Margaret, bajo su cuidado y supervisión.

—Me alegra que decidiera regresar a Garden Hill; en realidad nunca debió marcharse. No sirve de nada tratar de esconderse o de escapar de los malos recuerdos —sentenció con rotundidad, devolviendo la mirada a las lenguas de fuego danzarinas— porque de ese modo lo único que se consigue es que te acompañen adondequiera que vayas, dentro de tu cabeza y en las profundidades de tu alma.

Margaret evocó la imagen de Julian a la sombra de aquella sentencia y no pudo evitar sentir un ligero contrapeso sobre su corazón.

—Por supuesto, él no pudo hacer otra cosa —continuó divagando en voz alta la anciana—, era un niño cuando su padre se lo llevó a Londres, pero estoy segura de que la señora Northwood, con todo cuanto amaba a este lugar, y en especial a su querido jardín, se hubiera sentido terriblemente triste con la partida de su familia —debió de comprender la inflexión nostálgica aplicada a sus palabras, pues acto seguido se enmendó elevando el tono con una sonrisa—, estoy segura de que el joven Northwood sabrá devolver a Garden Hill la gloria de antaño. Volverá a llenarse todo de luz, color y alegría —miró a Margaret un instante—, y brotes nuevos.

***

Durante la eternidad que encierra un segundo, Margaret prendió la mirada en el vaivén de los bucles castaños que descendían sobre la frente de Julian mientras este se inclinaba hacia un enorme arbusto de espliego y sostenía sus espigas entre los dedos con la delicadeza de quien sostiene un auténtico tesoro.

Margaret lo observaba fascinada, y no imperaba en su gesto una inclinación que poco o nada tenía que ver con un romanticismo vacuo, sino en realidad con la sincera admiración que cualquier mente razonable le dedicaría a un intelecto notable.

Julian Northwood, en efecto, había demostrado, con el correr de los días, disponer de una gran cultura, amén de un carácter tranquilo y juicioso, pues, si bien era un caballero serio y formal, no ofrecía en modo alguno la imagen de severidad y arrogancia que suele atribuírsele a estos grandes personajes. Y de la que ellos, por

supuesto, se muestran encantados de hacer gala y ornato.

Julian conocía mucho de todo aquello que precisamente más fascinaba a Margaret: la naturaleza y la literatura, y no por ello asumía un rol de vanidad o altivez, sino que se mostraba encantado de compartir sus conocimientos con ella.

De hecho esa misma tarde, cuando ambos se encontraron una vez más en el jardín, Julian se dedicó a enseñar a su encantada acompañante los nombres científicos de las plantas principales que adornaban aquel lugar.

Margaret prestaba una atención imperturbable, no solo por tratarse de información que le interesaba de verdad, sino porque ningún otro profesor hubiera podido mantener su concentración tan intacta como podía hacerlo Julian Northwood.

—Y he aquí, señorita Ashford —dijo el joven, dedicando a su acompañante una mirada dulce y una sonrisa encantadora—, el espliego, *Lavandula latifolia*, un pariente cercano de nuestra querida lavanda común.

Margaret, ruborizada de pronto al ser sorprendida por el propio Julian mientras lo observaba en plena fascinación en lugar de prestar atención a sus enseñanzas, se apresuró a deslizar la mirada hacia las espigas violáceas. Julian se percató del gesto, imposible no hacerlo cuando la urgencia era tan notable y los rubores tan vivos, y lo asumió con una sonrisa amable.

—No debemos confundir ambas especies, aunque sean parientes —continuó, tratando de restarle importancia al atropello de su compañera—, pues si uno se fija tan solo un ápice descubrirá grandes diferencias entre ellas.

Margaret se humedeció los labios para tratar de involucrarse en la conversación.

—Es cierto —comentó, todavía con voz débil y ligeramente

nerviosa—, el espliego tiene las hojas más anchas, y sus espigas, también más frondosas, cuentan con un aroma más intenso.

—Así es —concedió Julian, perpetuando su sonrisa—, el aroma de la lavanda es mucho más fino y floral.

Aún agitada, Margaret volvió la mirada hacia su costado para detenerla en la frondosa mata de largas espigas de flores verticales que estallaban en un vivo tono azulado.

—¿Cómo se llama en los libros la espuela de caballero? —preguntó, inclinándose sobre una de las espigas de la citada flor para aspirar su fragancia sutil.

—*Delphinium elatum* —respondió Julian enseguida.

Margaret se enderezó para dedicarle una nueva y larga mirada fascinada.

—¿Cómo puede recordar tantos nombres... y todos ellos tan complicados?

Julian sonrió en amplitud y aquel gesto hizo cascabelear el joven corazoncito de Margaret.

—Resulta sencillo recordar aquello que nos gusta. —La mirada de él, de pronto, se tornó más profunda y penetrante de lo esperado, provocando en Margaret que, al sentirla sobre su persona, todo su cuerpo se vistiera de piel de gallina.

—Es usted como un libro abierto— murmuró con cierto sofoco.

—¡Qué suerte entonces que mi interlocutora habitual sea una gran amante de los libros!

Margaret exhaló un jadeo e inclinó la mirada para abandonarla en la puntera de sus botinas, reunidas en punta y asomando bajo el ruedo de su falda.

Consciente de la tribulación que sus palabras habían causado en la joven, Julian trató de enmendarse en el acto.

—Por cierto, ¿ha empezado ya el libro?

Margaret balbuceó, pero no consiguió formular ninguna palabra.

Elevó la mirada y la detuvo sobre aquellas pupilas calmosas que, de algún modo, consiguieron templarla. También ayudó la amable y dulce sonrisa de Julian, siempre dispuesta en sus labios.

—Sí —dijo al fin— agradezco mucho el detalle que ha tenido conmigo, pues tenía muchas ganas de leer *Camilla,* señor Northwood.

Julian sostuvo aquella mirada fresca y vibrante, siempre despierta y preñada de entusiasmo. Los ojos descendieron involuntariamente hasta sus labios, ligeramente entreabiertos para dar paso a una respiración agitada, pero se obligó a elevarlos enseguida para reencontrarse con la mirada de Margaret.

—Es lo menos que podía hacer por usted después de lo que ha hecho por este jardín. —Ladeó ligeramente la cabeza en un gesto que pretendía resultar informal y cercano—. Aunque, a riesgo de parecer un tanto exigente, me gustaría hacerle una nueva petición, señorita.

Margaret lo miró esta vez con ceño. Un ceño gracioso que enterneció a Julian, pues manifestaba la notable ingenuidad e inocencia de su propietaria.

—¿A mí? ¿Qué podría hacer yo por usted, señor Northwood?

Julian afianzó su sonrisa e intensificó su mirada.

—En primer lugar, olvidarse de formalismos —apuntó. Margaret parpadeó sorprendida—, creo que a estas alturas podría dejar a un lado el *señor Northwood* y llamarme Julian, ¿no le parece?

Ella balbuceó de nuevo como pez arrojado fuera del agua, pero no fue capaz de decir nada. Comprendió Julian, otra vez, que debía haberla turbado, por lo que se apresuró a buscar una alternativa a su sugerencia. Una idea acudió de inmediato a su mente, y la comprensión de dicha idea lo obligó a ampliar su sonrisa hasta

orillarla al borde de la carcajada.

—Digamos que *señor Northwood* es mi nombre científico —apuntó con gracia—, del mismo modo que *Lavandula latifolia* es el del espliego. —Frunció el ceño, achicó los ojos y ahuecó los labios para componer una expresión cómica—. Pero le aseguro que al espliego, entre sus amigos florales, no le gusta nada que lo llamen por su designación universal en latín. Puedo garantizarle, como su botánico de confianza, que prefiere cien mil veces que lo llamen espliego, a secas.

No pudo evitar Margaret esbozar una sonrisa generosa, que procuró al principio reprender replegando los labios..., pero el gesto de Julian resultaba tan teatral, y su idea tan graciosa, que no pudo reprimirla por mucho tiempo. Acabó liberando entre los labios un cascabeleo natural que, a oídos de su interlocutor, sonó como la corriente fresca de un arroyo en primavera.

—¿Le parece bien?

Margaret cabeceó con rapidez, todavía sonriendo.

—Pues a partir de ahora seré Julian para usted, mi buena amiga floral. —Y terminó la chanza con una inclinación de cabeza a modo de salutación formal.

Todavía demoró Margaret unos segundos en reaccionar al gesto, pero cuando fue capaz de recomponerse, le ofreció al caballero la debida reverencia de cortesía.

—Solo si usted me llama Margaret —añadió ella—; si no recuerdo mal su enseñanza de hoy, *Bellis perennis*, o señorita Ashford, también resulta demasiado sobrio entre amigos de las flores.

Julian se sorprendió de la pronta respuesta de ella, señal de una agudeza mental de la que no había dudado en absoluto, y contestó repitiendo el cabeceo y ampliando su sonrisa.

—Por supuesto, Margaret.

Capítulo 7

A lo largo de la noche había llovido con una insistencia pertinaz.

La tormenta golpeaba los cristales con el mismo empecinamiento que mostraría un gato confinado en el exterior y deseoso de entrar bajo resguardo. De vez en cuando un relámpago arañaba la oscura bóveda, imitando, en efecto, el zarpazo de dicho felino encorajinado para, acto seguido, hacer sonar su rugido feroz en la atmósfera, quebrando así de forma rotunda la monótona cadencia de la inclemencia intermitente.

Fue tan solo una vez rebasado el meridiano del día que hubo de escampar; el cielo se abrió ligeramente para dejar pasar por entre sus densas nubes quebradas algún ligero haz de luz y conceder de ese modo una breve tregua —porque prometía serlo— a los moradores de aquellas latitudes, tan acostumbrados al clima húmedo y cambiante que habían aprendido a sobrellevarlo con templanza.

Fue durante ese intervalo de concesión climática que Julian sopesó si acudir o no al jardín, a la que durante las últimas semanas se había convertido, sin pretenderlo, en una cita ineludible.

Todo permanecía mojado; el paisaje se pincelaba con un brillo y una humedad permanente, una ligera bruma etérea reptaba por la

atmósfera y se enredaba en la vegetación; las hojas de los arbustos y las ramas de los árboles se doblegaban bajo el peso de las gotas que aún colgaban de ellos, como las perlas cuelgan con notoriedad de los lóbulos de las damas.

Cruzar el campo y adentrarse en la fronda de aquel edén privado implicaría embarrar las botas y, tal vez, arriesgarse a acabar empapado si, tal como amenazaba el cielo y las gruesas nubes que lo abultaban, decidiera derramar su húmedo contenido antes de que terminara la tarde.

No obstante...

No obstante, recordó que la última vez que había llovido de un modo similar, al acudir al jardín al día siguiente, y a pesar de no haber albergado demasiadas esperanzas al respecto, le agradó descubrir a Margaret, tan constante como siempre, arrodillada sobre el campo humedecido para trasplantar sin falta unos bulbos.

Y recordó lo satisfactorio y familiar que resultó para él encontrarla allí entonces.

A esas alturas, visitar el jardín ya no solo le hacía sentirse bien consigo mismo, a modo de privada reconciliación con un pasado arrebatado que durante demasiados años le había supuesto una negra sombra a su alma, sino que debía admitir que el simple hecho de llegar allí y encontrarse con Margaret Ashford, de observarla moverse entre las flores, de compartir el mismo espacio y conversar con ella acerca de todo y de nada a la vez conformaba para él una de las mejores partes del día.

Por eso, y tras calzarse sus Hessian y ataviarse con un frac verde oliva de entretiempo con solapas de terciopelo y coronar la testa con un sombrero cilíndrico, solo por si los hados daban en la flor de enviar lluvia nuevamente, decidió acudir al jardín a la misma hora de costumbre.

Cuando traspasó la cancilla de forja lo primero que hizo, aún de forma inconsciente, fue buscar a Margaret con la mirada, tan habituado como estaba a verla moverse libremente por el jardín, con la soltura de un hada moviéndose por su paraíso privado.

Al no descubrirla por ninguna parte sintió en el pecho un aguijonazo de decepción que lo sorprendió, por inesperado.

Caminó despacio por el lugar, recorriendo el sendero de baldosas que tantas veces habían recorrido juntos y observando con extraña melancolía cada rincón verde. No había rastro de Margaret.

Tal vez, después de todo, no había querido arriesgarse a salir exponiéndose a acabar calada hasta los huesos. Tal vez ella mostraba una sensatez, a pesar de sus pocos años, de la que él carecía.

Después de lo que le semejó una eternidad caminando por el jardín como un alma en pena, se fijó en el invernáculo que se erguía al fondo del recinto.

Se trataba de una pequeña edificación de ladrillo rojo, de más altura que espaciosidad, tejadillo a dos aguas y paredes rematadas con amplios paneles de vidrio y barrotillos divisorios de hierro negro.

La fachada se componía de un arco de ladrillo que enmarcaba la entrada acristalada. En la parte de atrás, y sobre el tejado, sobresalía una pequeña chimenea que su madre usaba para el sistema de calefacción en las plantas exóticas.

Una extraña intuición lo llevó hasta allí, avivando sus pasos con la inercia de la certeza.

En efecto, aún sin traspasar la puerta acristalada, descubrió a Margaret sentada en un rincón, sobre viejos cajones de madera, leyendo absorta, ajena por completo a su presencia, y al resto del mundo, en realidad.

Se permitió, como solía hacer en todos los momentos propicios

para ello, observarla un largo instante sin ser visto, y en ese minuto de dedicado estudio visual le agradó reconocer el libro que él le había regalado días atrás, sostenido entre las pequeñas manos de nieve.

Se encontró de pronto, sonrisa boba en los labios, apreciando el bonito y sereno perfil de la joven mientras permanecía entregada a la lectura, y de ese modo adoró la imagen que proyectaba con su ofrenda entre las manos: el vivo reflejo de la ingenuidad e inocencia de un alma pura.

Algún sonido debió de emitir a pesar de su observación forzadamente estática, pues al cabo de un momento ella elevó el rostro y lo vio.

Las habituales rosas escarlata escarcharon las mejillas de la joven y una dulce sonrisa de reconocimiento curvó sus labios hacia arriba.

Como descubrió Julian en ella una clara intención de pausar la lectura y levantarse de su improvisado asiento, se apresuró a dar un paso al frente y adentrarse también en el invernáculo.

—¡Oh, no deje de leer, por favor! ¡Y no se levante, se lo ruego! —exclamó. Margaret se obligó a permanecer sentada, aunque por la insistencia con la que trató de alisar ficticios pliegues en su falda, quedaba manifiesto su nerviosismo—. No deseo interrumpir su lectura en modo alguno. —Ella separó los labios con intención de decir algo, pero Julian continuó con su explicación—. No sabía si la encontraría hoy aquí, en realidad con este tiempo tan incómodo... —meneó la cabeza para enfatizar su apunte—, pero igualmente no pude resistirme a acudir al jardín en procura de su habitual quietud para leer también un rato. —Adelantó un brazo para mostrar el ejemplar que portaba en la diestra—. Como ve, he traído mi propia lectura.

Los ojos de Margaret volaron raudos al libro que Julian sostenía. Una chispa de emoción, mezclada con curiosidad, centelleó en sus pupilas.

—¿Qué va a leer?

Él sonrió, feliz de reencontrarse con ella, una vez más, en una materia común.

—Robert Burns —explicó—, en una primera edición de sus *Poemas*.

Margaret jadeó, asombrada.

—Le gusta la poesía... —No era una pregunta.

—En realidad leo todos los géneros —admitió él con humildad—, pero sí, disfruto con la poesía cuando no resulta demasiado forzada o afectada.

Ella cabeceó con rapidez, concordando.

—Cuando no usa un lenguaje artificioso...

Julian esbozó una sonrisa tan amplia como complacida.

—En este poemario —explicó, contento de contar con una contertulia sinceramente entusiasta—, el señor Burns ensalza las labores cotidianas de los campesinos escoceses, alaba la naturaleza y los seres pequeños que habitan en ella, de hecho hay inclusive un poema dedicado a...

—¡Un ratón! —completó Margaret.

Y ambos rieron e inclinaron la mirada al tiempo, cohibidos, al darse cuenta, una vez más, de su profunda conexión emocional.

—Veo que conoce la obra del señor Burns...

Encarnada y agitada, Margaret sonrió con timidez.

—He leído algunos de sus poemas, aunque no todos ellos —admitió.

—Cuando termine su lectura actual, puedo prestárselo —dijo Julian, elevando el libro en su mano—. Por cierto, ¿está disfrutando

de *Camilla*?

Margaret regresó la mirada a Julian y cabeceó en asentimiento.

—Así es —afirmó—, resultan muy entretenidas las tribulaciones matrimoniales que asume la protagonista, aunque me temo que comete continuos errores que no hacen más que alejarla de aquel a quien admira... —Y de nuevo descendió la mirada, replegando con rapidez los labios al interior de la boca al darse cuenta de la magnitud real de cuanto acababa de decir.

Hablar de matrimonio, siendo ella una jovencita en edad de desposar —en realidad con los mismos años que la propia Camilla— y Julian un caballero soltero, de buena familia y con un carácter muy similar al de Edgar, el pretendiente de Camilla, no podía ser prudente o sensato en modo alguno.

Y desde luego resultaba un poco demasiado comprometedor.

—Suceden muchas cosas en torno a la trama principal, me temo... —añadió Margaret, apurada y azorada, tratando de restar importancia a lo anteriormente dicho.

—Bueno, si no recuerdo mal —añadió Julian, eternamente diplomático y armonizador—, Camilla era una muchacha joven e inexperta que tan solo debía madurar para encontrar la estabilidad sentimental, nadie debería juzgarla o censurarla por el tiempo requerido en su aprendizaje a la hora de alcanzar la madurez de mente. Es normal que se equivoque o que actúe de forma irreflexiva —exhaló a profundidad, tranquilo, no obstante—. Las personas, me temo, al igual que las plantas, necesitan su tiempo, algunas demoran más que otras —Margaret elevó despacio la mirada ante semejante comparación—, ninguna rosa florece el mismo día en que se despereza de su yema. Las personas tampoco deberían verse obligadas a hacerlo.

Margaret suspiró bajito.

Admiraba la inteligencia de Julian y su facilidad para hacer que todo resultara tan sencillo, tan cómodo y tan fácil de entender.

Cada vez que ella se ponía nerviosa, cada vez que temía haber hecho algo mal o haberse comportado con negligencia, ahí estaba Julian quitando importancia al asunto, asomando su sonrisa tranquilizadora y deslizando la atención hacia una orilla diferente.

Y, por supuesto, eso fue lo que hizo a continuación.

—¿Le parece que me siente cerca de usted y continuemos ambos leyendo en armoniosa compañía?

Margaret boqueó, pero demoró todavía un rato en contar con la presencia de carácter necesaria para poder articular palabra. Se limitó, pues, a asentir con un cabeceo.

Y así, de ese modo, Julian tomó asiento sobre un pequeño cajón a los pies de Margaret y se dispuso a leer.

En apariencia, tardó apenas unos minutos en sumergirse completamente en los versos del señor Burns.

Margaret necesitó disponer de un poco más de tiempo para regresar su atención completa a *Camilla*, pues las circunstancias presentes y toda la información recién obtenida la habían turbado lo suficiente como para permitirle una evasión literaria satisfactoria.

Capítulo 8

Aquella tarde y por vez primera, Julian se despojó de su elegante chaqueta color índigo para permanecer en mangas de camisa.

Ofrecía una imagen sin duda informal y cómoda, pero a la vez curiosa, por novedosa, pues no dejaba de resultar llamativo que un caballero de su condición, siempre bien vestido e impecable en su empaque, se enrollara las mangas de cualquier modo a la altura del codo en un claro tono de cotidianeidad, pero a la vez mantuviera la debida pose rígida y correcta, apreciable a través del chaleco pulcramente abotonado y del impoluto nudo de *cravat*, siempre perfecto sobre el cuello.

Sin embargo, desde que traspasara la cancilla que daba la bienvenida al jardín, se dio cuenta —no sin agrado— de que aquella jornada iba a resultar muy diferente de las demás y que, al menos durante esa tarde, debía dejar a un lado cualquier vislumbre de formalismo y permanecer bajo las *estrictas órdenes* de Margaret.

Lo cual, de forma privada, resultaba para él un auténtico placer.

La joven, dando muestras de una divertida resolución, lo había recibido con las manos en las caderas y la naricilla apuntando alto, y con semejante presencia le había dicho —y no le faltaba razón, a pesar de la hilaridad que encerraba su pose— que un buen botánico

no debería limitar su saber a los libros ni pertrecharse eternamente detrás de nombres científicos por completo rimbombantes e incomprensibles para la mayoría.

Existía un cierto tono de regañina en su discurso, y a la vez su expresión parecía disculparse tras cada palabra, ofreciendo semejante mezcla una imagen de la joven que sin duda enterneció a Julian y lo obligó a disimular la sonrisa.

—Un buen botánico —insistió Margaret, pretendiendo en todo momento aparentar liderazgo y vehemencia, a pesar de adornarse de rubores, pupilas vibrantes y sonrisas trémulas que dejaban entrever la verdadera docilidad de su carácter—, un buen botánico debía implicarse del todo con la naturaleza que tanto amaba, debía sentirla muy de cerca, introducir las manos desnudas en la tierra y notar su flujo vibrante filtrándose al interior del cuerpo y siguiendo recorrido, conjuntamente a la propia sangre que lo alimentaba, hasta alcanzar el corazón y las entrañas.

Y como él mismo se consideraba, ¿quién sabe si un buen botánico?, pero al menos sí uno perfectamente entregado a su pasión, en efecto así se encontraba entonces: arrodillado al lado de Margaret, los dos al pie de un enorme rosal silvestre que trepaba voraz por el murado sur, él despejando con las manos las malas hierbas en un amplio círculo alrededor mientras que Margaret, tijera de podar en mano, cortaba las ramitas secas de la rosaleda para permitirle respirar y desperezarse.

Y resultaba maravilloso sentir la tierra fresca deslizándose entre los dedos, y percibir el aroma de la hierba y de las distintas flores que la tapizaban, mezclándose en feliz popurrí para traspasar con deleite sus fosas nasales.

Resultaba maravilloso tocar las hojas, apreciar su textura, su densidad... e incluso pincharse de vez en cuando con las espinas o

con algún tallo rugoso.

Esa era la verdadera esencia de un jardín. Eso era lo que había visto desde niño y lo que había concedido aliento a su ser a lo largo de los años.

Observó de forma oblicua a Margaret, procurando no hacer notar su observación.

Ambos trabajaban en silencio, aunque Julian percibía musicalidad en cada uno de los gestos de la joven, quizá y especialmente hasta en la forma pueril en la que la puntita rosada de la lengua asomaba entre los labios en un gesto de concentración y empeño.

Sonrió para sí mismo, contento de encontrarse formando parte, una vez más, de tan deliciosa y apacible acuarela.

Alrededor todo permanecía tranquilo, como tranquilas se encontraban aquellas dos almas en mutua compañía.

Tan solo el alegre cántico de los gorriones o el chillido escandaloso que de vez en cuando lanzaba algún mirlo al cruzar ante ellos en indignado vuelo rasante rasgaba hermosamente el silencio del atardecer.

Julian continuó mirándola de forma furtiva mientras ambos trabajaban.

No era necesario hablar de nada.

Los dos lo entendieron así.

Bastaba con permanecer, con entenderse a través de la quietud y de los silencios, encontrando cómodo lo que para otros seguramente implicaría molestia o nerviosismo.

Y disfrutar de todo ello.

Pero en un momento dado, cuando Julian regresó completamente la mirada y su atención a la tarea de arrancar dientes de león y correhuelas, descubrió tras la cepa del rosal, hasta el momento oculta entre las malas hierbas que él se afanaba en

despejar, una pequeña planta de peonía que parecía pretender saludarlo con una hermosa flor fucsia surgida en medio de todas sus hojas.

Julian quedó completamente paralizado.

La boca se le secó en el acto y el corazón comenzó a bombear con una agitación más convulsa de lo habitual.

Continuó en su posición arrodillada, por supuesto, pero sus manos habían dejado de obedecer y su mirada permanecía inmóvil sobre aquella planta cuyo tallo leñoso hablaba de antigüedad y cuya presencia en medio de la maleza revelaba supervivencia.

La recordó.

Así, de repente y nada más verla.

Y rememoró el momento exacto en el que fue plantada.

Una lágrima solitaria, osada, bailó en el arco que la acunaba.

Recordó por quién.

Tragó seco, pero el nudo en su garganta no se deslizaba.

Margaret apreció la repentina inmovilidad de su compañero y, tratando de comprender a qué obedecía esta, imitó de inmediato la dirección que habían tomado sus ojos.

No hizo falta mucho discernimiento ni una ingente disposición de lucidez mental para entender el significado real que el descubrimiento de aquella planta debía de haber supuesto para él.

Si bien era obvio que casi todas las especies en aquel jardín habían sido plantadas por la señora Northwood —otras las había llevado la propia Margaret desde Lavender Fields— muy pocas habían podido salvarse en el proceso de adecentamiento del lugar, pues la mayoría, en un intento de sanearlas, habían sufrido una poda fulminante o permanecían a la espera de rebrote. La esperanza de resurgimiento se encontraba presente, pero todavía faltaba un pequeño trecho para llegar a ella.

Sin embargo, aquella peonía, por su tamaño reducido, casi enano, y precisamente a la vista del grosor de su tallo, revelaba que no era una planta joven y que, no obstante y a diferencia de las otras especies, había mostrado una resiliencia asombrosa al mantenerse viva en medio del abandono.

La había plantado la señora Northwood, seguramente con Julian a su lado, y aquella bendita planta había soportado el paso y el peso de décadas... y había resistido.

—¡Oh, qué hermosa peonía! —Las palabras brotaron solas de entre los labios femeninos.

Por el rabillo del ojo observó la reacción de Julian a su apreciación, pero este permanecía imbuido en sus pensamientos, con la mirada fija en la planta; y la mente, a buen seguro, suspendida en sus recuerdos.

Y posiblemente no fueran recuerdos amables para él.

La propia Margaret notó la punzada en su corazón, y en efecto dolía.

Y si le dolía a ella, que nada sabía ni conocía de la magia real de aquel jardín, no podía imaginar cuánto debía atormentar a Julian el peso de los recuerdos.

Mirándolo, comprendió que por una vez debía ser el tablón que rescata, y no el náufrago que se ahoga.

Inhaló profundo por la nariz y trató de transmitir serenidad a través de sus palabras:

—¿Sabe? Me parece fascinante cómo algunas plantas pueden abrirse camino entre la desolación que las rodea, o a pesar de ella. —Observó la reacción de Julian y, al no hallar nada en su semblante impertérrito, se humedeció los labios para proseguir—: Pueden parecer tremendamente frágiles y desvalidas en medio de la inmensidad de la naturaleza, seguramente muy pocos apostarían por

ellas si debieran hacerlo; al fin y al cabo... ¿a quién le importa una simple planta existiendo los robustos robles?

Julian parpadeó para devolverse a la realidad siguiendo la voz de Margaret. Por fin apartó la mirada de la bonita peonía para fijarla en aquella joven de cabello desordenado bajo el ala de su sombrero de paja, de ojos brillantes y pómulos manchados de tierra.

Satisfecha de haber apartado de él, al menos por el momento, las brumas que lo envolvían y amenazaban con cegarlo, continuó:

—Ha sobrevivido al paso del tiempo, a la soledad, al olvido... ¿y sabe por qué? Porque es más fuerte de lo que nadie cree y porque aquí —con un gesto de sus manos enguantadas abarcó el aire en torno a ellos—, entre estos vastos muros de piedra, se encuentra al fin y al cabo su hogar. Y lo sabe.

Julian la miró con largueza. Y su corazón golpeó con la misma vehemencia de minutos antes, solo que en esa ocasión su bombeo feroz no acarreó dolor, sino una ternura infinita.

Porque se dio cuenta de que Margaret no hablaba ya tan solo de la peonía.

Hablaba de él.

Se obligó a esbozar una sonrisa para reflejar que todo estaba bien, que su alma se había serenado después de un breve paseo por el valle de sombras que suponía para él recordar ciertos momentos pasados, pero el brillo nostálgico en sus ojos, e incluso la levedad de su sonrisa, evidenciaron una gran emoción contenida.

Margaret replegó los labios al interior de la boca y forzó una sonrisa a su vez. La mirada brillosa también la delataba.

—Lo sabe —dijo Julian por fin—, efectivamente lo sabe. —Y tampoco él hablaba de la planta ya—. Este es su verdadero hogar, lo ha sido durante años —regresó la mirada a la peonía—, por eso se esforzaba en brotar cada primavera, aunque nadie estuviera aquí

para contemplar su progreso.

Margaret asintió.

—Y el año que viene, estoy segura, tendrá muchas más flores que regalar. Y esta vez, seguro que sí habrá testigos de su evolución.

Por respuesta, Julian le regaló una sonrisa, una absolutamente libre de apreturas dolorosas.

Despacio, dejándose envolver por el apacible silencio que todavía los abrazaba a ambos, devolvió la mirada a su antigua tarea para continuar apartando con delicadeza las últimas malas hierbas que rodeaban la peonía.

Margaret no dijo nada.

Se limitó a su vez a reanudar la poda del rosal, procurando que ninguna espina alcanzara los nuevos brotes y que las ramitas secas no arrebataran claridad a los retoños.

Sobre el jardín descendía ya la luz dorada del atardecer.

Un gorrión saltarín se posó un instante sobre el muro de piedra, observó a los dos jardineros arrodillados y, satisfecho quizá de hallar el viejo rincón nuevamente lleno de vida, emprendió el vuelo para perderse entre las ramas de los sauces.

Ninguno de los dos volvió a romper el silencio.

Capítulo 9

Margaret había aprendido a reconocer el sonido de los pasos de Julian sobre la grava, por eso, cuando aquella tarde escuchó el rumoroso eco a su espalda, los colores de la anticipación y el reconocimiento acudieron a incendiar de golpe sus mejillas.

No se trataba de algo inusual, desde luego, en presencia de Julian Northwood; era consciente de que en todo momento, a su lado, sus pómulos debían resplandecer como dos amapolas bajo el sol estival.

Por fortuna, él era demasiado caballeroso como para decir nada al respecto; y ella, tan incapaz de controlar el estallido de sus emociones, traducidas en delatadoras revelaciones corporales, que había tenido que aprender a resignarse.

Pero en aquella ocasión era diferente.

Una sonrisa traviesa estiró sus labios mientras la mirada volaba rauda y disimulada hasta la maceta de terracota que permanecía justo a su lado, pero medio oculta a la sombra de la pérgola, debajo de las grandes hojas de las alocasias.

Bajo el atisbo de esa sonrisa, que trató de disfrazar replegando con ahínco los labios al interior de la boca, las pupilas centellearon con ese brillo que tan solo el conocimiento de una travesura es

capaz de revelar.

No obstante, se obligó a recomponerse con presteza: alisó de forma metódica los pliegues de su vestido, reunió las manos frente al talle y se cuadró con toda la fingida presencia que fue capaz de reunir; debía tratar de mantenerse firme en su determinación y resistir la tentación de revelar sus propósitos antes de tiempo, aunque por dentro la carcomiera la ansiedad.

Julian distinguió a Margaret al pie de la vieja pérgola de madera, tan erguida en su pose, con las manos tan concienzudamente enlazadas frente a la cintura y con un gesto tan extraño en su rostro —¿estaba conteniendo la risa?— que, en su fingida y pretendida indiferencia, parecía ocultar algún tipo de propósito que Julian no era capaz de determinar.

Parecía estar esperándolo y, aunque pensar algo así al fin y al cabo lo halagaba enormemente, hasta el momento y cada vez que había llegado al jardín había encontrado a Margaret tan perfectamente entretenida en sus tareas que, en aquel instante, verla erguida y a la espera resultaba... sospechoso.

—Margaret... —saludó con un cabeceo de cortesía, pero sin poder evitar mirarla con suspicacia.

Ella, tan joven, tan inocente y tan cristalina como las aguas espejadas de un lago al amanecer, de nuevo replegó con mayor vehemencia los labios al interior de la boca, demostrando con mayor viveza el esfuerzo que realizaba para contener la risa.

—Julian... —le devolvió el saludo con la consabida reverencia, realizada en esa ocasión con una urgencia inusual.

Él continuó observándola con recelo. ¿Qué sucedía? ¿Por qué su gesto era tan extraño? ¿Y por qué esa evidente necesidad de contener la risa? ¿Acaso él se había presentado con un manchón en la cara? ¿Llevaba el *cravat* mal anudado?

Empezó a sentirse un tanto inseguro, incluso en un momento dado se llevó la mano al cuello con disimulo para comprobar que la lazada del pañuelo se encontraba en su sitio y con la forma correcta. Todo parecía en orden, así que procuró disfrazar frente a ella la sensación de incertidumbre entreteniéndose en pasear la mirada por el lugar, una forma como otra cualquiera de insuflarse confianza.

Distinguió al lado de la joven una pequeña maceta de terracota cubierta con un trapo húmedo, pero semejante descubrimiento no le despertó un gran interés: Margaret solía esquejar de tanto en tanto y realizar trasplantes con los hijuelos que conseguía reunir de las plantas primigenias.

Observó también que había podado la enorme mata de lavanda cuyas espigas ya hacía días que se habían secado bajo el sol de julio.

—¡Ah, ha podado la lavanda! —apuntó, deseoso de iniciar conversación.

Margaret desvió un instante la mirada hacia la mata de dicha planta, perfectamente recortada, en realidad *perfectamente descabezada*, aunque tal vileza resultaba necesaria si se pretendía que rebrotara con fuerza sin volverse demasiado leñosa.

—Sí, lo hice antes de que llegara usted...

«Aparte de hacer también otras cosas que descubrirá a su debido tiempo», y este pensamiento la orilló de forma inevitable a una nueva sonrisa traviesa.

A Julian no le pasó por alto este nuevo gesto delator.

—Aprovecharé las espigas para hacer saquitos perfumados con ellas, si le parece bien —apuntó ella, entre risas.

—Claro —concedió él, incapaz de decir mucho más en base a su confusión.

—Creo que habrá suficientes para repartir entre Lavender Fields

y Garden Hill, si le parece bien... —insistió, nerviosa.

Julian arqueó una ceja.

—Me parece bien, Margaret, usted sabe que este jardín es tan suyo como mío, todas las decisiones que tome al respecto me resultarán siempre adecuadas.

Ella se permitió esta vez sonreír de forma abierta y sin disimulo.

—Se lo agradezco, Julian, es un auténtico placer cuidar y ver crecer este pequeño paraíso en la tierra —suspiró con largueza—. Y ahora que ha venido, ¿le importaría ayudarme a trasladar unas macetas? Yo sola no puedo.

Julian dirigió la mirada inmediatamente a la pequeña maceta cubierta a los pies de Margaret.

—¿A esa maceta, se refiere?

Margaret siguió la mirada de él e inmediatamente sintió que se ruborizaba más intensamente.

—¡Oh, no, esa no! Esa es pequeña, no pesa nada... —Y de nuevo sonrió con amplitud, como si su apunte se tratara de algo demasiado obvio como para que Julian lo pasara tan por alto—. Hay tres o cuatro tiestos grandes en el invernadero, con nuevos esquejes, que me gustaría sacar a la luz del sol.

Todavía imbuido en un mar de sospechas, Julian cabeceó en asentimiento.

—Claro, vamos a ver cuánto ha crecido hoy la familia vegetal.

Algo no le cuadraba en el comportamiento de Margaret.

Lo que fuera que parecía ocultar, en todo caso, no debía de ser demasiado malo, a juzgar por su expresión de perpetua travesura y por aquella sonrisa que se forzaba en esconder. Aparte de que, a esas alturas, creía poder asegurar que conocía bastante bien el carácter de Margaret Ashford, tanto que la mayor parte de las veces bastaba con una sola mirada para intuir lo que bullía dentro de

aquella cabecita soñadora y lo que albergaba aquel corazón sensible y noble.

Sin embargo, en aquella ocasión, el alma cristalina de Margaret parecía esconderse tras el brillo pícaro de su mirada y el rictus travieso de su sonrisa.

Durante un buen rato se ocuparon trasladando las mencionadas macetas desde el invernáculo hasta otra zona más luminosa del jardín.

Luego recorrieron el lugar en un relajado paseo, mientras Margaret lo ponía al tanto del estado actual de las plantas que habían sobrevivido a la limpieza.

Algunas ya habían asomado nuevos brotes, exultando vida; otras parecían tomarse su tiempo, pero enviaban señales esperanzadoras a través de sus hojas todavía vigorosas y sus tallos fuertes; y algunas pocas no habían sido capaces de sobrevivir a un descuido de décadas.

Cuando la tarde tocó a su fin y Julian señaló que debía regresar, pues existían ciertas obligaciones que lo reclamaban en Garden Hill, Margaret se detuvo a su lado, bajo la cancilla de entrada.

—¡Oh!... ¡Casi lo olvido! —exclamó, llevándose ambas manos a los labios.

Ante la atónita mirada de Julian salió corriendo hacia el interior del jardín.

La vista del joven se aferró a cada uno de sus pasos, de ese modo la vio detenerse bajo la pérgola de madera, inclinarse y coger algo del suelo con ambas manos. De nuevo regresó corriendo hacia él y Julian reconoció entonces la maceta que había visto a su llegada, cubierta con un trapo.

Solo que en esa ocasión permanecía destapada, revelando una pequeñita planta de hojas verdes.

Margaret se detuvo ante él, agitada y excitada a causa del ejercicio reciente.

—La peonía se encuentra fuerte —explicó risueña— y ha sido posible dividirla sin que sufra daño alguno —se encogió de hombros en un gesto pueril tan propio, de aquellos que, una vez más, enternecieron a Julian—, sería una pena desperdiciar un retoño, así que pensé que tal vez le gustaría llevárselo a Garden Hill. De ese modo... también florecerá allí para usted.

Julian no fue capaz de decir nada.

Alternaba como un bobo la mirada de la maceta que albergaba la nueva peonía a una emocionada Margaret, quien parecía estudiar su reacción con ojos brillantes, mejillas encarnadas, aliento escaso y sonrisa en los labios.

Semejaba una niña compartiendo con un amigo su mejor golosina.

Se obligó a tragar saliva para intentar deslizar el nudo que, de pronto, se había formado en su garganta.

Su mirada permanecía prendida en la diminuta y, en apariencia, frágil peonía, mientras las emociones confluían en su interior como fluyen las corrientes subterráneas de agua, de forma silenciosa pero profunda, esculpiendo a su paso un sensitivo paisaje en los márgenes de su alma.

Él era su amigo y aquella planta era la preciada golosina que aquella alma pura y sensible había decidido compartir amablemente con él.

Ajena a las tribulaciones internas de Julian, Margaret pateó el suelo con impaciencia, reflejando el ceño fruncido en un rictus ansioso, pero la sonrisa en los labios, lo que demostraba que su inquietud no obedecía a una señal real de alarma, sino a un gesto que revelaba cierta hilaridad.

—Julian Northwood —exclamó de pronto, y su reclamo lo devolvió de golpe a la realidad—, ¿quiere hacer el favor de sostener esta maceta de una vez o se va contentar con observarla de lejos para toda la eternidad?

Estas últimas palabras fueron sin duda las que le arrancaron la sonrisa definitiva.

Porque estas palabras eran muy similares a las que él mismo había empleado cuando ella parecía incapaz de reaccionar ante su regalo, en aquella ocasión en la que se presentó en el jardín con el libro de la señora Burney para ella.

Sus ojos se prendieron de forma inevitable en las anhelantes pupilas de Margaret.

Y su corazón dio un vuelco.

¿En verdad era consciente de lo que sucedía?

¡Margaret le estaba haciendo un regalo!

¡A él!

¿Cuándo había sido la última vez que alguien le había regalado algo?

Miró entonces la maceta, que Margaret sostenía como si se tratara del tesoro perdido de los Nibelungos.

Para ella era un auténtico tesoro, sin duda.

Julian recibió la maceta y la tomó en sus manos.

Miró la planta largamente, imbuido en sensaciones y sentimientos que iban más allá de la simple gratitud ante un obsequio.

Para él... también lo era.

Volvió la mirada hacia Margaret y, sosteniendo la sonrisa en los labios, habló despacio:

—La cuidaré.

Y acto seguido frunció con ligereza el ceño.

¿Hablaba solo de la peonía?

En realidad estaba convencido de que no, de que su afirmación abarcaba más.

Mucho más.

Abarcaba sus recuerdos.

Su necesaria reconciliación con ellos.

Y especialmente abarcaba aquel vínculo que parecía haber surgido de forma irremediable entre ellos.

Margaret sonrió.

—Sé que lo hará —dijo.

Por alguna razón, el camino de regreso a sus respectivos hogares fue ese atardecer más corto y emotivo que de costumbre.

***

La señora Hartfield, buena amiga de la tía Dorothy, se encontraba todavía en Lavender Fields cuando Margaret regresó del jardín al tiempo que empezaban a declinar las postreras luces del atardecer.

Lo supo antes incluso de cruzar el umbral de la sala de visitación, pues ya desde el corredor se escuchaban perfectamente el tintineo de la porcelana y los murmullos originarios de una conversación femenina.

Además, tío Arnold continuaba pertrechado en la biblioteca, costumbre muy sabia que siempre llevaba a cabo cuando su esposa recibía a su bulliciosa *troupe*.

Al parecer hacía ya un buen rato que las demás integrantes del grupo habitual de afectas de la tía se habían retirado, pero la señora Hartfield —y, ¿a qué negarlo?, también Dorothy— parecía muy dispuesta a prolongar la velada un poco más. Seguramente hubiera surgido alguna jugosa novedad de la que la tía deseaba enterarse

cuanto antes y de forma privada, necesidad esta que la señora Hartfield, la mejor distribuidora de murmuraciones que Margaret había conocido jamás, estaba más que dispuesta a satisfacer.

Tras saludarlas a ambas, a la señora Hartfield con una cortesía y a la querida tía con un beso en la frente y un abrazo, Margaret ocupó un asiento ubicado en un rincón discreto de la sala y de ese modo se dispuso a retomar la lectura del que, en los últimos tiempos, se había convertido en su libro favorito: *Camilla.*

No obstante, y a pesar de su reservada ubicación, apenas acariciada su figura por la luz suave de la palmatoria que iluminaba las páginas de su novela, no pudo Margaret evitar que hasta ella llegaran retazos de la conversación entre las dos mujeres, quienes en un momento dado debieron incluso olvidarse de la presencia de la joven.

—¡Oh, sí, tal y como te lo cuento, querida Dothy! —apuntaba la señora Hartfield—. Nuestra reciente incorporación a la sociedad rural de Willowford se ha convertido en un incuestionable objeto de deseo, tanto entre el sexo bello como en el sector masculino. —Se escuchó un suspiro teatral, por exceso de languidez, por parte de la señora en cuestión.

—He oído que más de una matrona le ha echado ya el ojo.

Margaret se esforzaba por mantener la atención firmemente anclada en su lectura, pero los inevitables ecos de aquella conversación llegaban hasta ella como la bandada de estorninos pintos que surca los cielos con gran estruendo y determinación, y de ese modo, mediante su vuelo imparable y su alboroto creciente, atravesaba la coraza de autoaislamiento que ella había procurado erigir en torno.

—¡Pero por supuesto! —Concedió la señora Hartfield—. Un caballero alto, apuesto, elegante y con buena fortuna resulta

siempre un bocado dulce, y muy a tener en cuenta, para cualquier madre que desee arreglar un buen matrimonio para alguna de sus hijas. —Una risita traviesa, que Margaret identificó como perteneciente a su tía, llegó con debilidad hasta ella—. ¡Este ingrato caballero nos ha mantenido tantos años privadas de su presencia que en estos momentos, cuando se presenta ante nosotros con la planta, cuando menos, de un auténtico héroe de novela romántica, debería asumir que todas y todos nos encontremos tan perfectamente fascinados!

Margaret parpadeó con escéptica urgencia. ¿La señora Hartfield leía novelas románticas? No lo habría imaginado jamás, pero a juzgar por la alternancia de suspiros y la emoción concedida a su discurso era obvio que no le resultaban del todo desconocidas.

Ignoraba de quién hablaban las dos amigas, pero estaba claro que el caballero al que se refirieran corría *serio peligro* de convertirse en la presa más codiciada a la que abatir en festejos, cenas y reuniones varias a lo largo del verano.

Ante la realidad que encerraban tales informes, no pudo impedir la aparición de la sonrisa torcida, e *in crescendo*, que curvó sus labios.

—Entiendo que la señora Jones sea una de las principales interesadas, habida cuenta de que tiene tres hijas en edad de desposar...

Margaret amplió la sonrisa con condescendencia ante el comentario de su tía.

—Así es —afirmó la señora Hartfield—, de hecho ella misma ha mencionado en alguno de sus corrillos más íntimos que espera firmemente ver a su hija mayor, Ophelia, comprometida con dicho caballero antes de que dé comienzo la caza del urogallo.[2]

Un jadeo escéptico cruzó la atmósfera aquietada de la sala.

—Lo tiene todo muy bien organizado, al parecer.

—Cualquiera en su lugar trataría de hacer lo mismo, querida Dothy —continuó la señora Hartfield—, porque mi Julia y mi Madeline se encuentran ya felizmente casadas, de lo contrario yo sería una de las primeras en procurar que alguna de ellas terminara convertida en la nueva señora de Garden Hill.

No pudo Margaret evitar levantar la cabeza de golpe ante la mención de dicha residencia familiar.

Un ceño fruncido a severidad acudió de inmediato a ensombrecer el tono avellana de su mirada, al tiempo que el corazón, en un acto por completo ajeno a la voluntad de su propietaria, principiaba a percutir con violencia, llevándola a experimentar una incomodidad difícil de explicar.

Cerró el libro al instante, sin ocuparse de dejar un marcador entre las hojas, y consintió que se deslizara de sus manos hasta el regazo, olvidado allí como la hoja que cae del árbol para permanecer solitaria en el suelo.

—Ahora que Julian Northwood ha regresado a Willowford con la clara intención de establecerse de forma definitiva —la señora Hartfield, desconocedora de las emociones que aquella conversación había desatado de golpe en su oyente involuntaria, continuó dando rienda suelta a su lengua afecta a murmuraciones—, teniendo en cuenta que se trata de un acomodado terrateniente y que Garden Hill es una de las mejores mansiones del condado —aquí se tomó la licencia de pausarse un segundo para inferir un tono de confidencia a sus siguientes palabras—, aunque después de tantos años cerrada seguro que necesita una buena reforma y sin duda ese toque con el que tan solo una mujer puede mejorar la decoración de una gran casa —carraspeó para continuar en un tono normal—, y considerando que el señor Northwood es un hombre altamente

apuesto, atractivo y elegante, dudo mucho que termine soltero la estación cálida.

Margaret se encontró mirando al frente, a algún invisible átomo flotante en realidad, puesto que nada veía más allá de las imágenes que aquellas palabras acercaban a su sesera.

Hasta el momento nunca había pensado en Julian en un aspecto netamente romántico, y mucho menos con la consideración que le atribuían tanto su tía como la señora Hartfield.

Para ella Julian era su amigo, su *socio* en el cuidado de un jardín que él, con mucha amabilidad, había accedido a compartir con ella a pesar de su *invasión* inicial.

Era tan solo Julian; un botánico erudito al que admiraba sin cuestión, un amante de las plantas, de la literatura y de la naturaleza en sí misma. Ese amigo que le había regalado un libro y que estaba dispuesto a prestarle más.

No era el señor Northwood, un terrateniente de fortuna y notable abolengo, y no era, ni nunca había sido, ese soltero en disposición —o necesidad— de buscar esposa que mencionaban las dos damas presentes. Al parecer, el mejor partido del condado y el objetivo de media comarca.

Parpadeó con inquietud, obligándose a creerse sus propios pensamientos, aunque todo lo que decían la señora Hartfield y tía Dorothy se alejaba muchísimo del tono inocente y despreocupado de estos.

—Te apuesto lo que quieras, querida Dothy, a que antes de que termine el año asistiremos a la celebración de un matrimonio tras los muros de Garden Hill —sentenció la señora Hartfiel.

Margaret tragó seco y no pudo evitar escuchar la respuesta de su tía adorada.

—No voy a apostar contra la evidencia, querida, puesto que

estoy convencida también de que, de alguna forma, así será.

Todavía ceñuda, confusa y contrariada, se obligó a parpadear para regresar a la realidad, a *su* realidad, y para ello trató de buscar refugio en un lugar seguro.

Recuperó el libro del regazo e intentó retomar la lectura, pero ya ni recordaba en qué página se había detenido.

Abrió por una cualquiera al azar...

... y se vio en la obligación de leer hasta tres veces la misma frase sin ser capaz de asegurar si ya había estado allí o era una escena totalmente nueva, pues los ecos de la reciente conversación de la que había sido testigo involuntaria seguían resonando de forma obstinada en su pensamiento.

Capítulo 10

Aquella tarde fue Julian quien esperó de pie frente a la vieja cancilla de forja del jardín, y no podía decirse precisamente que la paciencia fuese en esos momentos la cualidad predominante en su estado de ánimo.

Las tardes, y era esta una verdad ya por completo incuestionable, resultaban mucho más agradables cuando Margaret Ashford se encontraba presente.

De hecho, desde que se desperezaban las primeras luces del alba hasta que el sol se desangraba sobre la línea del horizonte, cada nuevo día parecía conducirlo, casi inevitablemente, hasta aquella hora en la que ambos se encontraban en el jardín, tanto para trabajar en silencioso acompañamiento como para conversar acerca de cualquier cosa, aunque nada más se tratara de banalidades —en realidad con Margaret jamás lo eran, puesto que a pesar de su juventud contaba con una sensibilidad y una agudeza de carácter que la convertían en una contertulia entretenida y muy capaz—.

Sin duda la sensibilidad y esa sed constante de conocimiento, amén del eterno viso de curiosidad que veía brillar en sus pupilas en todo momento, eran lo que más admiraba Julian de ella.

Y aquella tarde, comprobar que se retrasaba algunos minutos consiguió ponerlo nervioso. Prueba manifiesta de su inquietud fueron las constantes visitaciones a su reloj de bolsillo tan solo para comprobar, con inevitable cara de bobo, que únicamente habían transcurrido unos segundos desde la última consulta.

Tan solo una vez la vio aparecer campo a través —bonete de paja trenzada sobre la cabeza, lazada de raso enredada con ligereza y descendida sobre el cuello de cisne, sencillo vestido azulón modelando la delgada figura conforme se adaptaba a sus andares, paso ligero y alguna alegre cancioncilla en los labios— su corazón recuperó la vitalidad que el desasosiego había limitado minutos antes.

Cuando Margaret lo descubrió a la entrada del jardín, el ágil paso que había mantenido hasta el momento se demoró de forma notable. La cancioncilla murió en los labios femeninos. No obstante, su expresión curiosa, ingenua y propia de un alma joven continuó como eterna gala y ornato de su rostro.

—Julian... —susurró ella, sin poder disimular su sorpresa al encontrarlo allí, aparentemente esperándola.

Siempre era Margaret la primera en llegar, por lo que aquella novedad resultaba un tanto confusa.

—Margaret... —saludó él con corrección. Al apreciar el ceño en el gesto femenino, se apresuró a añadir—: Hoy me gustaría proponerle hacer algo diferente, si le parece bien.

Ella parpadeó de forma reiterativa, un visaje perfectamente válido para expresar de forma visible su desconcierto. Así lo manifestaron también sus siguientes palabras:

—Algo diferente... ¿fuera de nuestro jardín?

No pudo Julian definir con exactitud la sensación que experimentó al escuchar aquel *nuestro* en referencia al jardín. Fue

algo semejante a un peso aplastante en el pecho, algo similar a un cosquilleo en las entrañas... y a un regocijo en el alma.

—Me gustaría invitarla a acompañarme a dar un paseo por los alrededores de Garden Hill —explicó él—, sería para mí un honor mostrarle la propiedad.

De nuevo Margaret se obligó a parpadear, esta vez para tratar de asentarse en la realidad y no perderse en desvaríos propios de la confusión y la sorpresa.

—No se preocupe, tan solo recorreremos el exterior —añadió, consciente de que tal vez pasear a solas con él promoviera algún tipo de reparo en una muchacha tan joven. Él, por supuesto, jamás haría nada que pudiera perjudicarla. Mantendría como siempre la debida distancia social y en todo momento corrección y respeto hacia una muchacha que, en efecto, respetaba con todo su ser—, no creo que exista falta alguna en pasear por el parque de Garden Hill —y dijo todo esto con absoluta sinceridad—. Me gustaría de verdad mostrarle el estanque, las fuentes de piedra, las estatuas que adornan la propiedad y los arbustos de boj que el jardinero se encarga de podar concediéndoles formas de lo más estrambóticas. Además —esbozó una sonrisa dulce, tan propia de su carácter siempre amable—, aceptaré encantado sugerencias en cuanto al paisajismo del jardín principal.

En ese punto no pudo evitar Margaret jadear su hilaridad.

—¡Pero si es usted botánico, Julian! —exclamó risueña—. ¿Qué podría aportar yo a todo su amplio conocimiento en esta materia?

—Su sincero punto de vista, Margaret, y una sensibilidad que aprecio mucho. —La miró de forma intensa, sonrisa en los labios—. ¿Me acompaña, entonces?

Margaret tragó seco, paladeando todavía las últimas palabras de Julian.

Y acto seguido cabeceó en asentimiento.

—Será un placer —respondió.

La sonrisa acudió sola a los labios de Julian. A pesar de haber confiado en que aceptaría, descubrir que así era le produjo una satisfacción desproporcionada.

De ese modo, sonriendo con los labios y con el espíritu, adelantó el brazo para instarla a acompañarlo durante el paseo hasta Garden Hill.

***

La caminata por el parque de Garden Hill resultó una sucesión imparable de recuerdos para Julian, a juzgar por su expresión mezcla de ilusión y melancolía, y por aquellas sonrisas nostálgicas que esbozaba cada pocos pasos, entremezcladas con el brillo lánguido que traslucían sus pupilas.

Margaret lo observaba por el rabillo del ojo; otras veces, y sin poder contenerse, lo miraba de una forma más abierta, aprovechando aquellos instantes en los que el caballero parecía abstraerse con la contemplación de determinadas localizaciones.

Y aunque era el mismo Julian de siempre, a Margaret le parecía otra persona distinta. ¿O acaso eran sus ojos los que lo veían diferente?

Se pararon delante de un roble centenario ubicado a la entrada del parque.

En realidad fue Julian quien se detuvo frente al nudoso tronco, vestido parcialmente de hiedra, para elevar la mirada y perderla en la frondosidad verde que se desplegaba sobre sus cabezas ocupando un gran espacio. Margaret, al caminar a su lado, se detuvo a la par que lo hacía él.

—Este viejo roble me trae a la mente muchos recuerdos de mi niñez. Viejo amigo, centinela del paso del tiempo —explicó Julian mientras alargaba la mano para tocar, a modo de sutil caricia, el tronco arrugado pero todavía fornido—, solía subirme a una de sus ramas, a la que me permitieran mis piernas cortas y mi reducida estatura de entonces, para vigilar la llegada del carruaje de los mercachifles.

Margaret enarcó ambas cejas sintiéndose de verdad sorprendida de escuchar que Julian en algún momento de su vida hubiera podido tener las piernas cortas y estatura reducida, cuando en el presente era alto y fornido como un titán.

—Solían pasar por aquí cada quince o veinte días, aunque a mí el tiempo de espera solía hacérseme eterno. —Esbozó una sonrisa preñada de añoranza—. En mi cabeza parecía que vinieran una vez cada tres o cuatro meses.

Margaret sonrió con condescendencia.

No se reía de él, ¡ni mucho menos!, sino que sonreía al comprender la impaciencia de un niño pequeño en espera de algo que le hacía muchísima ilusión. Ella no había sido muy distinta de él e incluso a sus diecisiete años todavía se doblegaba de inquietud, ansia y nervios en determinadas ocasiones.

—Entonces este viejo roble ha sido testigo silencioso de muchas pequeñas decepciones —señaló ella, observando el ramaje infinito y su señorial frondosidad—, como cada vez que usted esperaba ahí encaramado y el carruaje no aparecía.

Julian cabeceó despacio.

—Pero también ha atestiguado muchas grandes alegrías —afirmó —, como cada vez que escuchaba el silbato del buhonero en la lejanía, mucho antes de vislumbrarse su coche.

Margaret amplió la sonrisa y le dedicó una mirada profunda,

consiguiendo entrever en aquel caballero regio al niño que antaño fue.

Continuaron caminando en silencio. Los pajarillos parecían muy dispuestos a acompañarlos durante todo el recorrido. También las fragancias de las madreselvas y el saúco que crecían por y desde todas partes.

—¿Ve esa banca de piedra? —Julian se detuvo para señalar en la distancia un banco que asomaba con dificultad entre dos orondos arbustos de boj. Toda su blanca superficie permanecía velada por una gruesa pátina de líquenes y musgo—. En ese banco estudiaba latín y griego cuando era pequeño. Detestaba permanecer encerrado en casa con la institutriz y solía escaparme para estudiar aquí fuera, en medio del campo.

Margaret regresó la mirada a él y sonrió, enternecida al saber de las travesuras de Julian. ¿Se escapaba de su institutriz? ¿Un hombre tan infinitamente correcto y cortés?

—¿Le gustaba estudiar las lenguas antiguas?

Julian sonrió.

—No puedo decir que me disgustara —afirmó—, los libros siempre han sido refugio para mí. Lo que me desagradaba era tener que permanecer dentro de casa estudiando mientras la vida parecía transcurrir con impetuosidad aquí afuera. Por fortuna mi madre empezó a llevarme con ella a su jardincito privado y allí pasaba horas y horas... de los que fueron los días más felices de mi vida.

Margaret se sintió conmovida. Desconocía Julian, por supuesto, que para ella las horas que transcurrían en aquel jardincito eran también las más felices y agradecidas de sus días.

Continuaron caminando y de nuevo, al cabo de menos de una veintena de pasos, se detuvieron otra vez, pero en esta ocasión delante de un vetusto castaño.

El tronco permanecía horadado en su parte frontal, mostrando lo que parecía ser una cicatriz antigua, oscurecida por el paso del tiempo.

—¿Qué le ha sucedido? —preguntó Margaret—. ¿Le ha caído un rayo?

Julian rompió a reír, y lo hizo con ganas y de verdad. A esas alturas Margaret ya había aprendido a distinguir cuando Julian reía con el alma y no por pura cortesía; y en aquel momento su alma cascabeleaba a través de los labios.

—Algo mucho peor, me temo —explicó entre risas.

Margaret volvió a enarcar ambas cejas, observando a Julian con curiosidad.

—¿Peor que un rayo?

Julian, todavía a medio ahogar por la risa, cabeceó en asentimiento.

—Este pequeño truhán que hoy tiene delante —dijo— consideró que sería capaz, a la experimentada edad de seis años, de construir su propio columpio sin ayuda de nadie más —exhaló a profundidad antes de continuar—. Tomé prestada el hacha del jardinero, que por cierto levantaba del suelo casi más que yo, me envalentoné..., y lo demás ya se lo imaginará usted viendo cómo quedó el pobre castaño.

Margaret se llevo una mano a los labios para encubrir la carcajada que le sobrevino. Con la otra mano acarició la vieja tajada rugosa, consecuencia de la insensatez infantil.

—¿Continuó dando castañas?

Julian suspiró con largueza, la sonrisa todavía bailaba con tibieza en sus labios.

—Lo hizo, sí, a pesar de todo. Mi padre aseguraba que terminaría por secarse.

Margaret lo miró y sonrió.

—Pero se equivocaba, pues al parecer sobrevivió.

La mirada que Julian le dedicó se volvió densa y profunda, como si pretendiera con ella atravesarle el alma.

—Los dos lo hicimos.

Ninguno dijo nada más, pues no hizo falta, porque existen silencios que sin duda consiguen llenar los recovecos del alma más intensamente de lo que pueden hacerlo las palabras.

Continuaron el paseo imbuidos en ese silencio que abraza y acompaña, sin pesar y sin ahogar, comprendiendo que en realidad aquel había dejado de ser un simple recorrido por Garden Hill para convertirse, desde hacía un buen rato, en un maravilloso recorrido por la infancia de Julian Northwood.

En efecto, Julian acababa de abrirle las puertas de su pasado para que pudiera asomarse; y, mientras caminaban entre aquellos árboles centenarios, entre bancas vestidas de musgo y fragancias penetrantes, Margaret creyó conocer por fin al niño que un día había habitado aquel lugar y que permanecía aún intacto bajo el exterior de un hombre impecable, culto y correcto.

Y Julian le concedió el privilegio de contemplar todo eso: esa preciosa parte de sí mismo y su ser más íntimo, a través del lienzo vivo que representaban sus recuerdos compartidos.

Capítulo 11

Julian permanecía a medio recostar, apoyada la espalda contra el tronco de un nogal que crecía arrinconado en el jardín, despojado de su chaqueta y ligero de *cravat*. Bajo la sombra que proporcionaban las ovaladas hojas encontró refugio y sosiego, por lo que, con los ojos cerrados y la respiración en calma, se permitió fundirse con el paisaje, dejando que la brisa de la tarde meciera sus pensamientos.

A su lado, también sentada sobre la hierba, pero apoyada la espalda contra un tocón de madera que sostenía una maceta rebosante de salvia, Margaret también disfrutaba de la quietud del atardecer y de la agradable compañía. El silencio entre ellos había pasado a convertirse en aliado, precisamente porque a ninguno de los dos parecía incomodar.

En aquel concreto ella procuraba mantenerse tan quieta como fuera posible, pues le parecía que Julian se había quedado dormido, a juzgar por su inmovilidad y por la liviandad de su respiración.

Sorprendiéndola, y para desbaratar tal suposición, él garabateó de pronto sus pensamientos sobre el lienzo silencioso de la tarde.

—¿Echa de menos su hogar?

Margaret lo miró de hito en hito, asombrada tanto por la pregunta como por el hecho de saberse confundida en cuanto al

aparente estado de somnolencia de Julian, pero al ver que él continuaba en su pose relajada, ojos cerrados y expresión en calma, se aquietó, concediéndose un instante antes de responder.

—Bueno —afirmó con una larga exhalación—, echo muchísimo de menos a mis padres y a mis hermanos pequeños —una expresión de añoranza estiró sus labios e hizo centellear su mirada—, estaba tan acostumbrada al alboroto constante, a las risas y al llanto continuos, a los berrinches y a la búsqueda de arrumacos a todas horas, que ahora, en medio de tanta paz y de tanto silencio, me siento un poco... —chasqueó la lengua— extraña.

Y sonrió con esa nobleza casi pueril que adorna de continuo las almas nobles.

—Es natural, ha sido un cambio abismal en su estilo de vida —continuó Julian, todavía en la misma pose—. Sus tíos son personas muy tranquilas, por lo que tengo entendido, yo apenas albergo un vago recuerdo de ellos. Era muy pequeño cuando abandoné Willowford.

Margaret asintió, aunque él no pudiera observar su respuesta puesto que permanecía con los párpados cerrados.

—Son personas maravillosas —dijo con absoluta sinceridad—, yo no podría ni sabría quererlos más. Tía Dorothy es una mujer muy dulce y cariñosa, y tío Arnold es un caballero muy culto. Le agradaría a usted... —acto seguido se le ocurrió algo que la hizo sentirse, de pronto, emocionada—, debería venir una tarde a tomar el té, tío Arnold agradecería compañía masculina. Creo que hace mucho que no puede hablar durante horas sobre botánica o historia sin que alguien termine cambiando de conversación para comentar el último compromiso matrimonial del condado.

Julian esbozó una sonrisa que, a pesar de su levedad, generó dos hoyuelos en sus mejillas.

—Será un auténtico placer.

Margaret, que sonreía también tras su comentario, se enserió lentamente en la contemplación de dichos hoyuelos. Acto seguido y de forma involuntaria, la mirada se deslizó hasta los labios masculinos, separados en la sutilidad de su sonrisa. Rauda como el viento, y encarnada como las amapolas bajo el sol de mediodía, desvió la mirada para depositarla, bajo ceño, en el suelo trebolado.

—Volviendo a mi pregunta... —intervino Julian quien, pese a continuar con los ojos cerrados, parecía haber presentido de algún modo la incomodidad de ella y deseaba, una vez más, aligerarla—. ¿Qué es lo que más echa de menos de su hogar?

En su fuero interno Margaret agradeció, como sucedía siempre, la acertada intervención de Julian, la cual la obligaba a pensar en otra cosa más allá de en esos hoyuelos y en esos labios.

—Aparte de añorar enormemente a mi familia sobre todas las demás cosas —se apresuró a formular—, es natural que eche de menos aquello que conozco, tratándose en este caso de *lo único* que conozco —suspiró a profundidad—. Nunca antes había salido de Berkshire, así que venir aquí, a Hampshire, supone toda una aventura para mí.

Por primera vez Julian abrió los ojos y ladeó el rostro para una mejor observación. De ese modo apreció el rubor en las mejillas de Margaret, amén de esa sempiterna expresión de inocencia en un rostro de luna llena que sin duda revelaba juventud y candor.

—¿Nunca antes había salido de su pueblo en Berkshire? —insistió con sincera sorpresa—. ¿Nunca?

Margaret replegó los labios al interior de la boca y exhaló por la nariz. Por supuesto no apreció burla en el tono de él, por lo que su asombro resultaba del todo genuino.

—Nunca —admitió—. ¡Y fíjese, ahora me encuentro incluso en

otro condado! ¡Qué afortunada viajera soy! —Acto seguido rompió a reír al principiar a pronunciar su explicación—. Me temo que soy como ese niño que esperaba a los buhoneros encaramado al roble; lo que a él le parecía una eternidad de tiempo de espera, en mi caso supone una distancia descomunal pese a, quizá, no serlo. —No pudo evitar Julian, ante un comentario tan íntimo y emotivo, observarla a profundidad, como si al hacerlo de un modo tan intenso pretendiera leer en su alma y mostrarle la suya a través de los espejos que la miraban—. Siempre consideré Hampshire tan lejano como la luna a pesar de tratarse, tal y como muestra el atlas de tío Arnold, de un condado vecino.

—No olvide que el tiempo de espera infinito existía tan solo en la mente impaciente de aquel niño. —Se movió para acomodarse sobre un codo y permanecer ladeado hacia ella—. En realidad todo era mucho más sencillo y cercano de lo que él pensaba. Asimismo, Margaret, las distancias no resultan tan insalvables cuando se asumen con tranquilidad y perseverancia.

Ella bajó la mirada y sonrió con humildad. Después de escuchar ese comentario, esperaba que Julian no la considerara adoleciente de una carencia manifiesta de tales cualidades.

No sabía por qué, pero desde hacía días empezaba a preocuparle mucho la imagen que pudiera ofrecer ante Julian.

Temía parecer demasiado joven, demasiado impulsiva, demasiado inexperta, o boba o necia tanto en sus pensamientos como en sus procederes... precisamente delante de la persona cuya opinión había comenzado, sin darse apenas cuenta, a importarle tanto.

***

Julian fue el primero en moverse de su posición recostada bajo el nogal, y aunque continuó asentado bajo su sombra, esta vez se limitó a sostener una postura sedente; todavía la espalda se apoyaba contra el plateado tronco, las piernas se doblaban a la altura de las rodillas hasta formar un montículo y los brazos permanecían, uno ejerciendo de pilar, perfectamente firme contra el suelo, el otro doblado con holgura sobre las rodillas.

Margaret, que se había mantenido en una posición más erguida durante todo ese tiempo, y a la vista de que desde su nueva disposición Julian contaba con una amplia percepción de su figura, se limitó a alisar los inexistentes pliegues de la falda y eliminar una a una las briznas de hierba que hubieran podido quedar enganchadas en la tela. Durante un rato estuvo absorta en esta tarea, para acto seguido dedicarse a contemplar la puntera de las botinas que asomaban bajo las enaguas.

Un mirlo se entretenía saltando a su alrededor y a cierta distancia, al parecer por completo indiferente a la presencia de ambos, y algunas mariposas amarillas agitaban sus alitas de talco al revolotear de flor en flor. El ambiente era por demás tan idílico como de costumbre en aquel pedacito de Edén sobre la tierra, máxime teniendo en cuenta la estimada compañía que ambos se regalaban el uno al otro y aquellos agradecidos minutos de silencio que, una vez más, descendían sobre ellos como suave y ligero velo; un silencio que jamás resultaba ahogante u opresor y que ambos entendían y aceptaban sin la nula necesidad de rellenarlo con palabras.

No obstante, y como la tarde y la reunión pronto tocarían a su fin, fue Julian quien decidió rasgar el amable velo de quietud para sustituirlo por las palabras adecuadas con tal de aligerar aquello que albergaba en su interior y lo mantenía en tensión desde hacía días.

—Dijo usted que lo que más añoraba de su hogar era su familia —formuló con gesto sobrio. Su expresión de pronto contrita amenazaba con delatar sus pensamientos privados. Margaret lo miró fijo—. No especialmente un espacio físico, una construcción o un paisaje...

Ella, mostrando un ligero ceño ante el desconcierto que le acercaban aquellas palabras, cabeceó muy despacio en asentimiento.

—Así es —manifestó, observando todavía suspicaz a su amigo.

Julian se concedió unos segundos para sopesar sus siguientes palabras. Cuando las exteriorizó, tras humedecerse un poco los labios, su mirada permanecía enlazada con firmeza en las genuinas pupilas femeninas.

—Entonces... si algún día las circunstancias de la vida la llevaran a otro lugar... ¿cree que conseguiría sentirse en casa?

El ceño femenino se acentuó. También lo hicieron el estado de confusión y el ejército de hormigas que, de pronto, empezó a corretear por el vientre de Margaret e incluso pareció precipitar el movimiento del corazón.

Tragó seco.

¿Albergaba algún doble sentido aquella pregunta?

Julian no era un caballero de dobles sentidos y mucho menos alguien que pretendiera confundirla con sus apuntes; jamás lo había sido porque, de hecho, ella no había conocido antes a un hombre tan noble, caballero y correcto como él, así que ¿por qué se sentía tan confundida después de escuchar aquellas palabras?

¿Podía ayudar a su confusión la mirada penetrante que parecía muy capaz de leer cada línea de su alma?

Exhaló a profundidad y trató de expresarse con toda la entereza de carácter que fue capaz de rescatar entre el maremágnum de sus

emociones.

—Bueno, estoy segura de que podría vivir en cualquier entorno donde la naturaleza se encontrara presente —y al hablar de algo tan verdadero no pudo evitar por un instante dejar a un lado la confusión que la ocupaba para expresarse con todo el ardor y la ilusión que tal certeza encerraba—, allí donde los campos se contemplaran infinitos, tal vez solo partidos por vallados de piedra o madera, allí donde los árboles formaran ejércitos libres y extensos, donde los sonidos de la naturaleza imperaran sobre el ruido que genera la humanidad...

Julian no pudo evitar contemplar fascinado la expresión de Margaret al exponer su realidad. Realidad que, por cierto, también era la suya.

Observarla con ese brillo en la mirada, con esa sonrisa apenas esbozada y esos ligeros rubores de emoción en sus mejillas llenas... consiguió enternecerle el alma y hacerla rebosar de sensaciones e impresiones a cada cual más fascinante, por desconocidas.

¡Qué hermosa acuarela representaba en sí misma!

Porque en Margaret no solo era admirable su belleza serena, fresca y libre de artificios. Hacía mucho tiempo que había comprendido que lo más admirable en ella eran su sensibilidad y su inocencia.

—Estoy segura también de que no resistiría vivir en una ciudad grande, llena de humo, carruajes, grandes edificaciones pegadas la una a la otra... —replegó los labios al interior de la boca y, así, jadeó una sonrisa—, nunca he visto nada de eso, claro, pero los libros retratan con similar fidelidad la campiña que las grandes urbes.

Julian le dedicó una sonrisa condescendiente. Quería saber más.

—Entonces, está segura de que podría sentirse plenamente feliz en cualquier otro lugar diferente de su Berkshire... —No era una

pregunta, aunque lo semejara.

Margaret ladeó la cabeza para observarlo con curiosidad, pero nada dijo. Una vez más, su silencio actuó a modo de respuesta.

—Willowford es un lugar hermoso —apuntó Julian de pronto—, sus campos se despliegan hasta más allá de donde alcanza la mirada humana, sus bosques de alisos y robles forman auténticas legiones, y aquí el murmullo del viento entre el follaje y los cantos de los pájaros componen la más auténtica de las sinfonías. Durante muchos años creí que ninguna parte volvería a parecerme un hogar. Últimamente empiezo a pensar que quizá me equivocaba, que este ha sido siempre el verdadero hogar.

Dicho esto se levantó del suelo con un único y brioso movimiento, se sacudió las posibles briznas de hierba de los pantalones y, acto seguido, tendió su mano a Margaret, quien había observado todo este proceso en silencio y con estudiada fascinación.

Ella permaneció inmóvil durante algunos segundos, incapaz de reaccionar y contemplando la mano que él le ofrecía.

Después, muy despacio, alzó la suya y consintió que sus dedos descansaran sobre la palma de Julian. Era la primera vez que existía ese tipo de contacto físico entre ellos, pero, de alguna forma, lo percibió como el gesto más natural y lógico del mundo, como si el universo entero pretendiera revelarle que estaba bien y que debía suceder así.

Julian cerró la mano con suavidad y firmeza y tiró de ella para levantarla con facilidad, como si Margaret fuese una pluma; y él, el vigoroso cierzo de la tarde.

Fue un contacto brevísimo, completamente inocente y respetuoso; sin embargo...

... sin embargo, Margaret sintió que aquella sencilla ayuda había alterado algo diminuto y silencioso en su interior.

Capítulo 12

Cuando días después Julian recibió una invitación para tomar el té firmada por los Percy-Barrow, no pudo evitar esbozar una gran sonrisa.

Margaret no se había olvidado.

Por supuesto, confirmó su asistencia de inmediato.

Aparte de que en verdad deseaba conocer a sus vecinos y actuales protectores de Margaret, en especial al señor Percy-Barrow, sería un completo necio si desperdiciaba la oportunidad de disfrutar de un tiempo en compañía de la joven, en un escenario diferente de su jardín y en circunstancias distintas.

¿A qué negarlo, a esas alturas?

Después de tantas tardes compartidas, de tantas flores, tantos libros, tantas conversaciones y tantos silencios cómplices... para él resultaba bastante desconcertante imaginar ya sus tardes sin la presencia de Margaret Ashford. Verla, pasar tiempo con ella, escucharla hablar... o tan solo mirarla mientras ella canturreaba al trabajar, perfectamente imbuida en su tarea y encantadora en su desconocimiento de estar siendo observada, eran actividades que habían adquirido para él una cotidianeidad que no podía ni quería pasar por alto.

Observarla en un entorno distinto al jardín que los reunió más de un mes y medio atrás resultaría por demás... interesante. Y deseable.

***

Al contrario de lo que había supuesto, los dos integrantes del matrimonio, acompañados por la propia Margaret, le dieron la bienvenida a Lavender Fields y se sentaron con él en el saloncito para disfrutar de lo que se antojaba una gratificante velada vespertina.

Tiempo después Margaret le informaría que su tía había cancelado su sesión de *bridge* diaria, enarbolando cualquier excusa aceptable, con el fin de poder también ella participar de aquella reunión.

Tal y como Margaret le había asegurado, los Percy-Barrow formaban una pareja maravillosa.

La señora Percy-Barrow, quien se empeñó en que la llamara Dorothy, era dulce y amable. La cofia que coronaba su cabeza le concedía un aspecto encantador, cercano y amigable, todo esto ayudado por los bucles blanquecinos que asomaban bajo los volantes y por aquella sonrisa perpetua que acentuaba de forma entrañable las arruguitas de sus ojos.

El señor Percy-Barrow, que también insistió en un trato más cercano al referirle su nombre de pila, era un hombre culto que gustaba de conversar acerca de historia, geografía y literatura, e incluso albergaba el hombre ligeros conocimientos de iniciación a la botánica. Encontró Julian en él a un inclinado contertulio, a uno por demás perfectamente a la altura de cualquier conversación elevada, deseoso de aprender y de intercambiar cuanto él mismo sabía.

Durante un buen rato, con seguridad muchos minutos, tío Arnold y Julian permanecieron por completo imbuidos en su charla, un intercambio en el que Margaret participó gustosa al ser incluida cada tanto por el propio Julian, quien la alentaba a participar.

Semejante deferencia entibió sobremanera el corazón de la joven.

Un gesto tal por parte de Julian le demostraba una vez más que tenía en cuenta sus opiniones y que las valoraba con sinceridad. Para él no era una simple señorita, un adorno vacuo o esa sombra silenciosa que siempre está presente, pero que siempre debe mantenerse un paso por detrás de cualquier caballero.

Tía Dorothy asistió a esta reciprocidad con gran interés, sonrisa en los labios y mirada chispeante. Resultaba obvio que la dulce Margaret estaba disfrutando de la velada, a juzgar por su semblante risueño, por las mejillas encarnadas y por la gracia con la que aportaba sus propias impresiones cada vez que le eran solicitadas.

Y Dorothy percibió también especialmente cómo el propio Julian Northwood se ocupaba de solicitar dichas impresiones con gran celeridad, no consintiendo en modo alguno que la joven ocupara el rol de asistente silenciosa.

A la vista de tan adorables acontecimientos, decidió intervenir con sutileza sirviendo ella misma él té.

Su esposo debía perdonarla, y ella se encargaría de ello después, concediéndole algunos arrumacos y la promesa de su tarta de arándanos favorita, pero era hora de dejar a un lado las lecciones de Historia y Geografía y pasar a temas de mayor relevancia.

De ese modo, mientras vertía el líquido ambarino en la porcelana del joven Northwood, aprovechó para dejar caer...

—Señor Northwood, ha de saber usted, si acaso no lo ha notado ya, que todo Willowford se ha revolucionado con su llegada...

Julian la miró con gracia amable, y con gracia amable también, sonrió.

—¡Oh, estoy seguro de que exagera usted, señora! —De forma sistemática envió una mirada a Margaret, quien había refugiado cualquiera que fuera su expresión tras su taza de té humeante.

—No lo crea, joven —aseguró la dama, sirviendo esta vez a su esposo—, hacía muchos años que Garden Hill permanecía cerrada, y resultaba una auténtica lástima —suspiró con cierta teatralidad—. Una casa tan bonita, con un parque tan absolutamente encantador...

Con un cabeceo, Julian agradeció los halagos dedicados a su propiedad.

—Dígame, ¿le agrada Willowford? ¿Piensa establecerse de forma definitiva?

Julian miró a Margaret, quien permanecía con la cabeza un tanto inclinada y aquellos perpetuos —y encantadores— rubores encendiendo sus mejillas.

—Me gusta mucho Willowford —confirmó. Y a pesar de que la joven, debido a su pose inclinada, no podía ser consciente de la inalterable mirada del caballero fija en su persona, tía Dorothy sí se percató de ella—, debo reconocer que a mi llegada tan solo pretendía hacerme cargo de la propiedad y comprobar su estado después de tantos años de ausencia y abandono, pero la verdad es que en este momento considero con firmeza la posibilidad de establecerme aquí. Willowford siempre ha sido mi hogar y en estos momentos, más que nunca, lo considero el único hogar en el que podría establecer mi futuro.

Tía Dorothy cabeceó, sonriente. Margaret se humedeció los labios, encarnada y especialmente silenciosa.

—¡Es una gran noticia, señor Northwood! —exclamó—. Una casa tan hermosa agradecerá volver a tener una señora que la gobierne.

—Y la tendrá, confío, en algún momento; si el Señor me concede semejante bendición —respondió Julian.

—¡Oh, claro que se la concederá, señor Northwood! —señaló Dorothy—, un caballero de su edad y condición debe siempre asentar raíces en un buen lugar... y con buena compañía. No podría ser de otra forma.

Julian sonrió con benevolencia a la anciana.

—Por supuesto —apuntó—, tan solo espero encontrar a la persona adecuada para hacerlo posible.

Rauda como un suspiro y escarchadas sus mejillas como ascuas prendidas, Margaret se llevó la taza a los labios y demoró tras ella un trago en exceso largo.

Sentía el corazón en la garganta y la sangre pulsando en las sienes, amén de un calor abrasador quemándola desde dentro, ascendiendo por su escote para sentarse de forma agobiante en su cuello y en su rostro.

Ya había presenciado una conversación similar, semanas atrás, parapetada tras las páginas de un libro.

Una conversación en la que la señora Hartfield y la querida tía la habían empujado, seguramente de forma inconsciente y sin pretenderlo, a considerar por vez primera a Julian como el futuro esposo de alguien.

En esos momentos se veía obligada a atestiguar una escena muy parecida encontrándose el propio Julian delante... y viéndose ella en la obligación de actuar con naturalidad.

¿Podía hacer algo así? ¿Actuar con naturalidad? ¡Cielo santo, y qué caliente estaba aquel té! ¡Cómo le ardían las mejillas y cómo la ahogaba la gasa que velaba su escote!

En su estado de extravío e incomodidad física debió de desoír parte de la conversación entre su tía y Julian, quienes al parecer, y

desconocedores de su turbación, habían continuado con su intercambio; cuando se regresó a la realidad, tan solo atinó a escuchar de forma fugaz el nombre de Ophelia Jones.

Y la respuesta de Julian a cualquiera que fuese la mención:

—Sí, he conocido a los Jones hace poco y considero que su primogénita es una joven perfectamente amable.

No dijo más.

Una respuesta correcta e irreprochable, como no podía ser de otro modo tratándose de Julian.

No obstante, en lo que restó de velada, Margaret fue incapaz de volver a decir ni una sola palabra, y ni siquiera de elevar la mirada de su servicio de té.

***

Cuando Julian se despidió, Margaret se retiró a su alcoba.

Tan solo había podido ofrecerle una torpe reverencia sin mirarlo a los ojos, mientras tras los párpados, que escocían sin compasión, se atropellaban un sinfín de lágrimas prestas a derramarse.

No sabía qué le estaba sucediendo, o qué era aquello que sentía bullir en su interior, pues nunca antes había experimentado nada similar.

Si fuera poeta podría describir sus emociones como una combinación de tristeza, angustia, miedo y desazón.

Si fuera artista pintaría dentro de su ser una desbocada galerna de olas infinitas y viento feroz, y a sí misma se representaría como un navío en serio riesgo de naufragar en medio del desaforado oleaje.

Siendo amante de las plantas como era, tan solo podía sentir el pinchazo de las espinas de las rosas ensartándose en torno a sus

entrañas.

Porque aquella tarde había considerado lo que ciertamente era ya una realidad: Julian podía casarse.

Y sería justo.

Pues era lo que al fin y al cabo se esperaba de un caballero soltero.

Se casaría... y dejaría de acudir cada tarde al jardín.

Tendría una esposa.

Formaría una familia.

Y su rutina cambiaría.

La de los dos.

Garden Hill dejaría de ser su rinconcito compartido.

Ya no habría tardes enteras en compañía.

Ni paseos por el jardín.

Ni conversaciones bajo el nogal.

Tampoco agradables lecturas en el invernáculo.

Todo esto sería ofrecido a otra persona.

Él desaparecería para siempre de su vida.

Ella perdería lo que había considerado permanente.

¿Cómo había podido ser tan necia, tan niña y tan boba?

Julian nunca le había pertenecido, al igual que no pertenecía tampoco en exclusiva a Garden Hill.

Julian pertenecía a un mundo mucho más amplio del que procedía ella misma, y ese mundo lleno de señoritas casaderas y matronas casamenteras... podía arrebatárselo.

Y esa certeza, por algún motivo, le resultaba insoportable.

Capítulo 13

Aquella tarde todo parecía muy distinto en el jardín.

No se trataba tan solo de que la noche anterior hubiera llovido con gran violencia en el transcurso de una tormenta en la que los rayos y los truenos fueron los grandes, e impresionantes, protagonistas sobre la negra y aterciopelada bóveda celestial.

Tampoco que la fuerza casi torrencial de la lluvia hubiera quebrado muchos de los brotes recién nacidos en la mayoría de las plantas, que algunas ramas se hubieran doblegado o incluso fracturado y que el suelo permaneciera embarrado y lleno de hojas muertas, grava y tierra removida por todas partes.

Todo eso formaba parte de las variantes de la estación, y a pesar de encontrarse a mediados de julio, teniendo en cuenta la latitud en la que se hallaban, tormentas de verano como la que acababan de padecer resultaban por completo naturales. Incómodas, molestas, en ocasiones destructivas..., pero naturales.

Cierto que, al estar mojado el campo, también las bancas de piedra y hasta los tocones derribados, no podían sentarse cómodamente como en otras ocasiones, pero hacerlo en la tranquilidad del invernáculo, al amparo de posibles secuelas de la gran tormenta y en un escenario recogido e íntimo, tampoco

resultaba un plan desdeñable.

Pero no se trataba de nada eso.

La atmósfera se sentía rara, y no por la humedad del ambiente ni por el peso de un cielo plomizo cuyas nubes parecían preñadas de lluvia y centellas.

Julian comprendió que algo sucedía.

Aunque no fuera capaz de entender el qué.

Bastaba con observar a Margaret durante apenas unos pocos segundos para apreciar su mirada perdida —y no en ensoñaciones, como resultaba habitual—, para distinguir las comisuras de los labios descendidas o la arruguita formada en su ceño —prueba innegable de algún tipo de desazón interna—. También su pose resultaba un tanto delatora: sentada sobre una caja de madera, espalda perfectamente erguida, hombros encuadrados, manos enlazadas sobre el halda y mirada volada al frente.

No parecía triste.

Ni enfadada.

Tampoco incómoda.

Tan solo... pensativa.

¿En qué pensaba?

¿Tal vez había pasado una mala noche por culpa de la tempestad y ahora se encontraba agotada y falta de sueño?

Podía ser, pero...

—Margaret... —ante el repentino reclamo de Julian, ella se devolvió a la realidad con un parpadeo, fijando en él una mirada, en efecto, distraída—, ¿sucede algo, Margaret? La encuentro más callada de lo habitual.

Margaret, fijos todavía los ojos en Julian, pausó el parpadeo, demorándolo de forma inconsciente para, quizá, acompasarlo con el aquietado ritmo de su corazón y de sus pensamientos.

Desde la velada en Lavender Fields, y de aquella conversación entre tía Dorothy y Julian en la que habían aparecido ciertos nombres —escuchados no por primera vez— y algunas inesperadas —extrañas, indeseadas, incómodas, sorpresivas...— señales de alarma que alteraron su paz emocional y sembraron su ánimo de inquietud, llevándola a replegarse sobre sí misma como haría una flor ante el presagio de tormenta, era consciente de que algo en ella no estaba bien.

Y no sabía decir qué era.

En su interior borboteaban, como en un caldero rebosante de emociones sin control, grandes dosis de angustia, desazón, incertidumbre y anhelo, obligándola a lidiar con todas estas impresiones a la vez cuando nunca había hecho nada similar ni dado cabida en su interior a semejante desasosiego.

—Me gusta el silencio, Julian —respondió—, usted lo sabe.

Julian la observó durante un largo minuto. A esas alturas podía asegurar que la conocía bastante bien y que le resultaba muy sencillo leer su alma a través de la pureza que vertían sus pupilas, así que en modo alguno pudo creer sus palabras. Aunque le doliera desconfiar de ellas por vez primera.

—También me agrada el silencio —dijo él—, pero cuando es compañero y amigo, no cuando parece actuar como un bastión defensivo.

Margaret sostuvo su mirada y su expresión no varió un ápice.

Ninguna respuesta a sus palabras podría resultar más reveladora para Julian que aquella absoluta carencia de expresión, cuando Margaret siempre había sido vehemente, pura y natural como el arroyo que desciende lleno en primavera.

Al cabo de aquel breve periodo de observación por parte de Julian, Margaret exhaló con holgura, desinflándose por dentro. De

ese modo sus hombros descendieron ligeramente y su mirada se inclinó al suelo adoquinado del invernáculo.

—Me encuentro cansada, me temo que he dormido bastante mal... —dijo al fin, y con esas palabras se levantó de su improvisado asiento, se alisó las faldas sin demasiada atención y por fin devolvió la mirada a Julian. Sus pupilas no brillaban como solían hacerlo—. Temo además encontrarme a las puertas de una migraña, por lo que, si me disculpa... —ofreció una torpe reverencia, por precipitada e inesperada en su formalidad—, creo que es mejor que me retire, Julian.

No le dio apenas tiempo a reaccionar, pues, ágil como el viento y fugaz como un suspiro, cruzó por delante de él para abrir la puerta del invernáculo y abandonarlo con paso precipitado.

Julian permaneció inmóvil unos segundos observando la caja de madera que había sido asiento para Margaret y que ahora permanecía vacía.

Observó la puerta que ella, en su precipitación, había dejado entreabierta, y un ceño fruncido a severidad ensombreció su mirada.

Era la primera vez que Margaret abandonaba el jardín antes de tiempo.

Era también la primera vez que una desazón semejante ocupaba de pleno su corazón.

***

Confinado entre los claroscuros de la biblioteca de Garden Hill, Julian permanecía pertrechado en su sillón frente a un fuego cuyas ascuas apenas pulsantes anunciaban su pronta desaparición.

Se encontraba en mangas de camisa, con el chaleco completamente desabrochado y en una posición del todo indolente.

El cuello de la camisa aparecía aflojado y desabotonado hasta medio pecho, las piernas se alargaban laxas frente a los últimos rescoldos de la chimenea.

Hacía un buen rato que los lacayos se habían retirado, bajo su mandato, y él continuaba allí sentado, mirando las cenizas y las brasas, pero sin ver nada en realidad, con un vaso de brandy en la mano y los pensamientos muy lejos de allí.

O tal vez no tanto.

En realidad, aposentados en la mansión vecina.

¿Qué había sucedido aquella tarde?

¿Por qué Margaret —la dulce Margaret que conociera al inicio de la estación cálida y que había entrado en su vida con la tibieza de los rayos del sol para templar un alma que hasta el momento había permanecido en hibernación— se había mostrado silenciosa y ausente, lejana y distraída en su compañía?

¿Por qué de pronto la situación parecía haber cambiado tanto, hasta el punto de orillarlos a ambos a dos abismos diferentes y muy muy distantes entre sí?

Decenas de veces habían compartido silencios amables entre los dos mientras se dedicaban a la jardinería, mientras leían cada cual un libro o simplemente mientras se deleitaban escuchando el melodioso cántico de los gorriones u observaban el zigzagueante vuelo de los abejorros entre las espigas de lavanda.

Pero aquella tarde habían permanecido ambos imbuidos en un silencio extraño, por novedoso, sin hacer nada en realidad.

Ella con la mirada perdida en el vacío, en la nada, tal vez en verdad engullida por la inmensidad de sus pensamientos..., mientras que él tan solo había sido capaz de mirarla a ella para tratar de leer, como antaño, su alma a través de aquellas pupilas tan infinitamente cristalinas.

En aquella ocasión, no obstante, los ojos de Margaret permanecían velados por una extraña bruma que le impidió discernir su interior, mostrando su alma por vez primera como la superficie de un lago que, de pronto, aparece enturbiado por las algas ascendidas desde las profundidades. Él jamás intuyó la posibilidad de la existencia de tales algas.

Ya había podido apreciar algo de este extraño cambio durante su visita a Lavender Fields cuando, de encontrarse todos en un ambiente cómodo donde Margaret participaba activamente de la conversación, riendo y brindando su opinión, de pronto ella hubo de silenciarse; sí, de golpe... limitándose a permanecer a partir de un determinado segundo como una hermosa buganvilla que, al no encontrar dónde sostenerse ni quién la guíe, decide enrollarse sobre sí misma y mantenerse en un estado de letargo. Ausente y apartada de quienes la rodean.

Trató de comprender qué había cambiado..., pero no hubo de encontrar respuesta.

Y eso lo torturaba.

Sentía que, de algún modo y por algún motivo que escapaba a su entendimiento, estaba a punto de perder algo que había llegado a considerar imprescindible para la felicidad de sus días.

A su amiga.

A su compañera de tantas tardes de verano en el jardín.

A Margaret.

Y aquella certeza se le hacía insoportable.

Podía perderla, sí, y no solo por la posibilidad de que, al final del verano, regresara a Berkshire con su familia.

En el fondo de su ser, también en la superficie, albergaba el deseo, o la necesidad, de que no se marchara. Quería que se quedara.

Aunque el hecho de que lo hiciera en Lavender Fields tampoco calmaba su alma.

Envió un largo trago a su bebida hasta vaciar el vaso.

¿Qué demonios quería en realidad?

Permaneció algunos segundos insustanciales observando el recipiente vacío mientras sentía el ardor del alcohol descendiendo por su garganta y abrasando sus entrañas.

En el mar de confusión en el que navegaba, no sabía con certeza qué quería o qué necesitaba.

Lo que sí sabía era que no podía permanecer de brazos cruzados ni limitarse a continuar en un estado de inutilidad bebiendo sentado frente a un fuego exiguo mientras su ser por entero se debatía.

Debía hacer algo.

Debía encontrar el camino a través de la bruma repentina que mantenía a Margaret oculta a sus ojos y, de algún modo, llegar hasta ella.

Porque no tenía sentido aferrarse al jardín que los había mantenido unidos hasta entonces si existía la más mínima posibilidad de perder a Margaret.

Ese refugio, sin ella, había dejado de bastarle.

Capítulo 14

Todavía no alcanzaba a comprender por qué había acudido en realidad aquella tarde al jardín.

Desde la velada en Lavender Fields creía haber asumido que lo más saludable para ella, emocionalmente, era tomar distancia; sin duda esa sería, a su parecer y entendimiento, la única forma segura de protegerse: debía dejar de ver a Julian Northwood.

Había de alejarse, por tanto, del jardín donde sabía que lo encontraría, del lugar que hasta entonces había sido refugio y bálsamo contra cualquier herida del alma.

Sin embargo, y una vez que la tía Dorothy se entretuvo con sus amigas durante su habitual partida de *bridge* edulcorada con cotilleos varios, sus pies fueron los que tomaron la iniciativa para guiarla fuera de la mansión y conducirla directamente al jardincito de Garden Hill.

¡Oh, pies traicioneros! ¡Oh, desleal cotidianeidad, que actuaba sobre su ser aun en contra de la penosa voluntad de la pobre Margaret!

Resignada a su escasa capacidad de resistirse al llamado del jardín, se adentró en su quietud con el paso lento y cadencioso de quien necesita realizar un recorrido conocido —y afecto— para

sentirse seguro y en calma.

De ese modo, deleitándose en la contemplación de las distintas plantas que ella misma había trasplantado, podado y cuidado, caminó muy despacio sobre el suelo trebolado tratando de no pensar en nada más que en la bonita acuarela que la rodeaba y que, de algún modo, ya formaba parte de su alma y de su corazón.

¿Sería capaz de hacer algo así? ¿Sería capaz de pasear por aquel lugar y ver tan solo naturaleza... y nada más?

Al menos debía intentarlo.

Inhaló profundo y el aroma a humedad procedente de la tierra recientemente regada por la lluvia traspasó de forma agradable sus fosas nasales.

Caricia para sus oídos fue el cántico melodioso de los gorriones y de los jilgueros que saltaban por y desde todas partes, deslizándose a media altura entre el follaje en graciosas cabriolas rasantes.

Los colores fluían desde todos los confines del jardín; desde el múltiple colorido que brotaba de las pasifloras al suave tono de la flor del sauco, pasando por los violáceos vibrantes de las espigas de lavanda y los fucsias de la abundante verónica o las campanillas de la dedalera.

Pero entonces, y de forma inevitable, contempló el nogal bajo cuya sombra amiga Julian y ella habían gastado media tarde sin hacer nada, más que concederse mutua compañía y miradas fugaces. Recordó la apacibilidad con la que él parecía haberse quedado dormido entonces y cómo ella felizmente se dedicó a velar su sueño mientras disfrutaba de un momento que, temía ahora, jamás pudiera volver a repetirse.

Continuó caminando, esta vez apretando un poco más el paso ante la necesidad de evadir la visión del nogal, pero al instante distinguió al fondo del jardín el pequeño invernáculo, a través de

cuyos paneles acristalados pudo contemplar su interior, y de ese modo también aquellos viejos cajones de madera sobre los que ambos se habían sentado durante más de una tarde, leyendo en silencio y compartiendo hermosos momentos que, al parecer, asomaban ahora a su cabeza aun sin ser llamados.

Incluso a pesar de tratar de evitarlos.

Se escudó, tratando de hacer lo mismo que hizo en cuanto vio el nogal: apuró el paso un poco más para intentar huir, pero no se puede huir cuando aquello de lo que huyes ya forma parte de ti.

Así, con devastadora rapidez, el enorme rosal silvestre en cuyo pie crecía la peonía superviviente, y cuyo vástago la propia Margaret había trasplantado a un tiesto para que pudiera acompañar a Julian tras los muros de Garden Hill, surgió ante sus ojos como una suerte de dolorosa aparición.

Torció el gesto en un delator viso de angustia mientras tras el interior de sus párpados enrojecidos se gestaba un horrible picor.

Se llevó una mano a la frente perlada de sudor frío, y trató de serenarse.

No tenía sentido avanzar más rápido, o girar a cada tanto hacia otro ángulo distinto con la pretensión de dar la espalda a aquellos entornos que evocaban momentos, pues todo en aquel jardín le recordaba a Julian de un modo inevitable.

Él era parte, como ella misma, de aquel delicioso paraíso.

Suspiró con largueza, entremezclándose su suspiro con el eco de un liviano gemido.

El sonido de pasos a su espalda, sobre la grava del sendero y las baldosas de terracota, la alertó de que no se encontraba sola.

El corazón principió a martillear con ferocidad ante la certeza de la identidad del recién llegado.

Se volvió despacio para descubrir, como no podía ser de otra

forma, que Julian se acercaba a ella con su sempiterna sonrisa en los labios y su penetrante mirada oscura fija en su persona. Rogó al cielo porque él no pudiera apreciar su desazón física y mucho menos el vergonzoso quiebro que reflejaron sus rodillas al entrechocarse bajo las faldas.

Por fortuna, no descubrió en su expresión nada que lo alejara de su habitual naturalidad y temple, y semejante descubrimiento consiguió de algún modo calmarla un ápice.

—Margaret... —Le ofreció el consabido cabeceo de cortesía, adornado con una sonrisa.

—Julian... —Todavía trémula y nerviosa, Margaret respondió con una tímida reverencia.

—Me preguntaba si le agradaría acompañarme a dar un paseo hasta el parque de Garden Hill —soltó él sin preámbulos, sonrisa amplia en los labios y mirada apacible—, la última vez quedó una parte importante sin mostrarle y me apetece mucho hacerlo.

Margaret, quien había alimentado la silenciosa pero pertinaz consigna de mantener ciertas distancias con Julian, no pudo permanecer firme en su empeño a la vista de que él parecía comportarse tan encantador, correcto y amable como siempre. Una punzada de culpabilidad atravesó su corazón.

¿Acaso ella era quien actuaba y se comportaba de forma errada? ¿Acaso exageraba en sus tribulaciones? ¿Acaso todo seguía igual que siempre y solo ella había conjeturado fábulas insensatas en su cabeza?

—¿Qué me dice? ¿Aceptaría acompañarme a ver esa parcela que desconoce?

Se rindió, puesto que no tenía corazón de negarle a Julian una petición tan sencilla y que, a su vez —¿a qué negarlo?— a ella también le apetecía mucho. Contemplar un amplio espacio verde

bien cuidado y dedicado específicamente al estatus de jardín siempre resultaba un auténtico placer para quien amaba la naturaleza en general y las plantas en particular.

—Sí, le acompaño gustosa, Julian —concedió con una sonrisa que reflejaba, secretamente, su rendición.

Julian recibió su consentimiento con muchísimo agrado, y esto se reflejó en el brillo de felicidad que centelleó en sus pupilas y en la sonrisa que formó en sus mejillas los encantadores hoyuelos que Margaret ya había distinguido en más de una ocasión.

***

Julian deseaba mostrar a Margaret, tal y como le había explicado, la parte posterior del gran parque de Garden Hill.

Esa zona, una amplia parcela casi virgen en la que los anteriores propietarios no habían dejado todavía su huella estructural, albergaba los proyectos de futuro de Julian, pues era el lugar que él, como propietario actual de la finca, se encargaría de reestructurar a su gusto y bajo sus ideales personales.

Mientras se acercaban a la parte posterior de la finca, un ligero bulle bulle agitó sus entrañas y avivó su pulso.

Pero no se trataba tan solo de eso: de ofrecerle un paseo entretenido con el que disfrutar otra tarde en perfecta y maravillosa compañía. Existía un secreto anhelo en su propósito.

No solo deseaba mostrar a Margaret una parte importante de la propiedad que no había tenido tiempo de enseñarle en su visita anterior, sino que era su deseo mostrarle el lugar donde él pretendía perpetuar su futuro...

... y de ese modo hacerla a ella partícipe de ese mismo futuro.

Como un niño pequeño que pretende agasajar a su

acompañante con una sorpresa que considera encantadora, conforme se acercaban al lugar su nerviosismo y su impaciencia se acentuaron. Se podía apreciar en el modo en el que se humedecía los labios de forma sistemática o en cómo las manos se retorcían con demasiada insistencia.

Una vez que alcanzaron un punto ligeramente más elevado desde el que se podía apreciar el vasto terreno que se extendía ante sus ojos como un remiendo verde infinito, Julian comenzó a explicar sus proyectos con gran emoción:

—¿Ve ahí, al fondo, esa zona al pie de los dos alisos que crecen emparejados? —Margaret, siguiendo la indicación de Julian, cabeceó en asentimiento—, ahí pretendo construir un estanque —afirmó ilusionado—, una pequeña fuente natural brota de la tierra, quiero aprovechar su nacimiento para construir un estanque que pueda convertirse en hogar de garzas, gansos y demás especies. También plantaría lirios de agua y espadañas en sus márgenes.

Margaret observó el lugar señalado y fácilmente pudo recrear en su cabeza la imagen que Julian había pincelado con palabras.

Un estanque grande, casi un lago, en el que las garzas humedecieran sus largas patas y sobre cuya superficie espejada nadaran los gansos y los ánades. Todo su margen se rodearía de lirios de agua amarillos, quizá de salicarias y seguro que de muchas espadañas. En las largas y serenas noches de verano se escucharía desde la lejanía el sonoro croar de las ranas que buscarían refugio en sus humedales, también el vibrante canto de los grillos y las cigarras...

Una sonrisa estiró los labios de Margaret ante la concepción mental completa de semejante acuarela.

Animado ante la expresividad sensitiva de ella, Julian continuó poniendo en labios sus esperanzas de futuro:

—También me gustaría levantar un cenador de hierro, uno pequeño, recogido, con un tejado en cúpula decorada con enredaderas talladas en el propio metal; y en la base, columnas que representen también trepadoras en flor en apretado zigzag alrededor de cada pilar.

Margaret lo vio también, tan perfectamente como si Julian lo hubiera pintado para ella a carboncillo sobre un lienzo verde.

Un cenador precioso decorado con enredaderas esculpidas en el propio hierro..., pero del que podrían entrelazarse también hermosas glicinias, jazmines olorosos o dondiegos de noche que harían las delicias de quienes disfrutaran bajo su influjo de la tranquila nocturnidad de Garden Hill.

¡Oh, y qué maravilloso sería permanecer allí mismo, como quien forma parte de un maravilloso sueño!

Pero entonces, como si una mano perniciosa apareciera de la nada para barrer a zarpazos la bonita visión efímera que Margaret, inducida por Julian, había invocado, surgió otra imagen, una mucho más potente, nítida... y dolorosa.

¡Insoportable!

Porque Margaret comprendió que estaba observando —¡que Julian le estaba mostrando!— el lugar en el que algún día, tal vez no muy lejano, viviría otra mujer. Ophelia Jones, pudiera ser, o ¿quién sabe? Tal vez cualquier otra.

Pasearía del brazo de Julian bordeando el bonito estanque plagado de garzas y lirios amarillos. Escucharía el sonoro croar de las ranas y contemplaría su rostro en el aquietado espejo que formarían sus aguas.

Y ese rostro, esa mirada feliz y esa sonrisa complacida no serían los suyos.

La sonrisa evocadora que bailaba en sus labios se erradicó de

golpe, dando paso a un rictus de labios apretados, lívidos de la impresión. Un severo ceño oscureció su semblante mientras el velo acuoso de las lágrimas que se anunciaban prontas a derramarse empañó sus pupilas.

Tragó seco, pero el nudo en la garganta resultaba inamovible. Casi tanto como el peso agónico que acababa de instalarse sobre su corazón.

Y allí en la lejanía, bajo el cenador que tan solo existía en la imaginación de Julian —¡y ya en la suya!— una mujer que no era ella contemplaría las estrellas entre los brazos de Julian, quien le enseñaría el nombre en latín de cada constelación, del mismo modo que le habría enseñado ya el de cada especie vegetal plantada en el parque.

Para ella, fuere quien fuere.

Un sollozo sonoro huyó sin permiso entre los labios de Margaret, sobresaltándola ante lo inesperado de su aparición.

Un dolor extraño, agónico, duro e impávido como el rayo que tronza un tronco que se creía estable la traspasó por dentro, orillándola a un abismo al que nunca antes se había asomado y que, entonces, la espantaba ante lo insondable y oscuro de su forma.

Una mano voló al pecho para aposentarse sobre el lugar bajo el que galopaba, agónico, su corazón. La otra mano hizo lo propio a los labios para ahogar el brote de nuevos sollozos.

—Margaret, ¿se encuentra bien? —Julian la vio doblegarse como un pequeño junco sacudido por el vendaval y adelantó un brazo para tratar de sostenerla, pero ella, que sorprendentemente continuó en pie, retrasó un paso para evitar el agarre.

—¡No puede mostrarme esto, Julian! —exclamó, ahogada en sollozos—. ¡No es justo! ¡No puede hacerlo!

Julian no comprendía. Solo alcanzaba a observar con respeto la

extraña reacción de la muchacha, que parecía al borde del llanto, temblorosa y agitada, mientras le dedicaba una mirada preñada de dolor.

—¡No puede hacerlo! ¡No! —continuó ella—. ¡Y yo no quiero verlo! ¡No puedo verlo!

Dicho esto, ante la mirada impotente de Julian, Margaret tuvo la prestancia de sujetarse las faldas a puñados, girar sobre sus talones y alejarse de allí tan rápido como pudieron soportarlo sus piernas trémulas y debilitadas por la impresión.

Julian quiso correr tras ella, quiso preguntar, retenerla, intentar hablar con ella para tratar de entender...

... pero por fortuna comprendió a tiempo que no eran aquellos el momento ni el lugar adecuados para hacer tal cosa y que Margaret, tan impresionada como parecía, necesitaría tiempo y distancia emocional.

Aunque le doliera el alma verla en semejante estado de desespero, la dejó ir, resignándose a contemplar su huida con la misma emotividad y sentimiento de quien observa el vuelo indeterminado y zozobrante de un gorrioncillo rescatado que es liberado en plena naturaleza y se aleja... se aleja.

***

Margaret llegó a Lavender Fields completamente desbordada por las lágrimas, que empapaban su rostro acalorado en un claro reflejo de su desazón interior.

En efecto, había realizado todo el trayecto de regreso a plena carrera, o al menos a todo cuanto pudieron soportar sus piernas trémulas en base al nerviosismo.

Quizá fuera debido a esto último, o al esfuerzo exigido durante

un ejercicio tan extremo, que una vez que alcanzó la residencia de sus tíos se vio obligada a detenerse en el atrio y sostenerse contra la balaustrada que escoltaba la escalinata principal, con tal de no desfallecer.

Tal cosa era lo que sentía que estaba a punto de suceder.

Aparte de una notable carencia de oxígeno en su cuerpo, que reaccionaba a la reciente exigencia física mediante jadeos y resuellos ahogados, sentía la cabeza a punto de estallar, la visión nublada y el pecho aplastado por un peso excesivo que no ayudaba en la recuperación respiratoria.

Una mano voló al agitado escote para asentarse sobre el lugar exacto bajo el que bombeaba el corazón, pero la agitación que notó bajo los dedos era tal que sintió miedo, pues en vez de palpitaciones espaciadas sentía un único y feroz zumbido desorbitado.

Demoró unos segundos en entrar a la vivienda; necesitaba recomponerse, respirar y mostrar una cierta entereza, pero a pesar de haberse concedido un breve lapso para ello, no pudo entrar sino fue tambaleándose.

Tuvo que sostenerse de nuevo, utilizando paredes, ménsulas, balaustres y cuanto soporte encontrara en su camino, con tal de sostenerse y no desfallecer.

Pero el martilleo en las sienes no se reducía, la visión no clareaba ni el peso en su pecho se aliviaba.

Por fortuna ni tía Dorothy ni tío Arnold asomaron en ningún momento para descubrirla en una posición tan completamente desvalida e impropia. Tampoco, o al menos eso le pareció a ella, ningún sirviente se percató de su humillante aparición.

Asistida por las propias paredes de la vivienda, por el sobrio pasamano y por las puertas cerradas que encontraba a su paso en el corredor, consiguió alcanzar su alcoba para encerrarse en ella.

Una vez en la intimidad de esta, conforme hubo cerrado la puerta tras de sí, apoyó la espalda y la cabeza en el tablero y se dejó resbalar hasta el suelo. Sentía que no podía más. Un dolor físico intenso la traspasaba por completo.

¿Qué acababa de suceder?

No era capaz de definir lo que le pasaba, pues sentía tanto, tan intensamente y todo ello tan a la vez, que no era capaz de soportarlo.

Julian, Julian... acababa de pintar ante sus ojos, con la vivacidad y el realismo de un auténtico maestro, lo que sería su futuro.

El suyo. El de él.

Un futuro que compartiría con cualquier otra mujer —según había mencionado la señora Hartfield en su día, seguramente esto sucediera antes de que terminara el verano—, y Margaret tan solo atinaba a entender que no estaba preparada para soportar semejante realidad.

Conforme estos pensamientos desfilaban con rapidez por su cabeza, los sollozos huían con sonoridad entre los labios. Las manos acudieron raudas para tratar de silenciarlos y de ese modo acabaron humedecidas por los regueros imparables de lágrimas que surcaban el rostro de luna llena.

El dolor en el pecho se volvió agudo y pareciera que fuera a traspasarla de adelante a atrás, pues en un momento dado la espalda empezó a resentirse mediante pinchazos que le arrebataban el aire.

Las punzadas en las sienes resultaban también insoportables... y de ese modo supo que, en efecto, no iba a ser capaz de soportarlas.

Los párpados se cerraron lentamente, llenando su presente de oscuridad.

Capítulo 15

Cuando Margaret despertó, se encontró tumbada en su cama.

Según le contó tía Dorothy, quien la recibió en su despertar con su sempiterna sonrisa amable y una caricia en la cabeza para acomodarle los rizos sobre la frente, una doncella la halló desfallecida en el suelo de la alcoba, casi obstaculizando la puerta, cuando procedía a avisarla para la cena.

Entre varios sirvientes consiguieron llevarla hasta la cama, donde la dejaron dormir, bajo supervisión.

Y de hecho durmió sin despertarse hasta el día siguiente, por lo que tía Dorothy atribuyó simplemente su debilidad a un cansancio extremo. ¡Había trabajado tan duramente en el jardincito de Garden Hill!

No obstante, con aquel nuevo día no se reveló viso alguno de recuperación física; el cansancio continuaba latente, por más que Margaret se esforzara en disimularlo; también el desánimo y la inapetencia, pues con una sonrisa de disculpa en los labios, tratando siempre de restar importancia a su proceder para no preocupar a sus ancianos tíos, dejó casi intactos el desayuno y la posterior comida.

Por la tarde, en lugar de acudir al jardín, se quedó en casa,

recogida discretamente en un rincón de la sala mientras la tía jugaba al *bridge*; y de ese modo, entre claroscuros y casi hundido su menudo sayo en el sillón orejero, trató de concluir la lectura de *Camilla.*

Pero a pesar de restarle muy pocas páginas para el final, no fue capaz de avanzar ni un solo párrafo desde donde lo había dejado. Releía la misma frase una y otra vez sin poder concentrarse y hasta el sencillo gesto de sostener en alto el libro parecía cansarla.

Dorothy la observaba de forma furtiva y la apreciaba cada vez más pálida, cada vez más debilitada y taciturna. Le ofrecieron hojaldres de miel, ponche de huevo y golosinas varias, pero Margaret rechazaba con amabilidad todos y cada uno de estos ofrecimientos.

No obstante, cuando la anciana preguntaba, preocupada por cuanto observaba, la joven insistía en que se encontraba bien, tan solo un poco cansada tal vez, y que, seguramente, el día siguiente sería mejor y le apetecería hacer más cosas.

«Debe de encontrarse en verdad exhausta, pobrecilla —concluyó, obligándose a tranquilizarse ante la porfía de la propia Margaret referente a su bienestar—, quizá en realidad estoy exagerando —tía Dorothy en verdad no creía en esto, pero se forzaba a convencerse de ello—, tal vez no se trate de nada que no pueda arreglarse con consomés de pollo y vino dulce...», insistía para sí.

Con semejante consigna impuesta por ella misma, y por las afirmaciones de la propia Margaret, Dorothy, bajo un ceño fruncido a severidad, callaba, pero en el fondo sospechaba que algo no iba bien.

La querida Margaret parecía descender de forma precipitada hacia un abismo de deterioro.

Por infortunio, las sospechas de tía Dorothy resultaron acertadas, pues al cuarto día y tras una noche de agitado insomnio, apareció finalmente la fiebre.

***

El doctor personal de los Percy-Barrow acudió presto a la llamada de tío Arnold y, tras permanecer durante sus buenos treinta minutos examinando a la joven Margaret, el galeno determinó que la muchacha padecía «unas fiebres infecciosas a consecuencia de haber sufrido una profunda impresión emocional que sin duda ha debilitado notablemente sus fuerzas».

Procedió a realizarle una sangría y, acto seguido, tratar de tranquilizar a los ancianos, asegurándoles que si bien la muchacha se encontraba muy débil, también era joven y en tales circunstancias las recuperaciones solían aventajar con creces a los casos más desventurados. Tan solo restaba esperar y confiar en el designio divino.

Se retiró tras añadir que si apreciaban algún cambio en la paciente lo mandaran a avisar de inmediato, fuere la hora que fuere. En caso contrario, acudiría a visitarla en un par de días.

De ese modo, Margaret pasó las siguientes horas alternando momentos de inconsciencia —durante los cuales no faltaron delirios, temblores y una exagerada sudoración— con episodios de lucidez y esperanza de una pronta recuperación, todo ello siendo abrazada de forma permanente por una gran debilidad física.

Siguió sin ingerir nada sólido, más allá del caldo de pollo que la anciana se esforzaba en acercarle a los labios, pero Margaret apenas consentía en humedecerlos antes de volver a sucumbir a la inconsciencia.

Al día siguiente y para sorpresa de Dorothy, Julian Northwood apareció en Lavender Fields.

Portaba un bonito ramo de flores silvestres entre las que destacaban las salicarias y los lirios amarillos, y en su rostro una viva expresión de inquietud.

—¡Señor Northwood, qué sorpresa! —A pesar de pretender sonar alegre y despreocupada, una profunda desazón fue evidente tanto en el tono como en el gesto de la anciana—. No esperábamos su visita...

Julian carraspeó. Posiblemente lo que la anciana trataba de hacerle entender, aunque con sutileza y palabras suaves, era que Margaret no deseaba recibirlo. Habida cuenta del modo en el que finalizó su último encuentro, días atrás, resultaba del todo comprensible, si bien su corazón se negara a comprenderlo.

—Yo... —y se silenció un instante, pues fue consciente del tono balbuceante que acudió a secundar sus palabras. Ceño fruncido a severidad, tomó aire por la nariz, lo retuvo algunos segundos en los pulmones y acto seguido trató de expresarse con la requerida dignidad— espero no importunarlos con mi presencia, señora Percy-Barrow, pero lo cierto es que... —pausa para suspirar y ordenar sus pensamientos, aquellos que debían ser puestos en los labios— lo cierto es que no pude evitar sentirme preocupado por Margaret... —se corrigió de inmediato, consciente de su desliz—, ¡... por la señorita Ashford! Hace días que he acusado su ausencia en el jardín que tanto disfruta de cuidar y visitar, y pues...

De nuevo se silenció, obligado por la congoja que acudió de inmediato a sellar sus labios.

Inclinó la mirada hacia el colorido ramo que hacía girar con nerviosismo entre las manos y que había pretendido que actuara a modo de disculpa o reconciliación, y la emoción cerró de forma

definitiva su garganta. La visión de aquellas flores, hermosas en su sencillez, que tantas tardes había contemplado y admirado en deliciosa compañía acudía a atenazar su elocuencia y su capacidad de expresión.

De ese modo, y por suerte para el valor de su dignidad, calló que durante todo aquel tiempo había acudido puntual al jardín con intención de reunirse con ella.

Cada tarde.

De cada día.

Había esperado con infinita paciencia hasta que las postreras luces del atardecer descendían de forma oblicua sobre los sauces blancos, y la certeza de que Margaret ya no acudiría se hacía palpable.

Había padecido su dolorosa ausencia, que sin duda se volvía más penosa en compañía de todas aquellas cosas y rincones que habían sido felizmente compartidos, y dicha ausencia le había llevado a comprender de golpe, como quien recibe un puñetazo inesperado en la boca del estómago y se ve obligado a lidiar con ello, todo lo que ya resultaba por completo inevitable.

Compadecida sin duda ante el padecimiento silencioso del caballero, entendiendo en base a dicho silencio mucho más de lo que podría entender si el joven Northwood lo hubiera expresado con palabras, la veteranía y la sensibilidad de tía Dorothy la llevaron a comprenderlo todo.

—Señor Northwood, Margaret —utilizó su nombre de pila a propósito, pues no le había pasado por alto ¡ni mucho menos! el hecho de que Julian había obrado del mismo modo segundos antes — se encuentra indispuesta.

Julian elevó la mirada del ramo de flores para aposentarla en la anciana. Sus pupilas centelleaban de preocupación bajo un ceño

fruncido con severidad.

Aspiró una profunda bocanada antes de poder expresar su angustia:

—¿Indispuesta?

Recordó el dolor que apreció en el gesto de Margaret aquella última tarde, y el modo en el que le recriminó, envuelta en la certera promesa del llanto, que no deseaba ver todo cuanto le mostraba, para acto seguido alejarse de él a la carrera. Como un pajarillo herido.

—Sufre de fiebres infecciosas —aclaró tía Dorothy—, el doctor de la familia la ha visto hoy, le ha aplicado una sangría para tratar de limpiar el malestar de su cuerpo...

Julian no podía asegurar si la señora había continuado hablando, pues él había dejado de escuchar en ese preciso instante.

Tan solo era capaz de comprender, y todo ello con doloroso entendimiento, que Margaret se encontraba enferma y que permanecía postrada en el lecho, a merced de las fiebres.

Su mente retrocedió de inmediato a un pasado lejano para acercarle la visión de su propia madre tumbada en su cama, sumida en la inconsciencia, pálida y temblorosa, sombreados sus párpados cerrados con la violácea sombra de la ojera, mientras él no había podido hacer nada por ella..., más que llorar desde la distancia.

Tragó seco.

Entonces era un niño, no había podido ni sabido reaccionar a tan horrible circunstancia. Incluso su padre lo había alejado de la alcoba materna, pues un chiquillo de tan corta edad, había dicho entonces, no debía atestiguar determinadas circunstancias.

Ahora era un hombre.

Nadie podría alejarlo.

—¿Qué puede hacerse por ella? —Tales palabras acudieron a sus

labios para ser expresadas con firmeza y rotundidad—. Si existe algo que yo, en lo particular, pueda hacer...

Dorothy lo miró compadecida. Y agradecida por su sentir.

—Nada, señor. Salvo esperar. Se encuentra todavía muy débil, pero confiamos en que se recupere. El doctor confía también en ello.

Julian exhaló con largueza y sonoridad. A continuación, ceño fruncido con severidad, cabeceó en asentimiento y le entregó el ramo a la anciana.

—Por favor, entréguele estas flores, las he recogido personalmente para ella... en el jardín. —Su tono, que había flaqueado al principio, recobró firmeza—. Solicito su consentimiento, señora, para visitar a la señorita Ashford a partir de mañana y hasta que se recupere del todo... —la firmeza mostrada pareció quebrarse por un instante para susurrar apenas sus siguientes palabras—, se lo ruego...

Dorothy lo observó en silencio, y la sonrisa sincera y emotiva que estiró sus labios apretados fue sin duda su mejor respuesta.

Capítulo 16

Como no podía esperarse de otro modo, Julian acudió puntual la tarde siguiente a visitar a Margaret.

Y tía Dorothy consintió que se reuniera con ella a solas en la alcoba durante algunos minutos.

¿Qué malignidad podía acarrear semejante concesión cuando la joven se encontraba postrada y él parecía tan sinceramente preocupado por ella?

Aquellas visitas no encerraban picaresca alguna, tampoco una intencionalidad censurable; en realidad, obedecían a una inocencia y a un afecto que resultaban ya por completo imposibles de obviar.

Y por supuesto ella no pretendía obviarlos.

Así pues, esperaría en el pasillo, al otro lado de la puerta entreabierta, en su papel de acompañante silenciosa y discreta ante las visitas de Julian Northwood a su protegida. La reputación de la joven permanecería perfectamente a salvo.

Fuere como fuere, la anciana no precisaba de grandes argumentos para autoconvencerse de acceder a proporcionar cierta intimidad a la joven pareja, y mucho menos contaba con la dureza de corazón requerida para negarle a Northwood una petición que parecía implorada.

El caballero nada había expresado mediante palabras, pero las arrugas de su frente, sus labios apretados y curvados hacia abajo y la postura envarada reflejaban cuanto la anciana necesitaba saber.

Cuando Julian traspasó la puerta de la alcoba, sus ojos volaron raudos y de forma inevitable hasta la silueta postrada de Margaret.

Y al descubrirla de ese modo, tan lejos del jardín y de esa aureola de color y vida que normalmente la acompañaba, el corazón le dio un vuelco.

Y la respiración se suspendió un largo instante.

De ese modo, afligido y ahogado, se concedió unos segundos para observarla desde su posición bajo el umbral.

¡Qué pequeña y frágil parecía! ¡Qué florecilla delicada, rodeada de encajes y raso! ¡Qué distinta semejaba aquella Margaret de la Margaret que había descubierto, cual hada del bosque, en el jardín!

Y, no obstante, seguía viéndose bonita a pesar de la enfermedad...

Su rostro de luna llena continuaba igual de hermoso y dulce, candoroso como el de una muñeca de porcelana, aunque sin duda mucho más pálido que de costumbre y un tanto hundido bajo los pómulos.

No le pasaron por alto tampoco los arcos violáceos bajo los párpados cerrados ni la lividez de sus labios, antaño sonrosados como dos fresas partidas por gala en dos.

Pero el cabello rizado enmarcaba con gracia su cara y, de no ser porque era obvio que se encontraba sumida en un estado de inconsciencia —la anciana lo había informado de que apenas una hora antes de su llegada había soportado un pico elevado de fiebre —, pudiera parecer que dormía.

Plácidamente.

Como un ángel.

Cruzó la estancia para sentarse en una silla que acercó al lecho.

Le agradó encontrar su ramo de salicarias del día anterior dentro de un jarroncito de cristal en una mesita al lado de la cama de Margaret, y ese descubrimiento le arrancó la primera sonrisa.

Con la mirada inamovible en la delicada figura ataviada con un camisón de encajes que el fino embozo de la sábana permitía a la vista, no dudó en depositar cuidadosamente el ramo de ese día sobre la colcha, muy cerca del rostro de la joven.

—Margaret... —habló con suavidad, con el mismo tono que emplearía para dirigirse a ella si se encontraran ambos otra vez en el jardín—, le he traído un ramillete de lavanda y espliego, sé que son sus preferidas —sonrió por segunda vez—, espero que le agradaran las salicarias y los lirios de ayer.

Por supuesto, ella no respondió. Continuaba dormida, sumida en ese limbo de desmayo que secunda los estados de debilidad y calentura.

Julian, quien parecía resignado a esa realidad, continuó conversando con ella, dotando sus palabras de naturalidad y devoción.

—Me he permitido la licencia de traerle algo más —dicho esto, rebuscó en el interior de su chaqueta para extraer un libro formato bolsillo, encuadernado en cuero—, no sabía si había concluido ya su lectura de la señora Burney, pero recordé que le prometí prestarle mi poemario del señor Burns —una sonrisa dulce y condescendiente estiró sus labios por tercera vez—, espero que no le importe que sea yo quien le lea. Si no le incomoda, le leeré un poema cada día, y cada día también le traeré un ramo de flores de nuestro jardín... —suspiró con levedad—. Le prometo, Margaret, que vendré cada tarde y que no me moveré de aquí.

Y dicho esto, aunque Margaret continuaba, como era obvio, sin

ofrecer reacción alguna, Julian tomó aire y abrió el libro por la primera página.

Tras aclararse la voz, principió a leer con tono claro, suave y pausado.

Desde el corredor, Dorothy escuchaba con lágrimas en los ojos el afectuoso monólogo de Julian y sintió el corazón doblegado de gratitud ante la devoción que apreciaba en cada uno de los gestos del caballero..., aunque seguramente ni él mismo fuera consciente todavía de la grandeza de cuanto encerraban.

***

Julian depositó con sumo cuidado el tercer ramo sobre el lecho, esta vez uno compuesto por flores de salvia entremezcladas con cosmos de un tono fucsia vibrante, a un lado del cuerpo inmóvil de Margaret.

Le agradaba comprobar cómo sus ofrendas florales eran cada día colocadas en un jarrón con agua fresca, y aunque las flores de los primeros días ya no aparecían tan lozanas, el hecho de que las mantuvieran allí, resistiendo todo el tiempo que fuera posible, fue un gesto muy importante para él.

De ese modo Margaret contaba en su alcoba con un pedacito de jardín que Julian acercaba a diario para ella.

Y de ese modo también entendía que a los ancianos parientes de Margaret les agradaban sus visitas.

Antes de entrar a la alcoba, la señora Percy-Barrow le había señalado que los periodos de fiebre se habían reducido, Margaret ya pasaba más tiempo con la temperatura normalizada e incluso los lapsos de consciencia se habían incrementado.

Al parecer, y según el doctor había informado esa misma

mañana tras su evaluación, la infección parecía estar remitiendo. No obstante, debían mostrar paciencia, pues su cuerpo todavía luchaba para tratar de restablecerse.

Era natural, pues, que permaneciera mucho más tiempo letárgica que despierta, al menos hasta que se fortaleciera lo suficiente como para acometer una rutina regular. Consideró Julian que con aquella información la anciana pretendía solicitarle paciencia ante el estado adormilado de su protegida.

Desconocía la buena mujer, tal vez, que Julian estaba más que dispuesto a mostrar toda la paciencia del mundo en lo que a Margaret se refería.

Una vez más acercó la silla a la cama y, antes de prepararse para leerle un nuevo fragmento del poemario, se permitió dirigirse a ella para acercarle novedades que, a buen seguro, la hubieran hecho muy feliz de haberse encontrado despierta.

—Creo que le gustará saber, Margaret, que la salvia ha dado muchas flores nuevas, de hecho he recortado algunos tallos para traérselos hoy y que pueda comprobar por usted misma su abundante floración, aquello parece a estas alturas un auténtico océano violáceo... —La sonrisa acudió a los labios ante su propia broma. Se pausó un instante sin apartar de ella la mirada, como si de algún modo esperara una respuesta que no se produjo—. Las dedaleras crecen por todas partes e incluso me he permitido usar sus tijeras para podar algunas ramas desbocadas en la adelfa. Confío en no haber hecho nada irreparable, pero... ¡a este paso el arbusto que dejó usted acabaría muy pronto convertido en un auténtico árbol! —Perdurando la sonrisa y el tono hilarante, suspiró. Margaret no reaccionaba. Su expresión era de completa placidez, sus pómulos ya no se contemplaban tan lívidos y hasta sus labios imitaban la tersura sonrosada de las fresas. Lo peor, por fortuna,

parecía haber quedado atrás, pero eso no restaba importancia a la aflicción que lo embargaba cada vez que observaba a Margaret, a la ingenua y espontánea Margaret, como un lirio replegado antes del anochecer—. Por cierto, la peonía que me regaló ha asomado ya su primera flor. —Su sonrisa encerraba ahora un dolor latente—. Se ha convertido en mi pequeña confidente tras los muros de Garden Hill.

«En mi amiga, en ausencia de la única amiga con la que contaba hasta el momento».

Con un nuevo suspiro y la sonrisa todavía en los labios, inclinó la mirada hacia el libro que sostenía en las manos. Había un claro brillo de resignación y lamento en sus pupilas.

Lo abrió en procura de la página donde lo había dejado el día anterior y, tras insuflarse arrojos a sí mismo aspirando una profunda bocanada que exhaló a continuación con sonoridad, principió a leer.

Desde su obligada posición de centinela moral en el corredor, tía Dorothy inclinó la mirada a sus manos enlazadas sobre el regazo y forzó una sonrisa de labios apretados, consciente de la respetuosa devoción y la nobleza de los sentimientos que aquel joven caballero mostraba hacia la dulce y muy querida Margaret.

***

Regresó Julian otra tarde más a Lavender Fields, esta vez con un hermoso ramo de gladiolos anaranjados anudados con bramante.

Su rostro rezumaba alegría, pues se había cruzado en el atrio con el galeno y este le había referido noticias muy esperanzadoras respecto a Margaret.

Al parecer, la joven había pasado las últimas veinticuatro horas sin atisbo de fiebre, e incluso, durante el breve espacio de tiempo en el que había abierto los ojos, había ingerido un poco de caldo de

gallina.

Muy poco, a decir verdad, apenas un par de cucharadas, pero no dejaba de ser una maravillosa noticia después de todo. Y un gran avance en su enfermedad.

Cuando depositó el ramo de gladiolos al lado de Margaret, manteniendo su habitual contención y la delicadeza implícita en cada uno de sus gestos en todo cuanto a ella concernía, se permitió una licencia que, de haberse encontrado despierta, seguramente no se hubiera atrevido a realizar: acarició un rizo castaño que descendía en suave cascada por la sien derecha para reunirse con la ensortijada marea en el hueco que formaba su cuello contra la almohada.

Una vez liberado el bucle, y en lugar de retirar la mano, se permitió acariciar con los nudillos los elevados pómulos y perfilar después el contorno de una mejilla con el cuidado y la delicadeza del beato que se atreve a tocar por vez primera la adorada figura de su deidad.

Acto seguido, recuperó la mano para reunirla sobre la cubierta del libro con su compañera; y al hacerlo de ese modo, recuperó también el dominio de sí mismo.

Había sido un toque fugaz, apenas una breve terneza hacia quien despertaba en su ser una ternura infinita e indescriptible, pero para el corazón de Julian, que aleteó brioso como un colibrí en torno a su preciosa florecilla, semejante liviandad supuso un soplo de vida en medio de la incertidumbre de los últimos tiempos.

Acababa de tocar a un ángel, y aquel leve contacto lo ayudó a mantenerse a flote en medio de la tempestad.

Acercó la silla al lecho y durante algunos minutos se limitó a mirarla en silencio.

Entregado.

Devoto.

Resignado a la realidad de sus sentimientos.

Leal a ellos.

Incapaz ya de silenciarlos.

—Margaret... —tras susurrar su nombre, inclinó la mirada para perderla en la suavidad nívea de aquellas manos indefensas enlazadas sobre el embozo. Deseó tocarlas, deseó apresarlas entre las suyas y besar uno a uno los nudillos de nieve, pero por supuesto no se atrevió más que a rozarlas con la mirada—, el jardín la echa mucho de menos...— elevó la mirada para reposarla esta vez en el rostro hermoso y dulce de la joven durmiente—, los dos lo hacemos, Margaret.

Recordó las lágrimas de la muchacha aquella fatídica tarde y tuvo que silenciarse de golpe, pues sus propias lágrimas, mostrando una impresionante empatía, acudieron prontas a opacar su mirada. Raudo como un suspiro, apretó con fuerza los párpados con el propósito de aplastarlas y contener la explosión de emoción que parecía dispuesta a comprometerlo.

Y continuó recordando, esta vez, la expresión agónica de la joven y la certeza, mucho más agónica todavía, de haber sido él, de algún modo que no alcanzaba a comprender, el causante de tales lágrimas, y un profundo ahogo se instaló en su pecho.

¿Por qué había huido de él a la carrera? ¿Por qué apreció dolor y desespero en los bonitos iris canela? ¿Qué había hecho para disgustarla tantísimo?

No podía callarse por más tiempo; necesitaba liberarse por fin de dudas, temores e incertezas, y solo podía hacerlo ante ella.

Margaret no lo escucharía, pero a él le bastaría con poner en sus labios sus sentimientos más privados y profundos, con liberarlos de la opresión a la que los había sometido en el confinamiento de su

alma, para sentirse vivo, libre, y entender lo que, por entonces, todavía no era capaz de descifrar.

—Margaret... —si iba a expresarse a través del corazón no tenía sentido escudarse en formalismos; por tanto, decidió tutearla—, no creo que ni remotamente alcances a comprender cuán profundamente me has asustado. —No sonaba a recriminación ni mucho menos, era el dolor del alma reflejado en palabras—. Cuando la señora Percy-Barrow me habló de tu enfermedad, de esta fiebre horrible que te mantiene postrada en el lecho... —jadeó, abrumado por la realidad de sus emociones—, por un instante yo retrocedí al pasado y me sentí como el niño asustado que era entonces. Porque una vez más temí perder a quien... se había vuelto tan importante para mí.

Tragó seco, pero alcanzada aquella difícil sima, no tenía sentido detenerse y flaquear.

—He pasado demasiados días intentando averiguar qué hice mal aquella tarde como para empujarte a reaccionar del modo en el que lo hiciste. Te juro que he repasado cada conversación... y sigo sin encontrar la respuesta. —Un jadeo pausado resultó necesario para aligerar el peso que oprimía su alma—. Solo recuerdo tus lágrimas, Margaret, solo recuerdo tu huida desesperada. ¿Qué hice mal? ¿De qué forma te he ofendido? —Exhaló por la nariz, necesitado de redención—. No sé si hago mal al hablarte de este modo, con la sinceridad como ornato de mis palabras, pero llegados a este punto ya no puedo callarme más. Necesito que entiendas por qué insistí en que me acompañaras a Garden Hill y qué propósito encerraba aquella visita guiada. —Llegó el momento de tomar aire y obviar cualquier atisbo de duda o nerviosismo—. ¿Recuerdas que te dije que quería construir un estanque? —Una sonrisa lánguida estiró sus labios—. No era el proyecto imaginario del estanque lo que quería

enseñarte. Tampoco el cenador. Lo que quería mostrarte era mi plan de futuro para la vida, Margaret —se silenció y bajó la mirada—, y con quién deseaba poder compartirla.

Los sentimientos que lo embargaban eran tan intensos que sentía que le faltaba el aire. En busca de respiro y liberación, exhaló a profundidad su interiorizado desespero.

—Margaret... —movió la cabeza en negación para volver a mirarla de nuevo—, nunca podría imaginar a nadie más habitando ese paisaje... y mucho menos imaginaría a otra persona habitando mi corazón.

El silencio selló de nuevo sus labios, y sus palabras quedaron suspendidas en el aire, como el eco vano de un suspiro.

Incapaz de contenerse en medio de la tormenta de emociones que lo sacudía por dentro, tomó arrojos por fin para acariciar con ternura los nudillos de Margaret, asentados sobre el embozo de la sábana.

—Solo ahora comprendo que tal vez mi proceder no estuvo a la altura de lo que esperabas, puesto que tal vez nada esperabas en realidad y tan solo fui un iluso. Perdona, en ese caso, a este iluso y perdona su necedad. Perdóname por sentir tanto y tan profundamente, y perdóname si fui la causa de tu enfermedad. Preferiría mil veces ser yo quien estuviera postrado.

No hubo reacción alguna por parte de la bella durmiente y, por supuesto, Julian ninguna reacción esperaba ya. Tan solo precisaba confesarse ante ella, redimirse si algo había hecho mal, revelarle la profundidad de sus sentimientos —y reconocerlos a la vez ante sí mismo— y rogarle al cielo, y a la propia enferma, fuerzas para sanar.

—Margaret, si por alguna gracia del destino puedes escucharme, me atrevo a pedirte un pequeño favor: mejórate, Margaret, o, de lo contrario, ni Garden Hill ni nuestro pequeño rinconcito de paraíso

tendrán sentido alguno para mí. Jamás podría volver a recorrer esos lugares si tú no estás para acompañarme.

De nuevo tragó seco para esta vez tratar de aligerar el nudo que se había instalado en su garganta.

Un intenso picor tras los párpados anunció el colofón a tantas emociones contenidas y por fin liberadas en medio del silencio de una alcoba en penumbra. Parpadeó con rapidez para ahogar, una vez más y bajo el peso de las pestañas, el desbordamiento de lo que podría fácilmente derivar en un llanto arrollador.

Para tratar de serenarse y centrar sus pensamientos, devolvió la atención al libro que, a modo de salvaguarda, sostenía entre las manos. Parpadeó para clarear la visión y abrió por una página, por una cualquiera, para comenzar a leer con voz débil y pausada.

Julian no lo vio, pero un levísimo espasmo se reveló en el entrecejo de Margaret, mientras que uno de sus dedos, aquel cuyos nudillos había acariciado Julian, tembló apenas.

Capítulo 17

Cuando Julian acudió a Lavender Fields aquella tarde, escoltado por un viento agitado que parecía conceder alas a sus pies —alas que en modo alguno precisaba, pues sabía a ciencia cierta que no existía otro camino que quisiera recorrer— y sobre su cabeza una densa capota de nubes gruesas, violáceas y casi tangibles, supo que su visita no sería como aquellas últimas.

La señora Percy-Barrow lo esperaba en el vestíbulo con una sonrisa radiante ensanchando su anciano rostro y un halo de impaciencia y nerviosismo adosado a cada uno de sus movimientos. Aquella sonrisa inquieta, perdurable y trémula, y aquellos ojos chispeantes, amén de los ademanes intranquilos, pusieron a Julian sobre aviso. No obstante, lo alertaron para bien, pues de tratarse de algo aciago, la anciana no consentiría en sonreír de ese modo y conducirse con semejante brío.

—¡Señor Northwood, tenemos excelentes noticias! —exclamó, confirmando las sospechas de Julian—. ¡Margaret se ha despertado esta mañana bien temprano y no ha vuelto a cerrar los ojos!

Julian solo pudo exhalar una profunda bocanada de aire que se fundió con su sonrisa. Sin duda, ciertamente, aquella era la mejor noticia con la que podían recibirlo.

—¡Es una gran noticia, señora, sin duda!

—Ha tomado un poquito de caldo de gallina y un vasito de reconstituyente, y el buen doctor, que acudió hoy a visitarla, recomendó que se levantara de la cama, que, después de las recientes fiebres, permanecer recluida en un espacio con la atmósfera tan cargada no le resultaría saludable para una pronta recuperación.

Seguía Julian sin poder decir gran cosa, de tan liberado y feliz como se sentía, de tan inflamado como notaba su pecho en base a la dicha que lo invadía. Los cielos lo habían escuchado.

En medio de su felicidad tan solo atinaba a sonreír con la misma perpetuidad que había apreciado antes en la anciana, y a hacer rodar en las manos el ramo de rosas silvestres que conformaba su ofrenda diaria.

—Se ha levantado de buena gana, aunque ha necesitado ayuda después de todo este tiempo postrada —la señora concluyó su explicación con un suspiro entre sonrisas, para añadir acto seguido —: Lo espera a usted en la sala —acercó una mano hacia el costado para indicarle el camino a seguir por el corredor—, puede usted adelantarse, si gusta; me reuniré con los dos en cuanto ordene el servicio de té.

Y con una reverencia, sin esperar repuesta alguna por parte del caballero, la anciana cruzó el vestíbulo para desaparecer por una puerta lateral.

Julian se demoró algunos segundos en reaccionar, pues comprendía que había mucho que asimilar en la información recibida y muchas emociones que gestionar a consecuencia de ella.

Una vez que su mente volvió a engranar con cierta sensatez, siguió las indicaciones de la señora y enseguida encontró la sala, pues de todos modos recordaba perfectamente su ubicación desde

aquella primera reunión con los ancianos, obedeciendo a la invitación de la propia Margaret.

Al pensar en ello le semejó que habían transcurrido muchos meses desde que se produjera.

Todo parecía tan lejano en el tiempo...

Descubrir a Margaret en su propiedad, presentarse ante ella y entablar amistad, crear entre los dos una rutina que se convirtió en esencial con el paso de los días, la primera visita a Lavender Fields, el desafortunado episodio en el parque de Garden Hill, la enfermedad de Margaret, sus visitas diarias, su desespero infinito, la revelación-confesión-asimilación de sus propios sentimientos...

Se detuvo un instante bajo el umbral, sin atreverse a traspasarlo, pues desde su ubicación descubrió de pronto la silueta de Margaret, sentada en un sillón frente al fuego.

La joven no se había percatado todavía de su presencia y miraba las llamas danzantes con una sublime expresión de apacibilidad retratada en su rostro. Recogía el cabello en un rodete bajo sobre la nuca del que se desprendían, como ya era habitual, algunos rizos oscuros que enmarcaban su rostro, y se ataviaba con un sencillo vestido de manga larga estampado con florecillas en color *beige*.

El corazón de Julian se encogió ante tan hermosa y venerada visión y, sin darse cuenta, se encontró apretando con demasiada firmeza el ramo entre las manos.

Se alegraba enormemente de que todo hubiera salido bien, de que Margaret se recuperara y volviera a la vida después de haberla contemplado durante tantas tardes inmóvil.

Después de haber temido lo peor.

Tragó seco.

El corazón golpeaba en su pecho como un mazo contra un cepo de madera.

Porque en medio de su alegría albergaba una preocupación, seguramente pueril, pero que en esos momentos lo inquietaba: ¿cómo debía actuar ante Margaret a partir de ese instante y tras haberle revelado su alma? ¿Cómo debía comportarse cuando había hecho una confesión tan sentida y tan sincera?

Cierto que ella había permanecido inconsciente durante sus visitas y, por supuesto, también permaneció en ese estado cuando él se desprendió de su corazón para mostrárselo en la mano, aún prolijo en latidos.

Pero ¿acaso en medio de las brumas de la inconsciencia habría podido llegar *algo* a sus oídos, un eco vago tal vez, o la confesión completa de sus sentimientos? ¿Sabría ella algo de cuanto él había hablado? ¿Era consciente de lo que él estaba sintiendo?

En medio de tan atropellada sucesión de pensamientos y dudas, algún ruido o movimiento debió de hacer para que Margaret lo percibiera tal vez por el rabillo del ojo, pues en ese instante ladeó el rostro en su dirección.

Sus miradas se encontraron para enlazarse en la eternidad que encierra un segundo.

Por fortuna para el corazón colapsado de Julian, la reacción de Margaret al descubrirlo fue la de ofrecerle una dulcísima sonrisa.

—Julian... —susurró en tono suave, tal y como susurrarían los ángeles si tuvieran que manifestarse ante un humilde mortal.

Se obligó Julian a reaccionar, a riesgo de presentarse a sí mismo como un auténtico necio o como un individuo patético.

Sonrió, pues aunque se sentía profundamente inquieto, no podía actuar de otro modo ante ella, más que con la sonrisa en los labios y la ternura en la mirada.

—Margaret, ¡qué alegría encontrarla restablecida!

La joven sostuvo su plácida sonrisa, y también continuó con la

mirada prendida en Julian.

—Entre, no se quede ahí... —pidió, y acto seguido señaló un asiento cerca de su sillón—. Siéntese a mi lado, se lo ruego.

Julian obedeció.

De inmediato le ofreció el ramo de rosas, que Margaret recibió ampliando la sonrisa y regalándole la visión de sus propias rosas estallando en las mejillas. ¡Cuánto había añorado Julian la adorable contemplación de aquellos rubores adornando de forma constante el bonito rostro cereza y leche!

Margaret acercó el ramo para hundir el rostro en él y aspirar a profundidad su fragante aroma.

—Son *nuestras* rosas... —suspiró con deleite.

Pareciera que el universo no tuviera a bien ofrecer tregua para el corazón de Julian, pues la referencia de Margaret a *nuestras rosas* volvió una vez más a desarmarlo. Y acto seguido, a sumirlo en un intenso arrebato emocional.

—Me alegro muchísimo de verla bien, Margaret —dijo, consciente de estarse repitiendo en cuanto decía, o de imitar al necio del que pretendía alejarse—, me había asustado tanto... —Y calló de golpe.

Calló, con el corazón en feroz aleteo, porque palabras similares habían sido las empleadas para iniciar la tarde anterior su discurso revelador.

No obstante, Margaret no pareció reaccionar con reconocimiento ante dicha mención, por lo que Julian, al cabo de un breve lapso de tensión y contención del aliento, se permitió un pequeño relajo.

—Lamento haberlo asustado, Julian —dijo la joven, ajena a las turbulencias emocionales de su acompañante.

Y durante algunos segundos ambos permanecieron en silencio, con las miradas enlazadas y las sonrisas prendidas en el alma y el

corazón del otro. Segundos que abrazaron la eternidad y los mantuvieron anclados en una mutua, sentida y silenciosa observación.

Fue Margaret quien, con una sonrisa apenas perceptible, se animó primero a romper aquel silencio que ninguno de los dos parecía dispuesto a abandonar, para regresar al valioso momento presente.

—Estas rosas son preciosas, tan bonitas que parece que la madre naturaleza las hubiera esculpido en porcelana. —Volvió a aspirar su aroma y sonrió.

—En verdad lo son, y han brotado muchísimas a lo largo de esta semana —informó Julian con una sonrisa, deseoso de aligerar la tensión que sentía (¿solo él?) flotando en el ambiente—, le agradará saber que ya cierran por completo el arco de madera sobre el que se sostenían.

—Deben de formar un lienzo precioso —suspiró, con el rostro aún entre los suaves pétalos. Entonces alzó despacio la cabeza para mirar a su acompañante—. Muchas gracias por las flores que me ha traído a lo largo de todos estos días; las he visto en mi alcoba y tía Dorothy me dijo que habían sido ofrenda suya, que venía usted cada día con un ramo para mí. —Silencio. Suspiro prolongado—. No tengo palabras...

Julian cabeceó, agradecido. Temblaba como un junco verde.

—Usted no necesita palabras... conmigo... no las necesita —respondió con una sonrisa. Y de nuevo un silencio extraño, por intenso y vinculante, se instaló entre los dos. Tras una respiración profunda, añadió—: Si usted no podía acudir al jardín, lo natural era que el jardín acudiera a usted...

—Y por supuesto usted no podía dejar de acercarlo a mí. —Lo miró con la misma extraña intensidad sostenida desde el inicio de la

conversación, y Julian notó cómo las precarias defensas que todavía se esforzaba en mantener en pie descendían silenciosamente.

***

Tía Dorothy se reunió con ellos poco después, perfectamente escoltada por un completo servicio de té en el que no faltaban las pastas de sésamo y mantequilla o los emparedados de pepino.

Para deleite de su devoto séquito, Margaret degustó por completo su taza de té, y aunque no se animó con ningún acompañamiento sólido, el hecho de que aceptara la infusión tibia supuso una gran alegría para todos.

En ese estado de placidez y complacencia tras los angustiosos días recientemente padecidos, vieron sucederse la tarde, disfrutando de la agradable compañía frente a un confortable fuego que lanzaba de cuando en cuando sonoros chasquidos al aire; la perfecta banda sonora para una velada encantadora.

Y mientras Dorothy hablaba con la naturalidad de siempre, una forma quizá como otra cualquiera para que la buena mujer tratara de aligerar la tensión de los últimos tiempos y acercara al instante la pretendida normalidad, Julian descubría una y otra vez los ojos de Margaret reposando sobre él.

Bastaba que él levantara los suyos para que Margaret descendiera la mirada de golpe y la fijara en las manos enlazadas sobre el regazo, en el suelo alfombrado o en cualquier punto de la sala en realidad, siempre perfectamente escoltada de rubores.

Pero apenas transcurrían unos segundos, allí estaban otra vez aquellos dulces iris canela, observándolo con la misma silenciosa insistencia. Como si lo viera por vez primera.

Y resultaba tan intensa, tan profunda y tan distinta la mirada de

Margaret de aquellas otras primeras miradas tímidas que ella le había dedicado en el jardín, siempre adornadas de curiosidad y admiración, que no pudo menos que sentirse, una vez más, completamente desarmado.

Y confuso.

Y temeroso.

Daba la impresión de que Margaret pudiera leer en su alma.

Un alma que él mismo le había revelado el día anterior.

Parecía que aquellos ojos dulces pudieran ya verlo por completo.

A él, al niño que fue y al hombre que era ahora.

Dorothy observaba aquel intercambio de miradas y sonreía para sí.

La vida se abría paso en silencio, del mismo modo pausado y amable en el que se abren paso las yemas de la camelia al final de la estación, ante sus propios ojos y con una inocencia encantadora.

Y era completamente apropiado.

Aquellas dos almas que la acompañaban se complementaban tan intensamente, y con un ajuste tan obvio, que resultaba conmovedor comprobar cómo los principales implicados parecían ser los únicos en no percatarse de ello.

Cuando la visita tocó a su fin y Julian anunció que se retiraba, no sin antes prometer que regresaría al día siguiente, Margaret sorprendió a todos al decir que le gustaría acompañarlo hasta el vestíbulo.

Tía Dorothy señaló que no debía agotarse demasiado el primer día que abandonaba el lecho, pero su insistencia fue muy débil en realidad, pues al fin y al cabo el que deseara acompañar a Northwood hasta la entrada suponía un avance —¡otro más!— en el camino de su recuperación.

Ayudada de un bastón, caminó del brazo de su tía hasta el

amplio vestíbulo; una vez allí, Dorothy enarboló la excusa de necesitar dar ciertas indicaciones a una doncella que, muy oportunamente, pasaba por el lugar, para conceder unos segundos de intimidad a la pareja y alejarse con la doncella por una puerta lateral.

Parados bajo el umbral uno frente al otro, sin decirse nada y limitándose, tal y como llevaban haciendo toda la tarde, a mirarse con imperturbable intensidad, resultaba obvio que ninguno de los dos encontraba el coraje necesario para despedirse.

Pero la despedida era algo que debía suceder, y así debía hacerse, bajo la amable promesa de volver a reunirse a la tarde siguiente.

—Estoy deseando sentirme fuerte otra vez para poder salir y visitar el jardín. —El tono suave en su voz encerraba un anhelo evidente.

—Y yo estoy deseando que pueda hacerlo —apuntó Julian—, para ser capaz de disfrutar en su compañía de las lánguidas tardes de agosto bajo la sombra del nogal, escoltados por las fragancias de la lavanda y la madreselva.

Margaret exhaló a profundidad y cabeceó, sonrisa en los labios, evocando en su cabeza semejante escena.

—Confiemos en que pronto pueda suceder, si acaso no le importa a usted acoplarse al paso lento de una inválida...

Por toda respuesta, Julian sonrió con amplitud.

—Será un honor, como lo ha sido siempre, acompañarla, Margaret.

Con una reverencia sutil, y ayudada siempre del bastón, Margaret le ofreció la consabida reverencia a modo de despedida. Julian correspondió con el acostumbrado cabeceo.

Y una vez que se dispuso a traspasar el umbral, cuando ya su

espalda se ofrecía al interior de la vivienda y el atrio de Lavender Fields se presentaba ante sus ojos bajo las luces oblicuas del ocaso, las palabras de Margaret, apenas susurradas, llegaron hasta él como la suave fragancia de una flor.

—Me gustaría comprobar el estropicio que ha hecho usted con la adelfa usando mis tijeras de podar...

Al escucharlas, su corazón galopó en la cavidad del pecho como un corcel de batalla en plena contienda.

Él nunca había hablado con Margaret de la adelfa ni de la poda discriminada a la que la había sometido en su ausencia.

Salvo...

Salvo aquella tarde, junto a su lecho, mientras ella permanecía inconsciente bajo el sopor y la debilidad de las fiebres, cuando creyó que no lo oía.

Se volvió muy despacio.

Petrificado.

El corazón ya no diferenciaba latidos, convirtiéndose su sentir en una única y sonora pulsación agónica.

Sus ojos se encontraron de nuevo.

Margaret no desvió su mirada, al contrario: la sostuvo con una firmeza inquebrantable.

En sus labios se deslizó una sonrisa apenas insinuada, como la que mostraría la niña que trata de repente de celebrar su inesperada travesura.

Capítulo 18

Julian deambulaba por la estancia con el paso urgente y porfioso del demente, cuyo obcecado propósito tan solo él reconoce.

De hecho, si los suelos de la habitación no hubieran sido de madera noble, tal y como lo eran, perfectamente hubiera trazado ya un profundo surco sobre su superficie después de su incansable recorrido llevado a cabo durante la última hora.

El truculento mar de dudas en el que se había visto atrapado en los últimos tiempos acababa de aplacarse por completo para reflejar una superficie lisa y casi del todo espejada.

Pero la ausencia de oleaje no concedía sosiego al espíritu de Julian.

¡Ni mucho menos!

Ya no albergaba dudas, tampoco desconfianzas.

Cierto.

Había revelado sus sentimientos a través de una declaración que, si bien no había obedecido a la ortodoxia esperada en una declaración tradicional, sí resultó lo suficientemente clara, sincera y sentida como para revelar en pocas palabras aquello que había nacido y crecía en su corazón con la rotundidad de un brote nuevo que horadaba la tierra para emerger hacia el sol.

Con ello se había liberado.

Era lo que pretendía.

Y esa misma tarde, habida cuenta de lo que le había dicho al despedirse en el vestíbulo de Lavender Fields, Margaret había demostrado poseer más información de la que él había esperado.

Su mención a la adelfa no dejaba lugar a dudas.

¿Habría escuchado también su confesión durante aquella última tarde de inconsciencia?

Quizá no palabra por palabra, puede que se sintiera demasiado débil para mantenerse atenta a cada una de ellas, pero seguramente sí habría atendido lo suficiente para entender su alma ya por completo revelada.

Ya no había lugar a dudas, ni en un corazón ni en el otro.

—¡Oh, cielo santo bendito!

Comprender esto lo llevó a paralizarse de golpe en medio de la sala, alzar la mirada al frente y observar por un eterno segundo algún invisible átomo flotante que se balanceara en el haz oblicuo de luz plateada que se colaba por entre los pliegues de las cortinas, aprovechando la presencia de la diosa Selene en la atmósfera nocturna.

—¿Qué vas a hacer ahora, Julian? —susurró al vacío que lo rodeaba, y que engrosaba los claroscuros de la biblioteca en la que llevaba encerrado desde que regresara de Lavender Fields—. ¿Qué demonios vas a hacer?

En respuesta, la imagen de Margaret se presentó en su magín, llenándolo todo, ocupándolo todo.

Sus ojos color canela, grandes y siempre abiertos a la curiosidad y al descubrimiento, lo miraban con fijeza. Aquella tarde transmitían una emoción distinta, por enigmática y desconocida.

Su rostro de luna llena, su hoyuelo en la barbilla, las pecas que

salpicaban su nariz revelando su amor por la vida al aire libre... y esos rizos traviesos que se liberaban continuamente de la opresión de las horquillas y del refugio impuesto bajo el bonete.

Recordó la osadía —necesaria para su alma— de enroscar su dedo alrededor de uno de aquellos rizos, a modo de sutil caricia, y la forma en la que prolongó la terneza acariciando después los pómulos de porcelana.

Una sonrisa sistemática estiró los labios de Julian ante el recuerdo afectuoso que le ofrecía semejante evocación; pero la evocación enseguida acudió acompañada por la imagen en movimiento de la joven mientras caminaba por el jardín con la ligereza de una ninfa, o mientras se arrodillaba con absoluta disposición, las manos hundidas en la tierra y la sonrisa en los labios en tanto trasplantaba bulbos, y desde esa posición elevaba la mirada hasta el Julian que la observaba siempre atento y admirado, aquel Julian que se deleitaba con las manchas de tierra que apreciaba en el bonito rostro femenino y que la volvía más hermosa de lo que los polvos de arroz podrían volver a cualquier encumbrada señorita...

... y la sonrisa poco a poco declinó hacia un suspiro.

Porque acababa de comprender —o tal vez hacía ya tiempo que lo había comprendido en realidad, tan solo no había sido capaz de admitirlo con plenitud en su entendimiento— que sus paseos por el jardín ya no bastaban.

Tampoco era suficiente agasajarla con flores cada día, tratando de realzar el vínculo que hasta entonces habían compartido.

Ya no bastaba con leer en silenciosa compañía en el invernáculo.

Ni con planificar juntos las futuras ubicaciones de plantas, árboles, fuentes o estatuas...

Aquella amistad tan profundamente enraizada en su alma ya no resultaba suficiente.

Y tampoco resultaba ya alentador pensar en la posibilidad de que se quedara en Willowford al terminar el verano en lugar de regresar a su Berkshire natal, si el lugar escogido para quedarse era Lavender Fields.

Ya no.

No bastaba con soñar despierto, con limitarse a anhelar.

Había llegado el momento de actuar.

De dar un paso al frente.

De atreverse a sostener por vez primera aquella hermosa rosa entre los dedos, en lugar de conformarse con admirarla desde la distancia.

Tragó seco.

Apretó los puños a los costados e inhaló a profundidad por la nariz.

La decisión estaba tomada.

Capítulo 19

Margaret permanecía tumbada boca arriba en la cama, con las manos cruzadas sobre el embozo de la sábana y la mirada fija e inamovible en los elaborados artesones del techo, que formaban una hermosa cuadrícula tallada sobre la estancia.

Mantenía la misma posición en la que había gastado cada día durante su enfermedad.

A diferencia de que en esos momentos se encontraba completamente despierta, con los ojos tan abiertos como los de un búho y la cabeza en absoluta revolución.

No como entonces, cuando el sopor de la fiebre la invadía y el cansancio posterior a consecuencia de esta la mantenía debilitada y somnolienta.

Aunque no por completo privada de los sentidos.

Tumbada boca arriba, despierta, insomne y con el corazón en plena sublevación, se permitió recordar —no podría resistirse a ello en modo alguno, pues de hecho los recuerdos actuaban con autonomía propia y parecían dispuestos a imponerse por sobre cualquier intento de razonamiento o limitación— escenas acontecidas en aquella misma alcoba, encontrándose ella en idéntica posición, días atrás.

Recordó la fragancia suave de las flores que llegó hasta ella en volandas de cada pausada respiración, de cada leve suspiro.

Enredada en la espesa telaraña que conformaban las brumas de su memoria reconoció el olor de las salicarias, de la lavanda, el dulzor del espliego y de la salvia. ¿Cómo resistirse a ello o ignorarlo?

Y por un instante que no supo calibrar, pues el tiempo había dejado de existir en aquel espacio oscuro en el que había permanecido atrapada, creyó encontrarse de nuevo en el jardín, quizá adormecida bajo el nogal, quizá bajo el arco de madera donde se ensartaban las rosas silvestres.

Pero también el sentido del oído había permanecido despierto y capaz, pues, aunque todavía inmovilizada por la telaraña de la inconsciencia, creyó escuchar y reconocer una voz suave y varonil que parecía susurrar en su oído los más hermosos versos que recordaba haber escuchado jamás.

Reconoció la voz de Julian recitando para ella en medio de la negrura y del silencio, y su declamación era tan perfecta, tan sentida y tan mágica que las lágrimas acudieron prestas a congregarse tras los párpados.

Se acordó de ese picor intenso y de la emoción que la embargaba ante el reconocimiento de una voz tan querida y tan profundamente admirada.

Y aunque se moría por abrir los ojos para poder contemplar el hermoso rostro de Julian mientras leía aquellos versos para ella, la imposibilidad de hacerlo la hizo sentirse tan terriblemente desdichada, tan dolorosamente impotente, que el peso sobre su corazón la obligó a sucumbir de nuevo a la negrura.

Se concedió una profunda inhalación para atemperar los nervios —que ante semejantes evocaciones regresaban para continuar atormentándola como lo hicieran en su día— antes de entregarse a

una nueva y agitada oleada de recuerdos, a las sensaciones que bullían en su alma y que habían nacido y prosperado en medio de la oscuridad impuesta por su dolencia.

De ese modo, recordó la alegría que hizo cabriolar su corazón ante los informes que Julian le ofrecía del jardín.

Él nunca había sido por demás hablador; por eso, el hecho de comprobar con qué soltura se expresaba a la hora de referir los progresos de *sus* plantas la hizo en extremo feliz.

Las dedaleras crecían por todas partes...

Su alma rio en ese momento ante la incapacidad de que lo hicieran los labios, pues se figuró al propio Julian tratando de contener la imparable marea de dedaleras, con seguridad también de salicarias y lirios amarillos, que debían propagarse imparables por cada rincón.

Y aunque Julian era un botánico culto y capaz, no alcanzaba tal vez a comprender que la verdadera esencia de un *cottage*, la verdadera belleza de este obedecía a una naturaleza desordenada donde las plantas crecieran a su libre albedrío para formar parterres de color y aroma. Ellas mismas debían escoger su ubicación y propagarse con libertad, la única tarea de sus cuidadores era mantenerlas sanas y contentas.

¡Y qué risa y qué alboroto en su alma y en su corazón cuando recreó la imagen que Julian le había ofrecido de sí mismo, tijeras de podar en mano, tratando de domar a la indomable y desgarbada adelfa! ¡Qué ganas de comprobar de primera mano su pericia y qué lástima no haberlo podido observar durante el proceso!

En contraposición al júbilo experimentado ante tales remembranzas, suspiró a profundidad cuando evocó la mención de él a la peonía que ella le había regalado para que lo acompañara a Garden Hill, y recordó especialmente cómo las lágrimas volvieron a

congregarse tras los párpados ante las palabras de Julian mientras refería que la peonía se había convertido en su amiga y confidente.

Y en un momento dado, quién sabía cuánto tiempo había pasado, si tal vez horas, días o acaso una eternidad —en el limbo de inconsciencia y negrura bajo el que permanecía sepultada resultaba complicado calibrar algo tan efímero como el tiempo—, percibió algo que avivó su ser e hizo zumbar su aletargado corazón con idéntico brío con el que un colibrí agitaría sus alas frente a las más hermosa de las orquídeas.

Percibió un leve roce en su pelo.

Creyó al principio que lo había soñado, porque algo así resultaría tan maravilloso que se negaba a admitirlo como real. Pero al instante percibió un liviano toque en una mejilla, algo muy sutil, como el soplo suave de la brisa en la cara o como el aroma de un dulce recién horneado al sacarlo del horno.

Dos caricias no podían formar parte de un sueño... ¿o sí?

Aún no se había recuperado del impacto que ese breve contacto había supuesto a su alma cuando las palabras de Julian, apenas susurradas, pero tan cargadas de emoción y sentimiento que resultaría imposible no conmoverse de un modo u otro, llegaron hasta ella para sumarse a los briosos latidos de su corazón y acompañarlos en un único compás.

Porque, conforme Julian había hablado, sus palabras la hicieron comprender, con una claridad que superaba a la del sol al amanecer, todo cuanto había pretendido decirle aquella tarde y que ella no había sabido ver.

¡Cuán profundamente equivocada había estado al mal entender sus propósitos!

Nunca había habido otra.

Ni Ophelia Jones ni ninguna otra.

¡Qué necia había sido! ¡Qué completamente boba y niña al desesperarse sin motivo! ¡Qué insensata e imprudente, qué necia y voluble! ¡Qué imagen había ofrecido ante un caballero como él!

Y mientras escuchaba sus palabras, y padecía en afligido silencio su conmoción ante ellas, un nuevo roce en los dedos la obligó a reaccionar, a luchar a manotazos contra la densa telaraña que aún la retenía.

Luchó, peleó y trató de zafarse. Incluso creyó hacerlo en algún momento, pues podría asegurar que logró mover los ojos y los dedos.

No obstante, a la vista de que todo continuaba igual de oscuro y silencioso que al principio, si no más, concluyó que en efecto debió de tratarse de un sueño, de una travesura pérfida a la que la sometían los delirios febriles, o tal vez de una broma pesada por parte del destino.

Nada había sido real, su mente delirante la había engañado. Sus propios deseos, aunque silenciados y secretos, la habían delatado.

Cuando abrió los ojos y descubrió los ramos de flores en la mesita al lado del lecho: las salicarias, la lavanda, la salvia y los gladiolos anaranjados, cuando descubrió también el pequeño poemario de Burns reposando a un lado entre los jarrones, comprendió que no lo había soñado y las lágrimas descendieron por su rostro como el agua brota en cascada de un surtidor.

Imparables.

Comprendió que nunca había permanecido sola.

Que Julian había estado a su lado todo ese tiempo.

La realidad se presentó de golpe ante sus ojos recién desperezados para hacerle entender la única verdad que podía existir: no quería seguir dormida.

Debía hacer algo.

Despertar de una vez.

Dar un paso al frente.

Quería, necesitaba sentirse viva y hacer realidad lo que consideró un sueño.

No podía continuar escudándose tras los silencios y la timidez.

Si Julian se había atrevido a mostrarle su corazón y cuanto en él habitaba, ella debía actuar en consecuencia y atreverse a recibirlo.

Capítulo 20

Una incesante lluvia, secundada por una sucesión intermitente de tormentas pertrechadas de rayos y truenos en abundancia, descendió sobre Willowford durante tres días consecutivos, convirtiendo de golpe aquel bucólico rinconcito de campiña en una acuarela humedecida, con sus distintas alternancias de tonalidades verde y marrón, en apariencia diluidas, sobre el lienzo en el que la mano divina las había hermosamente trazado.

De ese modo y debido a la lluvia que no cesaba, Margaret, quien había empezado a recuperar el ánimo y una cierta fortaleza física, se vio imposibilitada —esta vez por el clima adverso— en su deseo de abandonar los muros de Lavender Fields para disfrutar las delicias del exterior.

Ciertamente se moría de ganas por salir a caminar campo a través, de recorrer los senderos de tierra horadados a profundidad por el trasiego de los carruajes, saltando con gracia del elevado caballete verde a las rodadas que descendían a ambos lados; anhelaba poder caminar bajo el suave rumor de los árboles, escuchando el canto del viento entre el follaje y los trinos jubilosos de los pajarillos que allí se guarecían, con los ojos cerrados y los sentidos avivados.

Y ardía en deseos especialmente de regresar al jardincito, a su pequeño paraíso privado, para cuidarlo de nuevo, disfrutar de su esencia y sentir todo cuanto, sabido lo que ya sabía, era consciente de que sentiría encontrándose otra vez tras la mágica belleza que encerraban sus muros de piedra y el ejército de sauces blancos que lo custodiaba.

Pero por lo visto debía mostrar paciencia y resignación, pues tía Dorothy y tío Arnold habían señalado que el jardincito debía de encontrarse a esas alturas, y a causa de la lluvia incesante, por completo impracticable, habida cuenta de cómo se encontraba todo allá afuera, bajo la densa profusión de nubes violáceas y de su imparable llanto.

Albergaba al menos la esperanza de que Julian acudiera a visitarla, tal y como había hecho durante su enfermedad y, de ese modo, pudieran tal vez hablar de todo cuanto habían callado, de todo cuanto ambos maceraban en su interior.

Sabía que existía una conversación pendiente y que ya no guardaba sentido alguno tratar de ignorarla o de posponerla, aunque los nervios la comieran viva ante la sola perspectiva de llevarla a cabo.

Pero debía hacerse.

¿O acaso debían contentarse con ser únicamente amigos?

No cuando su corazón clamaba por algo más grande y más intenso.

Lo había sabido desde el momento en el que, durante la última visita de Julian, no había podido dejar de mirarlo durante toda la tarde, con una intensidad y un anhelo que lo retrataban a sus ojos de una forma en la que, hasta el momento, jamás lo había considerado; y, en particular, lo supo en el mismo instante de la despedida, cuando ella hizo aquel comentario acerca de la adelfa

que hubo de demostrarle a Julian todo cuanto sabía y que él no había esperado, tal vez, que supiera.

La mirada del joven entonces habló mucho más de lo que podrían hacerlo las palabras.

Pero, para su sorpresa y completa desilusión, Julian no se presentó mientras perduró la lluvia: tres largos días de ausencia con sus consiguientes noches de desvelo y cavilación.

Parada de pie frente a los amplios ventanales de Lavender Fields, mientras sus tíos permanecían entretenidos en sus respectivos pasatiempos y un generoso fuego crepitaba a su espalda, Margaret dedicó horas completas a contemplar el exterior, con un anhelo en mente y una agonía en su corazón.

Julian no aparecía.

«Tal vez se arrepienta...».

Semejante posibilidad se presentaba de tanto en tanto en su cabeza, aun sin invitación y quizá a causa de los rescoldos que la inseguridad experimentada durante su fatídica visita a Garden Hill todavía pretendía hacerle sentir.

Trataba entonces de serenarse, de bracear en medio de la marejada de dudas e incertezas que la rodeaban para mantenerse a flote y asomar la cabeza por sobre la superficie del agua.

Y respirar.

No podía volver a caer en el mismo error, no podía pecar de boba y malpensar otra vez. No, cuando había escuchado la más perfecta explicación de labios del propio Julian.

«No seas necia, Margaret, él ya ha hablado y tú lo has escuchado...».

Pero, precisamente porque conocía el carácter sensato, reservado y prudente de Julian, las dudas regresaban a su cabeza una y otra vez para continuar atormentándola, aunque con un

enunciado un poco diferente en esa ocasión:

«Quizá, y tras haberlo madurado con el correr de los días, se arrepienta de lo que dijo en su momento. Quizá sus palabras obedecían entonces a la compasión que le inspiró mi enfermedad. Quizá se precipitó en base a un exceso de sentimiento y ternura... quizá...».

Desde su posición frente al fuego, y aunque parecía entretenida con el baile cadencioso de las llamas y la somnolencia que esta provocaba, tía Dorothy permanecía perfectamente atenta a la actitud lánguida de Margaret y a la decepción que reflejaba su mirada —aunque ella siempre se esforzara en disimularla— ante la ausencia de Julian Northwood.

A pesar de haber dado muestras de una entereza formidable, y de una gran fortaleza a la hora de superar su reciente enfermedad, era obvio que Margaret no dejaba de ser una muchachita y que vivía y sentía todo con gran intensidad. Como debía de sentirse la vida, al fin y al cabo.

Dorothy podía leer a través de ella con suma facilidad, de tan trasparente y sencilla como era aquella joven, y sabía que su corazón había elegido, quizá sin haberlo esperado o pretendido, pero una vez alcanzada dicha elección, resultaba imposible no rendirse a ella.

Por otra parte, era obvio también que el joven Northwood bebía los vientos por Margaret, así que, ¿qué había de malo en tratar de ayudar a dos corazones indecisos, a riesgo de que acabaran perdiéndose en un océano de bruma a causa de un exceso de prudencia o indecisión?

Sería solo un leve empujoncito por su parte para acercar los caminos de dos almas que, ya por sí mismas, caminaban la una en dirección a la otra, pero que por caprichos del destino parecían

haberse tomado demasiado tiempo en el proceso.

Determinó que, a la vista de la inacción de los últimos días, desafiaría a la lluvia y daría un paso al frente para acercar a aquellas dos almas inseguras.

***

Julian, al contrario de lo que pudieran haber pensado tía Dorothy o la propia Margaret, no había permanecido inactivo, y mucho menos atrapado en el mar de dudas en el que, erróneamente, lo habían situado.

Durante esos tres días en los que la lluvia imposibilitó el regreso de Margaret al jardín, tal y como la joven había manifestado que era su deseo, Julian se impuso a la climatología adversa para acudir él mismo cada día al lugar, aun a pesar de la lluvia incesante que lo calaba hasta los huesos y entorpecía sus pasos, para prepararlo a conciencia en pos de recibir a la muchacha.

¡Por supuesto que había estado tentado a acudir a Lavender Fields a diario! De hecho se moría de ganas y de desespero por volver a trazar cada día, ¡decenas de veces al día!, aquel camino que sus pies ya conocían de memoria y que su mente trazaba incluso con los ojos cerrados, pero se obligó a razonar que cada hora dedicada a visitar a Margaret sería una hora menos dedicada al jardín que deseaba entregarle.

De ese modo, sereno, entretenido y equipado de ilusión, se ocupó de despejar y barrer la hojarasca y los pétalos empapados que ensuciaban el sendero de terracota, se cuidó de podar o tutorear algunas ramas que la lluvia había vencido e incluso con una azada abrió canales para que el agua estancada corriera y no encharcara el campo.

Quería hacerlo por ella. Para ella. Para que a su regreso tras la enfermedad lo encontrara tal y como lo había dejado. Para que aquel rinconcito se convirtiera en una pequeña pero importante parte del hogar que él quería ofrecerle.

Y cualquier inclemencia resultaría aceptable con tal de ver sonreír feliz a Margaret... a su lado.

La última tarde de trabajo, en la que el cielo pareció conceder una pequeña tregua a los infelices mortales que moraban bajo su cúpula grisácea, accediendo a resquebrajar su gruesa moldura nubosa para permitir el paso de tenues rayos de sol, Julian recibió una visita inesperada en el jardín.

Procedía de Lavender Fields, aunque no era Margaret.

La señora Percy-Barrow apareció sola, abrazada por un chal de lana ligera que rodeaba sus hombros y protegida la cabeza por un sombrero de tela que cubría la cofia de seda. En la mano, por precaución, portaba un paraguas que mostraba sobre su superficie restos de humedad.

No había esperado visita, por lo que el hecho de ser sorprendido por una dama, con la ropa mojada, sucia y pegada al cuerpo, en informales mangas de camisa remangadas a la altura del codo, despojado de chaqueta y chaleco, con el pelo revuelto, las botas manchadas de barro hasta media caña y el pantalón por completo echado a perder, no era algo que resultara del agrado de su vanidad, después de todo.

Pese a ello, supo recomponerse a tiempo para ofrecer la debida reverencia de cortesía con toda la dignidad que fue capaz de hallar en su interior.

—Señora Percy-Barrow —saludó—, ¿cómo se ha aventurado usted a salir a pasear con este tiempo? —Al momento se cuadró, tenso—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Margaret... —de nuevo se corrigió con

urgencia—, la señorita Ashford...?

La anciana lo miró un instante, consciente una vez más de un lapsus que resultaba perfectamente delator, en parte y precisamente por la premura concedida a corregirlo.

Julian Northwood se encontraba tan completamente empapado como un ganso recién salido de su estanque. Miró la anciana en derredor y comprendió de una vez el motivo de su ausencia durante los últimos tres días: había estado trabajando —¡él mismo, un caballero, sin intermediarios!— para arreglar el jardín. La comprensión la invadió de golpe para arrancarle una gran sonrisa.

—¡Oh no, no se preocupe! Todos gozaban de perfecta salud cuando abandoné Lavender Fields —se apresuró a añadir, para tranquilidad del caballero—. Salí a realizar una visita de caridad y decidí pasarme por aquí... —una sonrisa traviesa estiró sus labios—, como hace tantos días que nos mantiene usted privadas de su compañía... quería comprobar si se encontraba bien. —Le dedicó una mirada fuerte y cargada de intención—. Temí que se hubiera asustado usted.

Julian exhaló con profundidad. Una sonrisa acudió también a sus labios mientras sostenía la mirada de la anciana, captando en el acto su insinuación. A continuación se llevó una mano a la nuca para apretar con fuerza y tratar de aliviar la carga de sus cervicales.

—No soy un hombre que se asuste con facilidad, señora —señaló.

La anciana recibió la respuesta ampliando su sonrisa y cabeceando en asentimiento.

—Me alegra saberlo, señor Northwood.

Julian señaló con el brazo a su alrededor.

—He estado... un poco ocupado, me temo.

—Ya lo veo —acto seguido, manteniendo su intención—, y estoy

segura de que a Margaret también le encantaría verlo. El doctor ha indicado que le haría bien empezar con los paseos cortos y... no hay mucha distancia desde Lavender Fields hasta aquí...

No dijo más. No hizo falta.

Julian comprendió.

—Le esperamos con gusto, señor Northwood, venga tan pronto como le sea posible. —Manteniendo la sonrisa, la anciana le dedicó una reverencia a modo de despedida.

Julian cabeceó la suya y permaneció inmóvil mientras reseguía con la mirada los pasos de la mujer.

Capítulo 21

Al día siguiente, la lluvia incesante y la tormenta que sacudió durante días un escenario tan encantador quedaron relegadas al recuerdo de todos los habitantes del lugar.

Como suele acontecer en tales circunstancias, el nuevo día amaneció con un sol resplandeciente que dotaba al paisaje de una luminosidad que irradiaba desde la bóveda azul intensamente límpida para deslizarse y alcanzarlo todo y por todas partes.

Un brillo imparable hacía refulgir la bucólica acuarela que ofrecía la campiña a principios de agosto, destacando los habituales tonos verdes gracias a la humedad todavía imperante de los últimos días.

La tierra olía a humedad y a vida, las fragancias florales reptaban por la atmósfera limpia y fresca con gran cadencia y los pajarillos gorjeaban con más brío del habitual, satisfechos de poder salir al mundo sin necesidad de empapar sus hermosos plumajes.

Margaret, enlazada su mano en el brazo que Julian le había ofrecido a modo de agradecido apoyo y empleando un bastón en la mano contraria para facilitar su avance, traspasó por primera vez en muchos días la conocida cancilla de forja.

Habían caminado muy despacio los dos desde Lavender Fields, sin prisa, porque por vez primera parecía no existir urgencia alguna

ni en sus ánimos ni en sus corazones. Recorrer en mutua compañía el campo y adentrarse juntos en aquel bonito pedacito de paraíso parecía ser lo más natural del mundo para ellos. Algo tan inevitable y natural que no podría ser concebido de otro modo ni con un sentimiento distinto.

Una vez en el jardín, Margaret se liberó despacio del apoyo dispensado por Julian y así, mientras él permanecía en pie, parado y observándola como el más fiel de los devotos, ella principió a caminar contemplándolo todo con idéntica fascinación a la experimentada aquella lejana primera vez.

Margaret, en efecto, lo miraba todo con gran deleite, y mientras descubría y reconocía con cada paso los ya familiares parterres, los arbustos en flor y cada discreto rinconcito, los labios se curvaban poco a poco hacia arriba en el esbozo de una sonrisa plena.

—Bienvenida de nuevo al jardín, Margaret —dijo Julian, todavía inmóvil en su posición, varios pasos por detrás de ella, atento siempre a cada movimiento.

La joven no respondió de inmediato.

Continuó caminando y acariciando apenas con la yema de los dedos las fragantes espigas de lavanda, las verdes y gruesas hojas de las hortensias y hasta las blancas caperuzas de las calas. La sonrisa se mantenía presente en sus labios.

—Gracias a usted nunca he dejado de estar aquí, Julian —respondió—, o de estar él cerca de mí, en realidad.

Detuvo de pronto su absorto deambular para mirar a un punto cercano frente a ella. Al hacerlo de ese modo, la sonrisa se amplió hasta derivar en una risita suave. Julian siguió la dirección de su mirada y, comprendiendo, sonrió a su vez.

—Me alegra comprobar que la adelfa ha conseguido sobrevivir a su poda...

Julian meneó la cabeza en negación, sonrisa en los labios.

—No sea usted severa, Margaret —se quejó, divertido—, lo hice lo mejor que pude.

Margaret se volvió despacio, rodando apenas la cintura, para prender en él su mirada. La sonrisa esbozada segundos antes se desvaneció con lentitud, como el pétalo que se cierra al caer la tarde, para dar paso a un gesto pensativo y madurado.

—Lo ha hecho usted de maravilla, Julian —respondió, ancladas sus pupilas en las pupilas del caballero—, absolutamente todo.

Él exhaló en profundidad, deseoso de liberar el peso que desde su llegada al jardín había prevalecido sobre su pecho y envuelto su corazón.

Las palabras de Margaret y su mirada intensa —de nuevo y como en la última ocasión, afianzada con serenidad y firmeza sobre su ser — lo incentivaron a dar un paso hacia ella, tanto de forma literal como emocional.

No podía mantener las distancias. No ya con ella. No allí, en su refugio.

De ese modo, sin apartar los ojos de los de Margaret, sintiendo a la vez la mirada femenina descendida sobre su persona y sobre su alma, habló con gran firmeza y anhelo:

—Margaret, aquella tarde... —se pausó, estaba convencido de que no precisaba especificar mucho más ante el vivo entendimiento de la joven—, yo creí estar hablándole a alguien que no podía escucharme.

Sostenidos aún los iris canela en aquellos otros dispuestos a sostenerlos, Margaret dejó a un lado la odiosa timidez para hablar por fin.

—De haber sabido que lo escuchaba, ¿se habría silenciado?

Julian boqueó, confundido, y su confusión se vislumbró también

a través de su ceño fruncido de repente con severidad.

—¡En absoluto! —exclamó, contrariado y desesperado por hacerse entender. Dio otro paso más para acortar la distancia que lo separaba de la joven. Ella permaneció quieta, esperándolo, como el faro que se perpetúa en la tempestad—. ¡En absoluto, Margaret, jamás! Yo ya no podía retener dentro de mí aquello que llevaba tiempo clamando por ser exteriorizado. —Tragó seco, el aliento agitado—. Usted no me escuchaba, es verdad, pero yo necesitaba decírselo igualmente... —jadeó sobrepasado, llevándose la mano a la frente para paliar el sudor frío que la perlaba—, aunque estaba convencido de que mis sentimientos se verían condenados a continuar perdidos en la oscuridad. Creí que jamás obtendría respuesta.

Descendió la cabeza e inclinó la mirada al suelo trebolado. De nuevo tragó seco para tratar de deslizar el nudo que oprimía su garganta y su ceño ya fruncido se endureció.

—Creo que ya ha obtenido respuesta, Julian —dijo Margaret de pronto, obligándolo a alzar la cabeza, y la mirada, de golpe ante el peso de semejante afirmación.

Cuando sus ojos se encontraron de nuevo, los de ella sonreían de igual modo que sonreían los labios de fresa.

—Solo que al parecer usted no se ha dado cuenta.

Julian boqueó como una carpa arrojada fuera de su estanque.

Una sonrisa amagó con estirar sus labios, pero la incertidumbre, la sorpresa y la grandeza de lo que acababa de escuchar, alentadas por la ferocidad de aquello que atronaba dentro de su pecho, condenaron los labios a moverse en un agitado temblor, en un extraño visaje apenas.

—¿Pretende decirme...? —Otro paso más hacia Margaret—. ¿Es posible que...? —Un nuevo avance, hasta que ambos permanecieron

de pronto a la distancia íntima que concede un suspiro—. ¿Podría permitirme esperar que mis sentimientos fueran correspondidos?

Margaret sostuvo su mirada y perpetuó la dulce sonrisa que curvaba sus labios.

—Siempre lo fueron, antes incluso de que yo misma me sintiera capaz de comprenderlo.

Sin apartar los calmosos iris de aquellos otros que esperaban con anhelo, buscó las manos de Julian para sostenerlas entre las suyas y, muy lentamente, en un gesto tan íntimo y natural como el que encierra el suave aleteo de las mariposas sobre las flores, se acercó las manos a los labios para besar los nudillos uno a uno.

Besó las manos que cuidaron el jardín.

Las manos que le llevaron flores durante la enfermedad.

Las manos que sostuvieron para ella libros de poemas.

Las manos que podaron la adelfa.

Julian suspiró y en medio de su suspiro sonó el espasmo de un sollozo ahogado.

Cuando Margaret besó el último nudillo, descendió las manos de Julian junto a las suyas, pero no las soltó.

Regalándole la mejor respuesta a través de su mirada entregada y de su sonrisa cargada de afecto, emprendió de nuevo el camino que había pausado para recorrer el jardín al lado de Julian, aferrada su mano para siempre.

Casi sin darse cuenta cruzaron bajo el arco de madera replegado de rosas en cuyo pie resplandecía la veterana peonía.

Ninguno dijo nada más.

Y no hizo falta.

Aquella tarde no nació ningún sentimiento nuevo.

Acababa de germinar y alargarse hacia el sol todo aquello que debía florecer y que llevaba mucho tiempo creciendo bajo la tierra

húmeda y oscura, en silencio y con calma, esperando el momento oportuno para salir a la luz.

Agradecimientos

Gracias a los correctores, maquetadores, diseñadores y demás integrantes del equipo editorial por hacerlo todo tan fácil, por todo el cuidado que mostráis hacia nuestras letras. Siempre agradezco muchísimo vuestro mimo, respeto y atención. Hacéis que todo resulte perfecto, elegante y minucioso.

Gracias a Lola, mi editora, por todo y por tanto. Gracias por contar conmigo siempre. Eres maravillosa.

Gracias a mis chicas de ultramar, siempre fieles a mi pluma: Anabel Reyes, Patricia

Lodigiani, Lety Aparicio, Beatrice Pinto, Sandra Arredondo, Micaela González, Paula Gardenal, Raquel Canavese, Mika_Books, Lorena Rivero, Marinieves Aquino, Gabriela Theys (entremislibros.8)

Gracias a las Lectoras Insurrectas por tantísimo cariño, y a todas las maravillosas lectoras que conocí a través de ellas: Mabby, Miriam Bonardini, Marcia Galarza, Adriana, María José, Débora Cinnalli, Débora Silva, Conchi Chazarra, Danisa Luna, Gabriela López...

Gracias a mis queridísimas amigas, lectoras unas, bloggers y compañeras autoras otras, por querer todas y cada una de mis historias; Kelly Dreams, Vero RG, Ana B. Pena, Silvana Vázquez, Fina Andrés, María José Alcaraz, Ana F. Malory, Marta Luján, Claudia

Cardozo, Julianne May, Alejandra Macol, Ana Fernández, Ana Ordóñez, Sabela y Lucía, Marta Fernández, Susa Paz, Laura Sánchez, Marisa Paz, Isabel Meléndez, María Teresa. Gracias por acompañarme.

Gracias a Elizabeth y a Diego. Gracias a vosotros florece el amor cada día.

Y gracias a ti, lector, que tal vez me lees por vez primera, ojalá desees quedarte a mi lado y seguir la senda dulce y romántica de mis letras.

«Un jardín construido como promesa de amor. Una tragedia familiar que acaba sepultando la belleza del jardín bajo la marea verde del olvido. Un dulce corazón femenino dispuesto a devolverle la vida al viejo jardín olvidado y, de ese modo, conseguir que, en él, de nuevo florezca el amor».



Margaret Ashford es una jovencita dotada de gran sensibilidad, soñadora y entusiasta, que viaja desde su humilde hogar familiar para acompañar a unos parientes ancianos, y acaudalados, de Hampshire que solicitan compañía. Allí descubre las comodidades de una vida que jamás había conocido, (sirvientes, una biblioteca bien nutrida, pequeños lujos materiales…) además de un viejo jardín

descuidado, sepultado por los años y la maleza, que ella misma decide recuperar, **en un arrebato de sensibilidad y romanticismo**, para devolverle su vieja gloria natural.

Julian Northwood perdió su apacible y perfecta vida familiar siendo un niño. Una terrible tragedia lo apartó de su hogar y de sus seres queridos para enviarlo al norte, bajo la tutela de unos parientes lejanos. Atrás quedaron la mansión familiar, las numerosas propiedades y el jardín que su madre adoraba y cuidaba con gran esmero. Julian creció lejos de todo cuanto le recordaba esa época amada, pero cuando se hizo hombre decidió regresar a sus raíces. **Decidió recuperarlo todo**, devolverle la vida a cuanto construyeron sus padres…incluido el hermoso jardín olvidado.

Una hermosa parcela natural situada en un entorno idílico y construida como eterna promesa de amor. **Dos corazones sensibles que se encuentran bajo la aromática sombra del viejo jardín para hacerlo florecer…y conseguir que bajo sus fragancias y colores florezca también el amor**.

Elizabeth Bowman, nació en Galicia la primavera de 1980 y desde niña vivió fascinada por la magia de los bosques gallegos y las leyendas oníricas que encierran sus paisajes.

Cursó estudios sanitarios aunque enseguida descubrió que su verdadera pasión era la literatura. Influenciada por los grandes autores gótico-románticos del siglo XIX (Austen, Poe, Radcliffe, Bécquer...) empezó a escribir sobre lo que hoy se ha convertido en su auténtica pasión: la epoca de Regencia, plasmando en sus escritos los mundos fantásticos, elegantes y apasionados que habitan su cabeza. Mundos plagados de damas y caballeros decimonónicos, vestidos de corte imperio y salones de baile ingleses, siempre con la verde campiña como telón de fondo.

A la edad de diecisiete años publicó un pequeño poemario que apadrinó el poeta gallego Manuel María. Desde entonces colabora ocasionalmente con revistas digitales, webs literarias y foros de romántica.



Edición en formato digital: septiembre de 2026

© 2026, Elizabeth Bowman
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-48-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Fragmento del poema «Vagué solitario como una nube», de Wordsworth (1802).

[2] Daba comienzo en agosto.

Índice

Donde florece el amor
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Elizabeth Bowman
Créditos
Notas